



SUI 2020
SEMINARIO UNIVERSITARIO
INTERDISCIPLINARIO SOBRE
ENVEJECIMIENTO Y VEJEZ

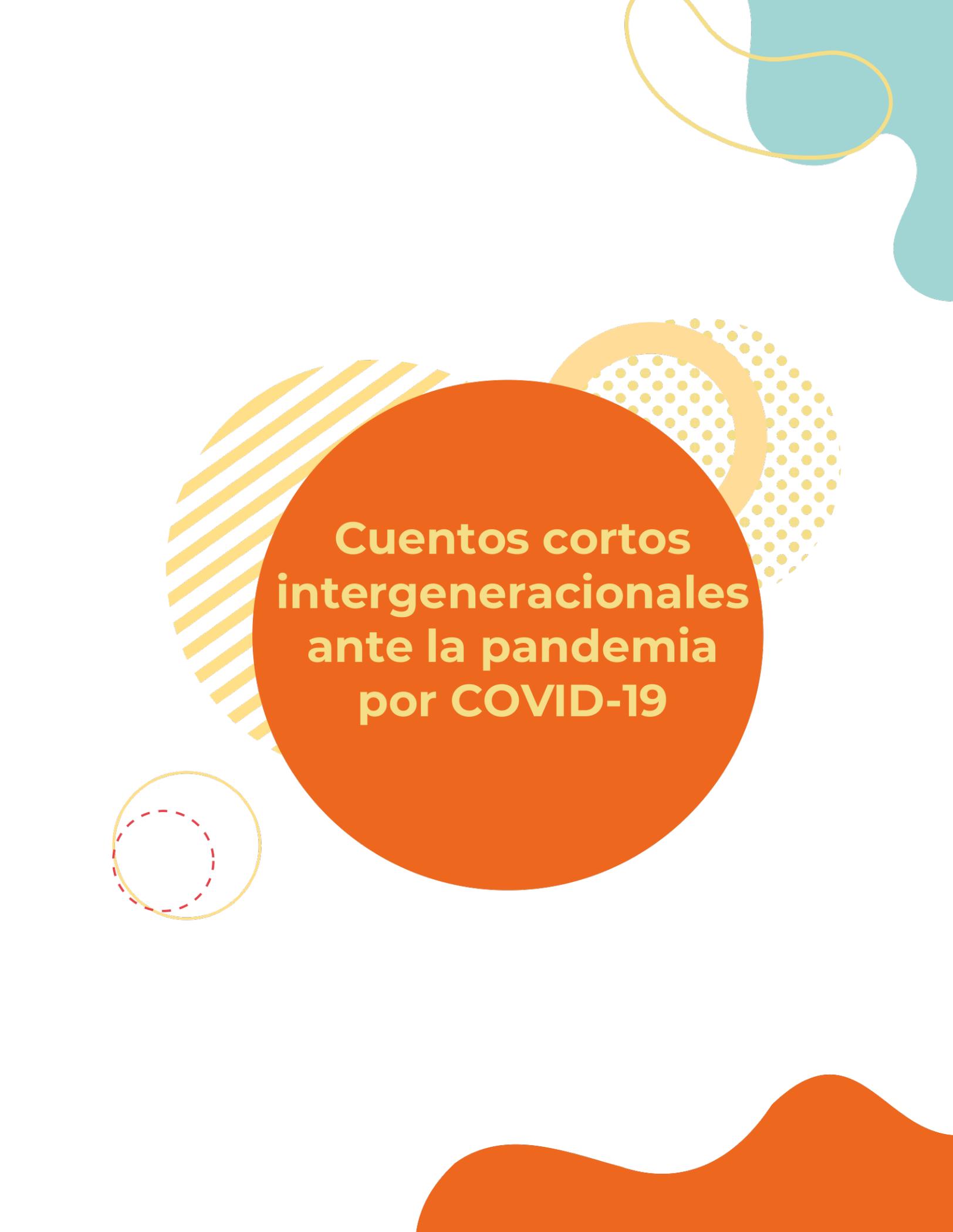


SECRETARÍA DE
DESARROLLO
INSTITUCIONAL



Cuentos cortos intergeneracionales ante la pandemia por COVID-19





**Cuentos cortos
intergeneracionales
ante la pandemia
por COVID-19**



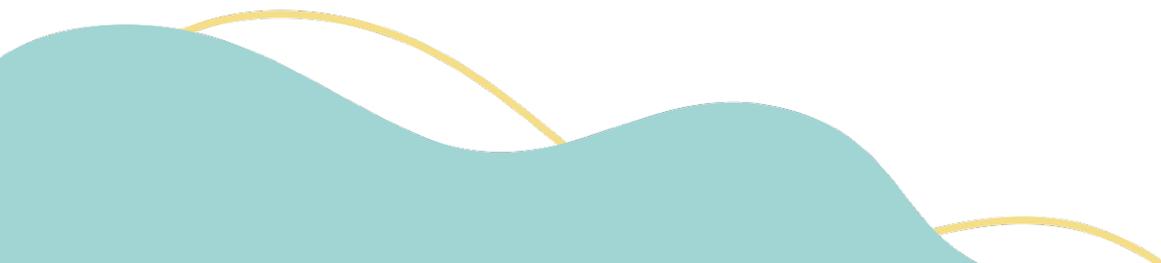
**Universidad Nacional
Autónoma de México**

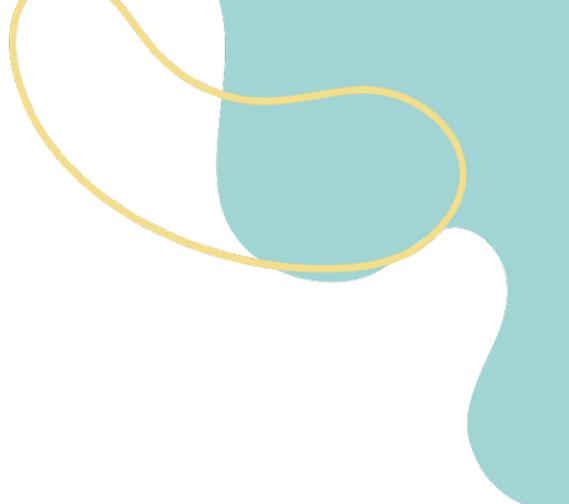
Dr. Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas
Secretario General

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda
Secretaria de Desarrollo Institucional

Dra. Verónica Montes de Oca Zavala
*Coordinadora del Seminario Universitario
Interdisciplinario sobre
Envejecimiento y Vejez*





**Instituto Mexicano
de la Juventud**

Guillermo Rafael Santiago Rodríguez
Director General

Fidel Kalax Ruis Burguete
*Encargado de Despacho de la Dirección
de Bienestar y Estímulos a la Juventud*

Karen Hurtado Arana
Subdirectora de Empleo y Capacitación

Jazmín Margarita Flores Castillo
Secretaría Técnica

Samantha Isabel Leyva Oviedo
Subdirectora de Planeación y Medios

Eva Gabriela López Larraga
*Jefa de Departamento
de Servicio Social*



Cuentos cortos intergeneracionales ante la pandemia por COVID-19

Nancy Lysvet Flores Castillo
Verónica Montes de Oca Zavala
Editoras



SUIEVO
SEMINARIO UNIVERSITARIO
INTERDISCIPLINARIO SOBRE
ENVEJECIMIENTO Y VEJEZ

SDI SECRETARÍA DE
DESARROLLO
INSTITUCIONAL

imjuve
Instituto Mexicano de la Juventud

2021

Catalogación en la publicación UNAM.

Dirección General de Bibliotecas y Servicios Digitales de Información

Nombres: Flores Castillo, Nancy Lysvet, editor.

Montes de Oca Zavala, Verónica, editor.

Título: Cuentos cortos intergeneracionales ante la pandemia por COVID-19

Nancy Lysvet Flores Castillo, Verónica Montes de Oca Zavala, editoras.

Descripción: Primera edición. | México: Universidad Nacional Autónoma de México, Secretaría de Desarrollo Institucional : Instituto Mexicano de la Juventud, 2021.

Identificadores: LIBRUNAM 2110438 (libro electrónico) | ISBN 9786073049863 (libro electrónico).

Temas: Cuentos mexicanos. | Literatura mexicana. | Pandemia de COVID-19, 2020.

Clasificación: LCC PQ7276 (libro electrónico) | DDC 863.0108972—dc2

Los cuentos que se presentan en este libro fueron revisados por un jurado compuesto por personal del IMJUVE y el SUIEV a partir de una convocatoria nacional.

Los contenidos del libro fueron analizados con software de similitudes por lo que cumplen plenamente con los estándares científicos de integridad académica, de igual manera fue sometido a un riguroso proceso de dictaminación doble ciego con un resultado positivo, el cual garantiza la calidad académica del libro.

Cuentos cortos intergeneracionales ante la pandemia por *COVID-19*

Primera edición digital: 17 de septiembre de 2021.

D.R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, Alcaldía de Coyoacán, C. P. 04510, Ciudad de México

Secretaría de Desarrollo Institucional

Ciudad Universitaria, 8o. Piso de la Torre de Rectoría

Alcaldía de Coyoacán, C. P. 04510, Ciudad de México

ISBN UNAM: 978-607-30-4986-3

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Idea original y coordinación: Dra. Nancy Lysvet Flores Castillo

Coordinación general: Dra. Verónica Montes de Oca Zavala

Corrección de estilo: Ariadna Georgina Vaca Moro

Diseño gráfico editorial IMJUVE: Marisol Gandarilla Ajá / Ricardo Luna Callejas

Ilustraciones: Liliana López Herrera

Shinue Tovar Camacho

Melanie Michelle Arriaga Gil

María Fernanda Linares Cordova

Un profundo agradecimiento a:

JURADO

Lic. Jorge Rivera Ambrosio (IMJUVE)
Dra. Paola Carmina Gutiérrez Cuéllar (SUIEV-UNAM)
Dra. Margarita Martínez Gómez (SUIEV-UNAM)
Lic. Gustavo Adolfo Ramírez Morales (IMJUVE)
Dr. Juan Pablo Vivaldo Martínez (SUIEV-UNAM)

UNAM

Dirección General de Asuntos Jurídicos
Dirección de Legislación Universitaria

SUIEV-UNAM

Belem Ángeles Hernández
Yazmín Violeta Arenas Sánchez
Itzel Geraldo Montalvo
Luisa Mariana Guerrero Acosta
Paola Magdaleno Romero
Grecia Estefanía Martínez Hernández
Sandra Elizabeth Mora Gil
Diego Ruiz Andoney
Marissa Vivaldo Martínez

SDI-UNAM

Mtra. Sara Angélica Hernández Bautista
Jefa de la Unidad Administrativa

L.C. Isaac Pérez Hernández
Jefe del departamento de presupuesto

Lic. Adriana Núñez Macías
Jefa del Departamento de Proceso Editorial

Silvia Rodríguez Sánchez
Enlace

Una disculpa a todas las personas que por omisión no han sido nombradas, pero que colaboraron en cada parte de este proceso. ¡A todas muchas gracias!

Índice

Presentación _____	10
Mi abuelita me salvó de Roblox _____	14
Juguemos a la paz _____	17
El viaje de Cleto _____	20
Aidé la súper heroína _____	24
Lucía y Pablo _____	27
La niña heroína _____	30
Siempre juntas, pero a la distancia _____	33
Isadora, Damián y la cuarentena _____	36
La fascinación de vivir el aquí y ahora _____	40
La vida plana _____	44
Lo que me quitó y me dio la pandemia _____	47
Siempre en la vida hay algo bueno _____	50
El llamado _____	52
La rosa con vida _____	55
Una gran esperanza en el mundo _____	57
A la hora del recreo _____	60
Papá Víctor es un héroe en las crisis _____	63
La gran idea de Conito _____	67
La luz en la oscuridad _____	70
¡Paciencia, Vale! Una lección de la cuarentena _____	73
Mi hogar _____	76
Mi viejito chulo _____	79
Todavía te veo _____	82
¿Qué pasará allá afuera? _____	85
Un día cualquiera _____	89
No me arrebataste nada _____	92
Oportunidades y memorias _____	95
Una luz brotando en la oscuridad _____	98
Hoy es un buen día _____	101
Mis otras vidas _____	105
Todo estará bien _____	108

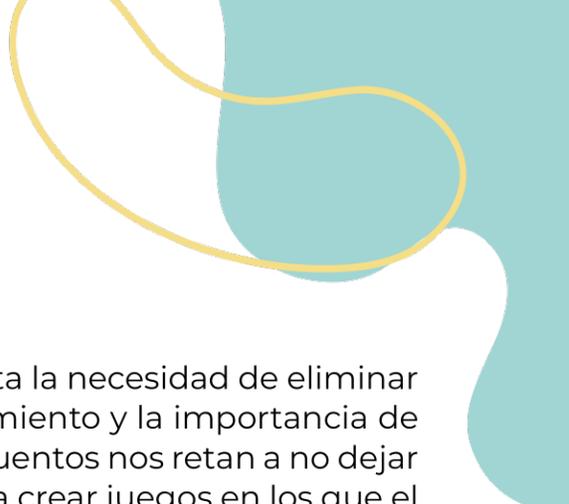
Presentación

Hoy en día tenemos la oportunidad de convivir más de tres generaciones juntas en un mismo momento histórico y, en algunas familias, en el mismo hogar, sin embargo, cada vez existen más hogares unipersonales de personas mayores, que viven vejez en soledad. La llegada del virus SARS-CoV-2 ha venido a visibilizar una serie de asuntos pendientes que tenemos con las personas mayores y con las generaciones más jóvenes. El confinamiento voluntario ha intensificado la soledad que algunas personas mayores ya vivían y ha marcado una distancia social prolongada con el resto de la comunidad.

Por ello, el objetivo del **Primer Concurso Nacional de Cuento Corto Intergeneracional**, organizado por el Seminario Universitario Interdisciplinario sobre Envejecimiento de la Universidad Nacional Autónoma de México (SUIEV-UNAM), fue fortalecer los vínculos intergeneracionales durante la pandemia por COVID-19. Tenemos la convicción de que tanto las vejez como las infancias, adolescencias y juventudes son elementos activos de la sociedad que dan un significado y creatividad nuestra vida. Si bien la pandemia de COVID-19 marcó un antes y un después en nuestra forma de relacionarnos, ha sido necesario **hacer de esta crisis una oportunidad**; por esta razón, se buscó que las plataformas digitales, las videollamadas y las llamadas telefónicas fueran puentes de unión en este concurso.

Los cuentos que conforman este libro son evidencia de las oportunidades que se han descubierto y aprovechado a lo largo de la pandemia. Se trata de cuentos que han sido escritos por parejas de nietas, nietos y sus respectivos abuelos o abuelas, padre e hija, profesores o profesoras con sus alumnas o alumnos; incluso tenemos el caso de una pareja de vecinas. Cada uno nos habla también del lugar en el que residen las y los autores.

La obra está organizada en tres secciones. La primera de ellas es la *categoría infantil*, que va de los 6 a los 12 años, integrada por 17 cuentos que invitan a cuestionarnos sobre diversos temas, como nuestra relación con la naturaleza, con los saberes tradicionales y ancestrales. Otros relatos, hacen alusión a los sentimientos de amor, felicidad, valentía y solidaridad o bien rescatan la importancia de los cuidados y evidencian símbolos de amor y cuidado, como las loncheras. Las narraciones de esta primera sección hablan del acercamiento entre las generaciones hasta volverse amigas, encontrando coincidencias en los gustos, en las vivencias de alegría y en cierta complicidad. Las experiencias contadas aquí confrontan la



generación de en medio y su miedo a envejecer. Resalta la necesidad de eliminar las ideas negativas en torno a las vejeces y el envejecimiento y la importancia de hacer caso al llamado de las personas mayores. Estos cuentos nos retan a no dejar de sentir, a evitar volvernos planos emocionalmente y a crear juegos en los que el premio sea siempre la paz.

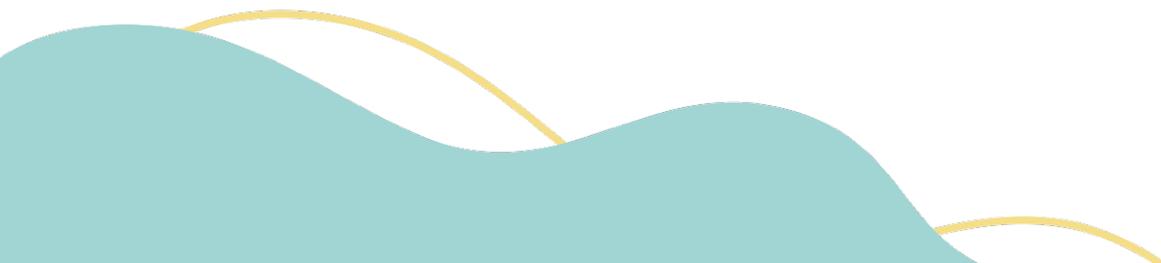
En la segunda sección está la *categoría de adolescentes*, que va de 13 a 15 años, aquí se habla de aquellas actividades, asuntos y despedidas que se suspendieron con la llegada de la crisis sanitaria por el SARS-CoV-2, pero también se tratan de las lecciones, creaciones y la renovación personal que se pueden producir durante un confinamiento. El tema de las reconciliaciones familiares y los aprendizajes mutuos que se pueden dar en la relaciones intergeneracionales y el deseo de tener un vínculo más cercano con las abuelas y los abuelos, lo encontramos presente en esta selección. Esta sección de cuentos cierra con el tema de la muerte, mirándola desde un lugar distinto, desde un lugar llamado “hogar”.

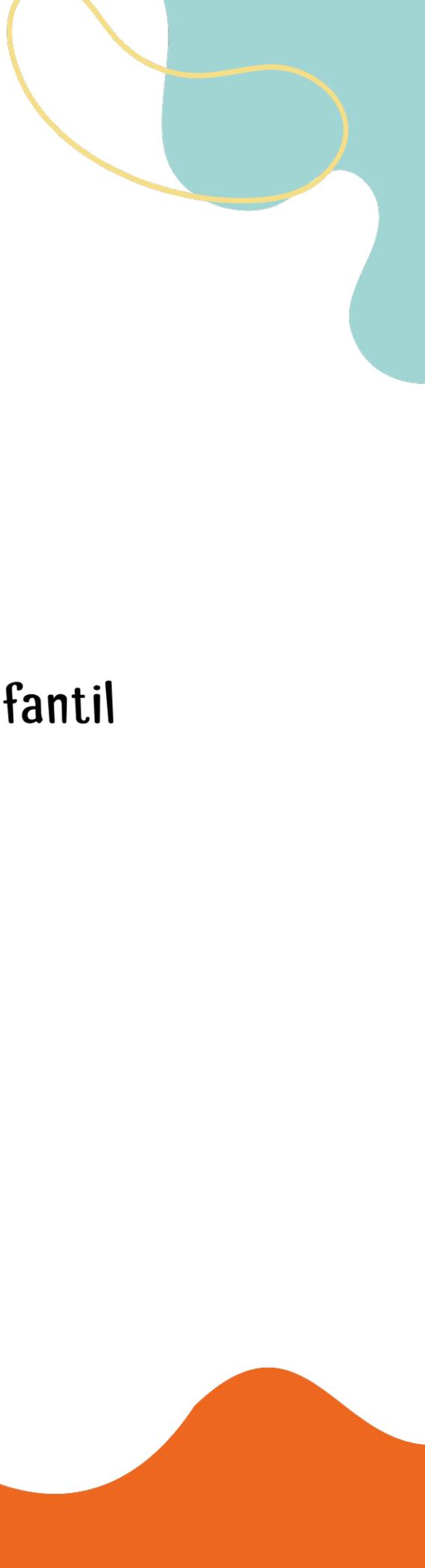
La última sección es la que corresponde a la *categoría juvenil*, que va de 16 a 18 años; en este apartado hay un encuentro claro entre las y los autores con la lectura: se le experimenta como un refugio, como una oportunidad para vivir otras vidas y viajar a nuevos mundos. Los relatos nos muestran cómo se pueden encontrar días buenos en los que todo está bien aun en medio de pérdidas familiares. Esta selección está envuelta por un mensaje resiliente y valiente que toma de frente a la COVID-19 para decirle: “No me arrebataste nada”.

Aunque cada sección tiene mensajes específicos, uno de los cuestionamientos que las y los autores hacen constantemente es ¿cómo ayudar a más personas?

Este compendio de cuentos nos brinda la esperanza de la transformación que podemos tener como sociedad, garantizar el respeto a los derechos humanos, a las libertades fundamentales, a la diversidad, a las infancias, adolescencias, juventudes y vejeces. Nos invita a eliminar todas las formas de discriminación que se viven en todas las edades y nos anima a fortalecer nuestras redes de apoyo y nuestro capital afectivo. En el SUIEV-UNAM deseamos de corazón que la fuerza, la solidaridad y las ganas de establecer vínculos intergeneracionales sean armoniosos y envueltos en una cultura de paz.

Nancy Lysvet Flores Castillo





Parte I.
Cuentos categoría infantil
(6 a 12 años)

Mi abuelita me salvo de Roblox

En plena contingencia me divertía jugando “Fornite” en mi consola preferida Nintendo Switch. Mi propósito era completar todos los desafíos, pero cuando desbloqueé el último nivel para superar el combate final, ya no tenía ganas de jugar a nada. Harto de tanto aburrimiento, decidí crear un proyecto para entretenerme durante la contingencia.

Aunque no sabía cómo, inicié buscando en línea los mejores pasatiempos. El que más llamó mi atención fue aprender a tocar el violín, por fin, podría usar el que mi papá me había heredado. Al parecer tendría todo el tiempo que siempre me había faltado para aprender, ilusionado y dispuesto a convertirme en un Mozart moreliano, aceleré mis vistas a los mejores tutoriales, mas al abrir el estuche de mi violín me encontré con una dificultad, la más triste hasta este momento, las cuerdas de mi instrumento estaban reventadas y no tenía un repuesto. Así que tuve que pedir unas por internet, sobra mencionar la tienda, pues nunca me llegaron.

Hundido en la desesperación de este incierto encierro, comencé de nuevo mi naufragio por los juegos. Ideando, decidí que mi nuevo proyecto sería crear mi propio juego en la computadora. El sistema me pedía que leyera y aceptara los términos y condiciones para su creación, los cuales me salté. Al pasar de los días recibí una notificación: ¡TU JUEGO HA SIDO UN ÉXITO!, cuentas con más de un millón de jugadores. Ahora le perteneces a la plataforma ROBLOX, pero como no había estado conectado, no pude verla.

Apenas terminé de leer cuando empecé a sentir cómo me teletransportaba al interior de mi máquina. De repente escuché una voz: “Bienvenido ALLIGATOR 12, estás en tu juego. Yo soy ROBLOTITAN y tú estás condenado a pasar una eternidad en esta plataforma, pero no te preocupes, podrás pasar de un juego a otro sin problemas”.

Sin siquiera pensarlo dije: “¡No quiero estar aquí!” Y de inmediato pregunté: “¿Usted sabe, cómo puedo salir? Mi abuelita me espera para la cena, no le puedo fallar en nuestra videollamada, soy su único familiar que la procura”.

El sistema me respondió: “solo podrás salir si demuestras tu valentía contra los mejores *gamers*”.

De manera valiente, acepté el desafío. Me dirigí al servidor *Adoptme*, para mi sorpresa, cuando aparecí ¡era solo un *bot* con poca inteligencia artificial! Pero pude arreglarme, entrando al apartado Ajustes. Enseguida me fui a la cama del servidor inicial y me quedé dormido del susto. Cuando desperté me encontraba en un juego que me hacía ponerme en forma; tras una hora de ejercicio, sacaba llamas de mi cuerpo cual super Sayayin. Tenía tanto poder que no pude evitar hacer una carrera en *Legends of Speed* donde corres más rápido que un estallido sónico.

Pasada la fase de entrenamiento, reté a los *gamers* en “El piso es lava”, pero después de un intenso combate, perdí contra LiON200X. Mi cuerpo comenzó a temblar de la cabeza a los pies, sentía una pena enorme que me hizo llorar de impotencia, pues no podría salir de mi computadora para contarle esta aventura a mi gentil abuelita, compañera y cómplice de gratas experiencias y vivencias con la que todas las noches a las 7:00 p. m. hora del centro levanto mi taza y en señal de brindis





damos un primer sorbo a la leche para luego contarnos varias historias y los hechos del día.

Solo, desconcertado y sin saber lo que me podría suceder, escuché el “ring tono” de mi celular cimbrándose y vibrando con luces de colores que me jalaban cual arcoíris llevándome de nuevo a la realidad que tanto ansié. Eran las 7:00 en punto cuando mi mamá tocó a la puerta para avisarme que mi abuelita estaba llamando para iniciar nuestra cena virtual.

Apenas me enlacé, le di las gracias por salvarme de tan frustrante situación. Cuando de repente se nos unió mi papá, nos platicó que había jugado en línea como nunca antes. Es más, recordó por un momento cuando fue niño y que su alias era LiON200X, entonces mi abuelita comentó: “Cómo olvidar que un día te saqué de las maquinitas llorando y sin el dinero de las tortillas” y todos comenzamos a reír.

Ehécatl y Yóllotl

Alley Bastida Alvarado y Ma. Ascención Rebollar Peñalosa.
(Nieto y abuela) 11 y 65 años.

Segundo lugar de la categoría infantil del concurso:
Cuento corto intergeneracional: Hacer de la crisis una oportunidad.

Juguemos @ la paz

Había una vez, en un lugar de Siria que colinda con el Mar Mediterráneo, un grupo de niños que guardaba sus sueños e ilusiones en un sótano escondido tras una pequeña puerta tapizada de agujeros que por las noches filtraban la luz de la luna.

Un día, los niños pasaron la noche observando el universo. ¿Qué habrán imaginado en cada una de sus inocentes cabezas?, no lo sabremos, pero ese amanecer fue diferente. Parecía como si el mundo aún durmiera, cansado de la noche anterior, como si el silencio se antepusiera a la lluvia de plomo que había tapizado las calles y las mentes de esa población durante las semanas, los meses y los años anteriores. Aunado a ello, el confinamiento mundial por un raro virus, los niños despertaron y, por vez primera, conocieron lo maravilloso que es escuchar el silencio. Lo sintieron primero, desconcertados lo gozaron, felices lo bailaron.

La puerta se abrió lentamente, fue posible escucharla crujir. Los niños salieron. Ese día no importaba otra cosa: estaban seguros de que la magia de las estrellas les había concedido su anhelo más deseado. Oírlos reír fue lo mejor que a cualquiera le podría pasar en la vida. Todos salieron corriendo rumbo al mar.



Aún recuerdo que uno de ellos se tambaleaba cargando a su hermanita de apenas un año. En fin, entre corriendo y galopando llegaron a la orilla del agua. Olieron la sal, y aquella niña de ojos color aceituna, sacó de un agujero de su ropa una botellita de vidrio con la boquilla sellada, que parecía tener un papel enrollado adentro. Con todas sus fuerzas la lanzaron hacia el inmenso mar. La botellita viajó y viajó hasta cruzar el Estrecho de Gibraltar; de ahí navegó por el Atlántico, y de pronto, una ola la condujo hacia una cálida playa.

Muy cerca de la orilla, una niña se asomaba por la ventana de su casa imaginando cómo se sentiría salir cuando terminara el confinamiento. El sol hizo brillar el pequeño objeto, así que la niña abrió la ventana de par en par, tomó su caña de pescar y de una gran lanzada lo recogió. Se colocó su cubrebocas y corrió hasta la habitación donde se encontraba su abuela. Para ella, su abuelita era una mujer sabia con de cabellos de plata.

La miró y le entregó el tesoro que acababa de encontrar, juntas como íntimas amigas, leyeron con mucha curiosidad lo que estaba escrito en el papel. Después, se quedaron en silencio por un largo rato: no había palabras, solo miradas. La abuela sacó de su viejo baúl de secretos muchos papelitos amarillentos y entre las dos escribieron una respuesta. Sellaron nuevamente la botellita y con todas sus fuerzas la lanzaron hacia el inmenso mar.

Como por arte de magia, el diminuto navío arribó en su lugar de origen. Mientras tanto, los niños de Siria seguían felices gozando la libertad, corrían de aquí para allá en las calles lo único que se escuchaba eran risas que se parecían a las voces del cenizote. Era un hecho, las estrellas les habían concedido sus deseos.



Encontraron nuevamente su botellita cuando estaban mojándose en la orilla del mar. Una gran amistad había nacido. Leyeron con detalle el mensaje escrito. Comprendieron perfectamente lo que decía, puesto que la amistad no distingue idiomas ni fronteras. Ese día, esperaron deseosos que llegara la noche y que las estrellas subieran al cielo cargadas de polvo dorado. Se tomaron de las manos y pidieron que el anhelo más deseado de quienes respondían sus mensajes se cumpliera. Lo hicieron sin siquiera sospechar que en otra parte del mundo la gente permanecía recluida en sus hogares debido a la presencia de una extraña enfermedad.

Es imposible conocer cuántas veces llegó el mensaje de costa a costa. Sorprende saber que ahora el mundo está conectado, que mientras existieran seres unidos por un lazo tan fuerte, el encierro y el aislamiento se convertían a diario tan solo en un laboratorio para la imaginación. Aún no se sabe qué era lo que se escribían. Solo se sabe que la amistad no distingue edad.

Hoy, años después, he venido al lugar donde seguramente mis amigos respondieron mis cartas y las de mi abuela, con la misma alegría con la que nosotras les escribíamos. Ahora lo sé: ha pasado el tiempo, mucho tiempo, y mi corazón es de niña. Sigo siendo niña a pesar de que mis manos tiemblan amorosamente y mis cabellos brillan iluminando la luna.

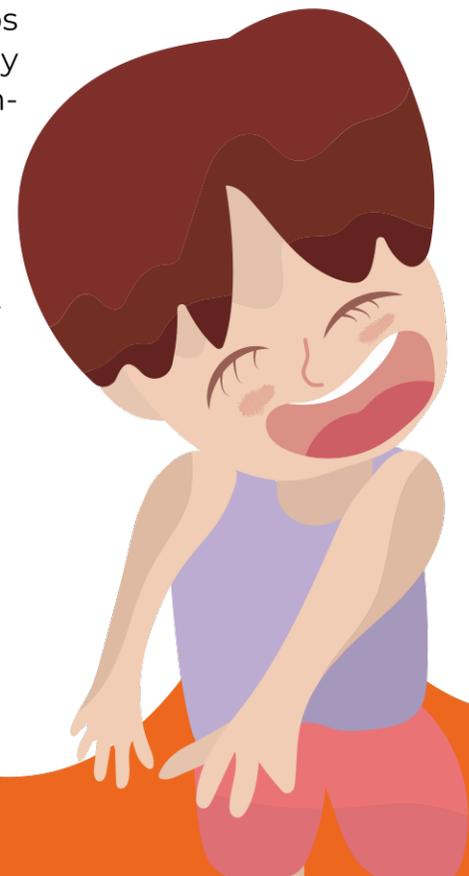
Recuerdo cómo unos cuantos niños y una abuela fuimos capaces de cambiar el mundo. Y, es que, otro mundo es posible si nosotros lo construimos. Fueron tiempos de crisis, de encierro, también de guerra, pero esos niños que corrieron felices donde ahora yo estoy pisando y esa abuela me enseñaron a arriesgarme, a tener fe y confianza. Aprendimos a caminar juntos, a no conformarnos, a dejar el miedo, a juntar fuerzas.

El amor nunca muere, se lleva en el alma, porque es parte de ti. En mi bolsillo traigo un papelito amarillento, casi café. Y en él se resumen todos los textos que nos escribimos
JUGUEMOS A LA PAZ.

Mariposa y Orquídea

Blanca Durleyn Hernández Mercado e Yris Villegas Vásquez.
(Nieta y abuela) 8 y 75 años.

Tercer lugar de la categoría infantil del concurso:
Cuento corto intergeneracional: Hacer de la crisis una oportunidad.



El viaje de Cleto

Érase una vez en un lejano reino, un lugar hermoso donde se cosechaba el fruto mangostino. Todos vivían felices excepto alguien.

En aquel lugar habitaba el pequeño príncipe Cleto, de ojos oscuros y cabello castaño. Vivía rodeado de lujos, parecía tenerlo todo. Sin embargo, había cosas simples que anhelaba tener: amigos y pasar tiempo con sus padres. Su mamá y su papá viajaban siempre, Cleto vivía triste y solitario, pensaba que nunca podría cumplir sus deseos y solo vería por el balcón como todos eran tan felices excepto él.

Un día el príncipe Cleto escuchó que por una mala cosecha los frutos habían desarrollado un mal contagioso que podría ser mortal. Cada día enfermaban más personas, así que los reyes dieron la orden de quedarse en casa hasta que se encontrara un remedio. El rey y la reina resultaron afectados, por lo que fueron aislados de Cleto para evitar contagiarlo.

Las calles se encontraban vacías y en silencio, todo empeoraba cada día. Cleto no dejaba de pensar en lo que él podría hacer para solucionarlo, aunque no llegaba a tener ninguna idea.

El príncipe caminaba triste por uno de los jardines del castillo cuando chocó con alguien.

—Oh, disculpe.

—No te preocupes, Cleto ¿cierto? —dijo un hombre mayor que nunca había visto antes en el castillo—.

—Sí, ese soy yo, ¿me conoce? nunca lo había visto.

—Claro, ¿te pasa algo?

—Sí, estoy preocupado, quisiera hacer algo para que todos se recuperen.

—Cleto, siempre habrá muchos problemas que parecen no tener solución, pero lo importante es saber cómo reaccionas y lo qué haces para enfrentarlos.

- Y ante esta enfermedad, ¿qué puedo hacer?
- ¿Alguna vez has escuchado sobre la Cascada mágica? Dicen que su agua puede curarlo todo, pero nadie se atreve a ir en su búsqueda porque es algo peligroso, y yo ya estoy viejo. Estoy seguro de que la Cascada mágica sería la solución.





—¿De verdad existe? ¿Cómo se llega ahí?

Antes de recibir la respuesta, el grito del cocinero llamando al príncipe a cenar distrajo por un momento a Cleto, oportunidad que el extraño aprovechó para desaparecer, no sin antes dejar en el piso el mapa para llegar a la Cascada mágica.

El príncipe pensaba en la extraña desaparición del anciano, pero estaba aun más preocupado porque sus padres empeoraban. Fue entonces cuando se armó de valor, empacó una mochila y a escondidas emprendió su viaje.

Cleto siguió el mapa al pie de la letra, caminó por largas horas adentrándose en el peligroso bosque hasta que llegó la noche y decidió descansar. Por la mañana siguiente continuó su camino, cuando escuchó ruidos extraños, murmullos y risas, preocupado por saber de dónde provenían, pisó una trampa y en segundos se encontró colgado de cabeza al pie de un árbol, confundido y asustado vio como unos seres extraños corrían y se acercaban a su alrededor.

Eran unas criaturas de baja estatura con cuerpo que parecía ser cubierto de corteza de árbol y voces chillonas que decían:

—¡Qué graciosa forma tiene!, creo que se vería lindo como adorno, tiene un lindo color.

Entre los árboles apareció un niño de cabello rojizo y pecas que resaltaban en su piel blanca

—¿Quién eres?, ¿qué te ha traído aquí?

—Mi nombre es Cleto y estoy en busca de la Cascada mágica.

El pequeño pelirrojo parecía interesado y ordenó:

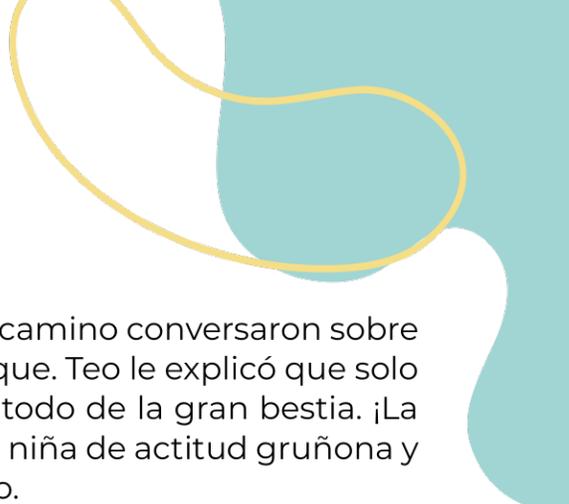
—¡Bájenlo! ¿Cómo sabes sobre la Cascada mágica?

Cleto le contó lo que sucedía en el reino y sobre el anciano que lo visitó en el castillo. La historia interesó al joven pelirrojo que en forma amistosa expresó su nombre:

—Mi nombre es Teo y creo que podemos ayudarte.

—¿De verdad? ¡Muchas gracias! por cierto, ¿quiénes son esos seres que me atraparon? Nunca había visto algo parecido —preguntó Cleto.

—Se llaman chantoos y son seres encantados del bosque, larga historia, pero creo que es mejor que nos apresuremos.



Cleto, Teo y los chantoos siguieron el viaje juntos. En el camino conversaron sobre por qué Teo y los chantoos tendían trampas por el bosque. Teo le explicó que solo trataban de protegerse de las malas criaturas y sobre todo de la gran bestia. ¡La más temida del bosque! Caminaban, cuando una linda niña de actitud gruñona y unas hadas de acompañantes les impidieron el camino.

—¿Quiénes son ustedes? Yo soy Pía, guardiana de la zona mágica del bosque y no cualquiera puede pasar.

Sorprendidos le explicaron a Pía lo que sucedía y ella les permitió el acceso. Como señal de amistad, las hadas le obsequiaron a Cleto un amuleto por si llegaba a necesitar ayuda.

El grupo continuó su camino atravesando ríos, acantilados y pantanos, durante su travesía tuvieron oportunidad de conocer y ayudar a muchas criaturas del bosque.

Tras muchos días de viaje y con un ligero desánimo que desapareció al darse cuenta de que estaban ante la Cascada mágica. Atónitos la admiraron, cuando de pronto apareció Nilo, la gran bestia y su ejército de ogros impidieron que Cleto se acercara al interior de la cascada. Cleo, Teo y los chantoos lucharon contra ellos, sin embargo, Nilo y los ogros estaban a punto de someterlos, fue entonces cuando Cleto recordó el amuleto, cerró sus ojos y con todo su corazón pidió ayuda. Cuando volvió a abrirlos, Pía, las hadas y todas las criaturas del bosque estaban ahí. Uniendo sus fuerzas, derrotaron a Nilo y a los ogros.

Cleto y sus nuevos amigos recolectaron suficiente agua y emprendieron el viaje de regreso al reino. Al llegar, visitaron todas las casas del reino, el agua de la cascada mágica curó a todos. El príncipe dio a sus padres el agua prodigiosa, los reyes también sanaron, agradecidos y asombrados por el valor que su hijo había demostrado recapacitaron sobre sus errores, prometieron a Cleto pasar más tiempo juntos.

Ahora, el pequeño príncipe era el niño más feliz del reino, pues sus deseos se habían cumplido: sus padres estaban con él y tenía amigos.

Daf y Susi

Dafney Escalante Farías y Susana Herrera Osuna.
(Vecinas) 72 y 10 años.

Aidé



súper heroína

Aidé tenía cuatro años y vivía cerca de la estación del tren de un pintoresco pueblo. El lugar estaba rodeado de árboles donde cada atardecer se posaban las golondrinas. Una noche, mientras ella dormía la tierra tembló. Aidé sabía que cuando los trenes pasaban la tierra se movía un poco y le parecía normal, pero esa noche el movimiento fue tan fuerte que las casas se derrumbaron y todos se pusieron muy tristes, su primo Ponchito le contó que él sabía por qué había temblado: “Es la tierra que está molesta”.

Aidé le creyó. Juntos decidieron hacer algo para que la tierra volviera a estar feliz y así evitar que volviera a temblar, para poder calmar su ira decidieron ayudar a la gente. Recolectaron sus juguetes, monedas, agua y comida; cada vez que el tren pasaba les arrojaban sus cosas para ayudar a quienes lo necesitan. Pasaron varios días y ya no había vuelto a temblar, para ellos significó que la tierra había vuelto a ser feliz. Su misión había concluido y se consideraron unos héroes.

Tres años después sucedió algo muy extraño, las escuelas y las tiendas fueron cerradas, la gente actuaba diferente, todos se alejaban los unos a los otros, Aidé muy triste le preguntó a su papá qué estaba pasando, él le contó que un virus llamado COVID-19 se había extendido en todo el mundo y que era peligroso andar por las calles. Todas las personas tenían que quedarse en casa para no contagiarse y por esa razón lo dejaron sin trabajo.

Aidé se sentía muy triste por lo que ocurría, todo le parecía extraño, por la televisión se enteró que mucha gente estaba enferma. Una tarde escuchó a su papá platicar con su mamá acerca de que el dinero ya no alcanzaba y que necesitaba volver a trabajar. El papá de Aidé tenía miedo de contagiarse si salía a buscar trabajo, así es que decidieron emprender un negocio de pan casero para venderlo entre los habitantes del pueblo con ayuda de una motocicleta y un triciclo que su familia tenía. Durante muchos días Aidé y sus padres se despertaron temprano para elaborar los panes, sin embargo, la venta solo alcanzaba para comprar la comida.

Una noche, antes de dormir Aidé preguntó a su papá si sabía por qué el virus era malo, porque a ella le gustaría ayudarlo y quizás podría hacer que se arrepintiera.

Su papá le contestó:

—Todas las personas tenemos algo de culpa hija, porque no nos cuidamos y la naturaleza está triste con nosotros.

Al día siguiente, el tío de Aidé llegó a visitarlos junto con su primo



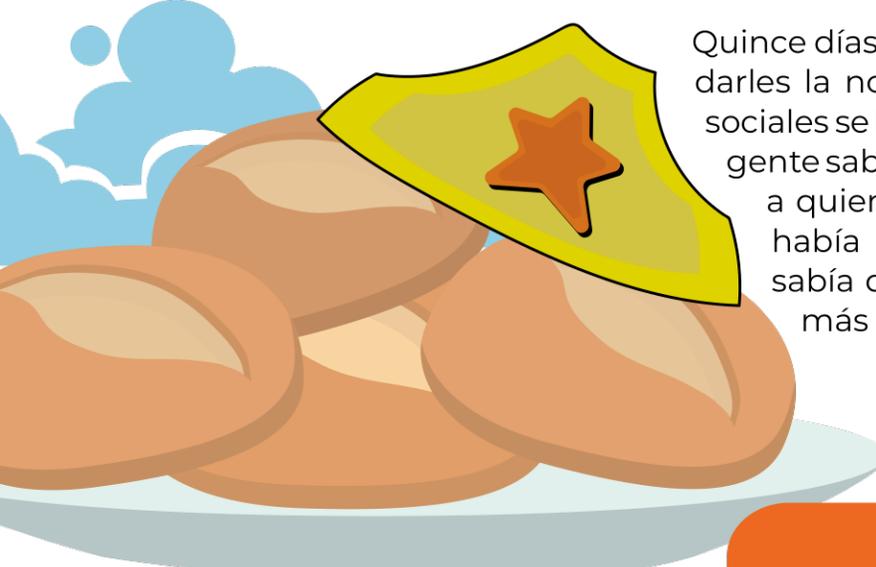
Ponchito, ambos niños se reunieron en la casa del árbol y platicaron sobre qué podían hacer para convertirse en héroes de nuevo.

—Aidé comentó a su primo que su papá decía que la naturaleza está triste porque las todas personas no nos hemos cuidado ni tampoco a ella. A su vez Ponchito le explico que para estar protegidos debemos guardar la sana distancia, usar el cubrebocas y lavarnos las manos para estar siempre limpios.

Al cabo de un rato los primos se despidieron. Aidé pensaba y pensaba qué hacer, cuando de pronto tuvo una idea: “¿qué pasaría si nos ayudamos entre todos? la naturaleza ya no estaría triste y le pediría al virus que se fuera”, corrió a donde estaban sus papás y les dijo:

—¡Mamá!, ¡papá! ¿Por qué no hacemos un poco más de pan para darlo a los que menos tienen en el pueblo? Estoy segura de que si nos ayudamos los unos a los otros la madre naturaleza puede pedirle al virus que desaparezca.

Sus papás no podían comprender lo que su hija pedía y con un movimiento de cabeza denegaron su deseo. Esa noche Aidé se fue a su dormitorio decepcionada, su padre le preguntó por qué se sentía así, la niña le contó lo que ella y Ponchito habían hecho hace tres años cuando la tierra tembló muy fuerte y que ahora también quería ayudar. El papá de Aidé reflexionó sobre la inocencia y la intención de su hija, así que decidió convencer a su esposa y a elaborar más panes para ayudar a los más necesitados.



Quince días después el tío de Aidé regresó para darles la noticia de que a través de las redes sociales se habían hecho muy famosos, mucha gente sabía lo que la familia hacía para apoyar a quienes más lo necesitaban. El virus no había desaparecido, sin embargo, Aidé sabía que mientras más nos ayudáramos más pronto todo mejoraría.

Yuyita y Ná Ofe

Aideni Mishel Velazquez Cruz y Ofelia Velazquez Alonso.
(Nieta y abuela) 7 y 62 años.

Lucía

Pablo

Como cada mañana, Gustavo encendió la televisión para ver las noticias antes de irse al trabajo. El presidente informaba a la población que una enfermedad infecciosa estaba afectando a mucha gente en el país, para prevenir más contagios, pedía a la población que a partir del día de mañana se iniciará una cuarentena. Dio instrucciones para que las personas que pudieran trabajar desde sus casas lo hicieran, también informó que en las escuelas no habría clases de manera presencial, las clases continuarían de manera virtual.

—Hijo, ahora que te deje en la escuela, por favor, pregúntale a tu maestra: ¿Cómo van a organizarse las clases a partir de mañana?

—Sí, papá.

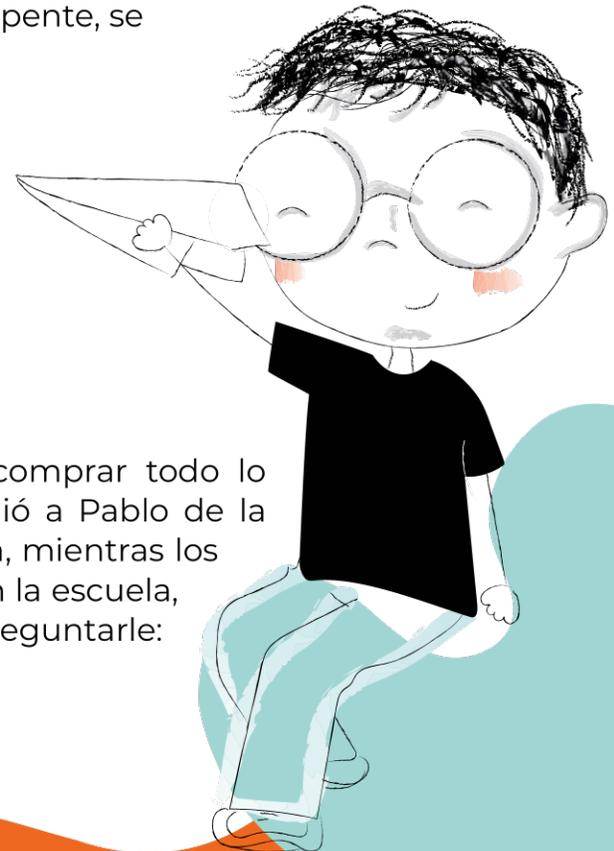
Preocupado por la situación Gustavo decidió irse cuanto antes a trabajar, para recibir indicaciones de su jefe. De repente, se escuchó el sonido de su celular.

—Buenos días, me comunico del asilo “Grow Fun” para informarle que a partir de mañana no podremos seguir brindando nuestros servicios. Por lo que, le solicitamos venga a recoger a Lucía, a más tardar a las 6:00 p. m.

—Gracias por comunicarse conmigo, pasaré más tarde a recogerla.

Por la tarde, Gustavo fue al supermercado a comprar todo lo necesario para la cuarentena, al terminar, recogió a Pablo de la escuela y después pasó por Lucía. Al llegar a casa, mientras los tres cenaban, Pablo empezó a hablar de su día en la escuela, en ese momento Lucía lo interrumpió para preguntarle: “¿Quién eres?”

Gustavo en un tono molesto dijo:



—Mamá, por favor, deja de estar jugando. Cómo no vas a saber quién es. Desconcertada por esa respuesta, Lucía prefirió quedarse callada durante el resto de la cena.

A la mañana siguiente, Pablo comenzó sus clases en línea y Gustavo empezó a trabajar; mientras Lucía confundida por el cambio de rutina buscaba algo en que ocuparse. Sin embargo, no sabía qué hacer por lo que preguntó a Gustavo si lo podía ayudar.

Estresado decidió ignorarla y seguir con su trabajo. Al no obtener respuesta Lucía fue a pedir ayuda a Pablo, quien le recomendó que tomara un baño para comenzar el día y prometió que cuando terminaran sus clases podían jugar juntos. Lucía pensó que era una buena idea, si bien era una actividad diaria, por su edad le costaba trabajo hacerlo sola por su edad. Gustavo tocó la puerta del baño para apresurarla y malhumorado gritó: —¡Apúrate!, necesito usar el baño, ¿por qué tardas tanto?, si no vas a ayudar no estorbes.

Lucía entristecida acabó de bañarse y al salir fue con su nieto para hacerle compañía. Pablo sentía curiosidad por conocer sobre la vida de su abuelita, así que decidió preguntarle sobre su juventud. Lucía hizo un esfuerzo por recordar, aunque solo logró acordarse de algunos aspectos y al notar el esfuerzo que hacía ella, Pablo le dijo que no se preocupara, que con lo poco que recordaba era suficiente.

Al paso de los días, Pablo notó la dificultad con la que Lucía hacía cosas que para él eran sencillas, así que se propuso a ayudarla en todo lo que pudiera y conversar con ella, pues desde que la habían llevado al asilo no había tenido oportunidad de conocerla mejor. Entre ellos inició una gran amistad, sin embargo, cada vez que trataban de incluir a su papá en sus juegos o pláticas, él los rechazaba.

Pablo, decepcionado, veía cómo su padre maltrataba a Lucía, la ignoraba, y siempre la excluía diciéndole que cuando dejara de fingir que olvidaba todo le haría caso, pues no permitiría ese comportamiento para llamar la atención.

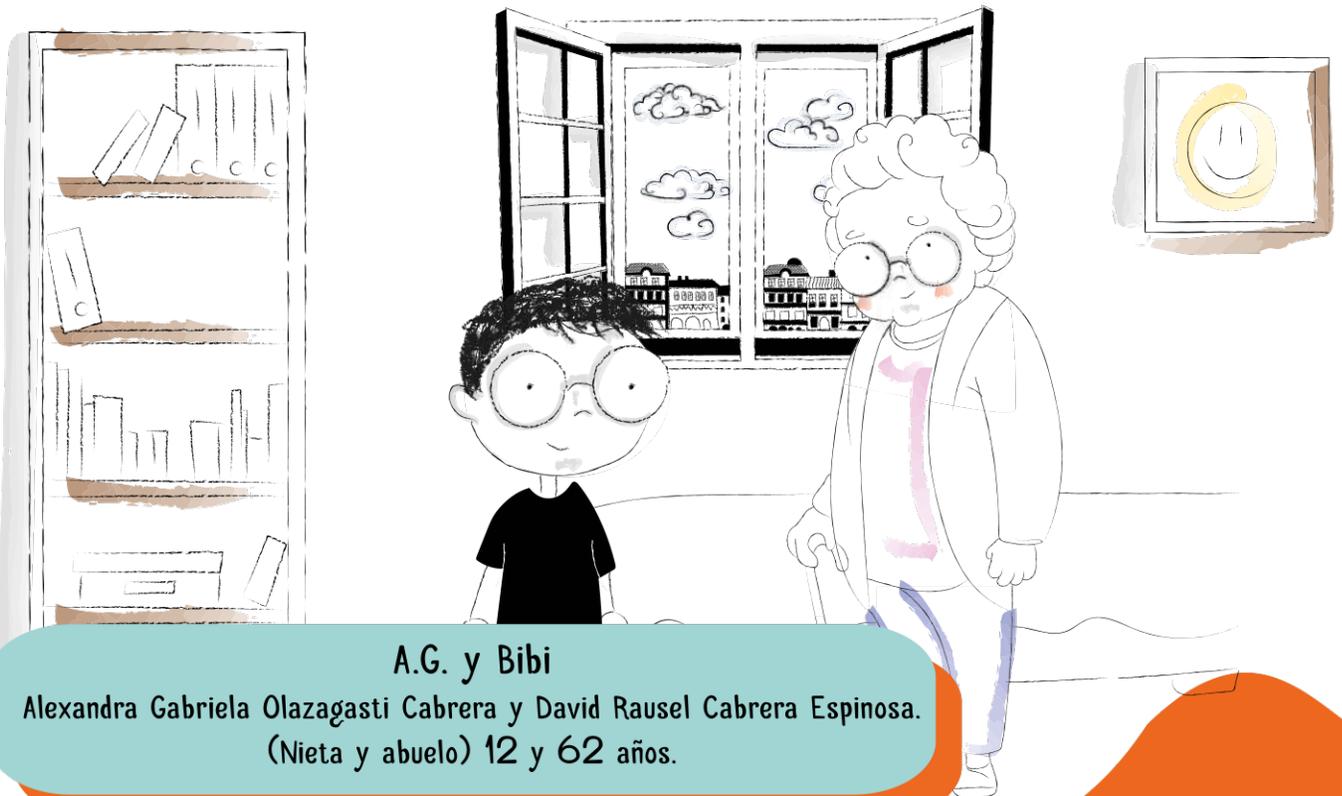
Era cierto que Lucía a veces desconocía la casa y a su nieto. Pablo pensaba que era olvidadiza por ser es grande.

Así transcurrían los días de cuarentena en casa de Pablo, la convivencia era básicamente siempre la misma: abuela y nieto jugaban y se divertían juntos, mientras Gustavo no dejaba de agredir a Lucía, hasta que un día todo fue diferente.

Un miércoles por la tarde, Gustavo decidió que pondría fin a los malos comportamientos de Pablo, —quien últimamente le respondía mal y lo ignoraba. Con firmeza y tono de enojo, llamó su hijo para tener una conversación. Pablo explicó a su padre que estaba molesto con él por la forma en como trataba a su abuela y le informó que había decidido que cuando fuera más grande lo enviaría a un asilo, así como él hizo con Lucía. Explico a su padre que Lucía no quería llamar la atención, sino que probablemente sufría alguna enfermedad, pues notaba su preocupación cuando olvidaba cosas.

Las palabras de Pablo hicieron reflexionar a Gustavo, quien tuvo miedo de que en el futuro su hijo lo dejara en un asilo y lo tratara de la forma en la que él había estado tratando a su madre todo este tiempo. Asustado y arrepentido por esta imagen en su cabeza fue de inmediato a pedir perdón a Lucía, recordando que cuando él fue pequeño como Pablo, ella no hacía más que cuidarlo y quererlo. Buscando la manera de cambiar y de ser mejor con Lucía, llamó al asilo para buscar consejo sobre cómo podía ayudarla, después de todo, las personas del asilo la habían atendido muy bien en estos años. Al explicar el comportamiento de Lucía, le informaron que podría padecer la enfermedad de Alzheimer.

Gustavo se prometió que nunca más trataría mal a su madre y que la cuidaría así como ella cuidó de él cuando era un niño.



A.G. y Bibi

Alexandra Gabriela Olazagasti Cabrera y David Rausel Cabrera Espinosa.
(Nieta y abuelo) 12 y 62 años.



niña heroína

Había una vez una niña llamada María, que era soñadora y escribía un diario. Ella vivía en una ciudad muy contaminada, soñaba que esta contaminación desapareciera para poder ver el sol, el cielo y las estrellas. Además, le encantaba la naturaleza, como oír los tigrillos de las aves. Su color favorito es el azul por ser el color del cielo.

Como cada mañana, María despertó, se acercó a la ventana y vio una pequeña luz que iluminaba el cielo, sin importarle siguió su rutina. Pasaron dos días y la luz estaba mucho más clara. Esa mañana, miró por la ventana y vio una luz relampagueante, se sorprendió tanto que salió corriendo hacia la calle a ver de qué se trataba. Comprobó que era el sol. Al salir se dio cuenta de que respiraba mejor, el aire estaba limpio y sin contaminantes.

María entró a su casa, prendió la televisión para ver las noticias y poder entender lo que ocurría. Con atención escuchó: “Las fábricas y todos los comercios han parado a causa del mortal virus llamado COVID-19. Las autoridades recomiendan que todas las personas deben quedarse en casa y seguir con las medidas de higiene para combatir a este mortal virus”.

Después de varios días, María empezó a escribir en su diario cómo se sentía ante esta situación:

“Estoy triste y feliz al mismo tiempo. Triste porque varias personas no podrán trabajar y se podrían contagiar del virus. Ya que no entienden las indicaciones que se les da, tampoco podremos ir al parque o visitar a mis abuelos, ni convivir con nuestros amigos.

Estoy feliz porque las fábricas y medios de transporte pararán y eso significa que escucharemos el tigrillo de las aves. Podremos ver el cielo con más claridad y en las noches ver las estrellas y respirar un aire limpio. Desde que comenzó esta pandemia he fortalecido los lazos de amistad con mis seres queridos, todos convivimos y nos reímos. Platico más con mis papás, ellos ahora administran mejor el dinero.



Ante esta situación, hemos aprendido a valorarnos como personas, a atender mucho mejor a nuestros ancianos. Extraño los saludos de mano y los abrazos, pero por el momento no podremos hacerlo ya que es por seguridad de todos.”

María fue escribiendo en su diario todo lo bueno que obtenía de la crisis que estamos padeciendo en este momento. Se preguntaba cómo poder sacar lo mejor de esta situación y cómo estar tranquilos dentro de nuestros hogares.

María se dio la tarea de animar a todos sus familiares dentro de su hogar: organizando juegos de mesa, leyendo libros, también ayudando a sus papás con las tareas del hogar. Sin embargo, quería hacer algo más, que beneficiara a más personas sin tener que salir de su casa. Así que empezó a escribir, por medio de las redes sociales, frases motivadoras que dieran aliento a todo aquel que se sintiera solo en esta situación de crisis.

María se esforzó en seleccionar las frases, las personas al leerlas sentían cómo las palabras le envolvían el alma y el cuerpo con alegría, amor, esperanza y bondad. Las publicaciones de María trastocaron el corazón de mucha gente que le agradeció con mensajes como este: “Gracias, María, por estas palabras”.

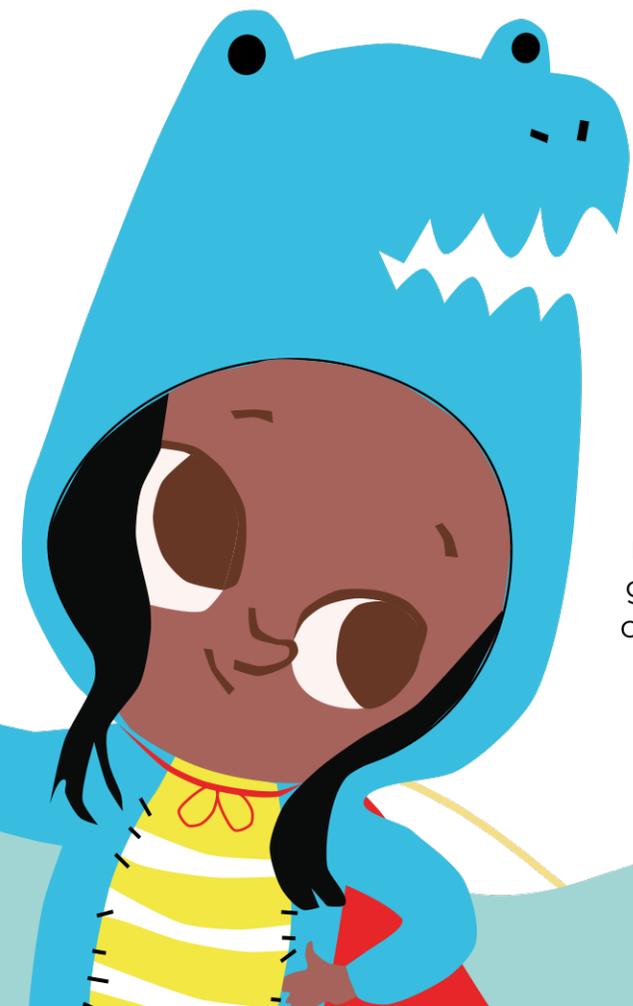
Pasó un tiempo y las palabras de María no solo aparecían en las redes sociales, sino también en la televisión.

María se puso feliz y se dijo así misma que cuando fuera grande sería escritora. Mientras tanto continuó publicando frases reconfortantes cada día, además de intercambiar opiniones y agradecimientos.

Después de muchos días, llegó la gran noticia: ¡Podíamos salir! El virus desapareció al igual que la contaminación de la ciudad. Las personas regresaron a la normalidad, pero más felices, gracias a la niña que los motivó a seguir adelante cuidando de los demás.

Jesús y Ventura

Jesús David Medina Romero y Buenaventura Romero Herrera.
(Nieto y abuelo) 12 y 69 años.



Siempre juntas, pero la distancia

Había una vez una princesa que se llamaba Lianna y tenía una mejor amiga llamada Alexa. Se querían de la Tierra al espacio, de ida y de vuelta.

A Lianna le gustaba hacer muchas cosas: bailar ballet, ir a la escuela, jugar en el parque, andar en bicicleta y patinar muy rápido para sentir como el viento le volaba el cabello y golpeaba su cara. Iba a los ensayos del coro donde aprendía a tocar la guitarra; también le encantaba ir de compras a las plazas comerciales y al cine, acompañada de sus papás, además, de hacer muchas otras cosas.

A Alexa, por su parte, le fascinaba platicar con Lianna y hablarle de todas sus aventuras; jugar con su amigo (el caballero *sir Tavo*), leer historias, ver las formas de las nubes en el cielo y las estrellas al anochecer.

De entre todas las cosas que le gustaban a Lianna, la que más disfrutaba era ir a visitar a su amiga Alexa. Su actividad favorita cuando estaban juntas era tomar el té en su vajilla de porcelana. También acostumbraban a jugar que vivían en un castillo y que tenían emocionantes aventuras por el bosque.



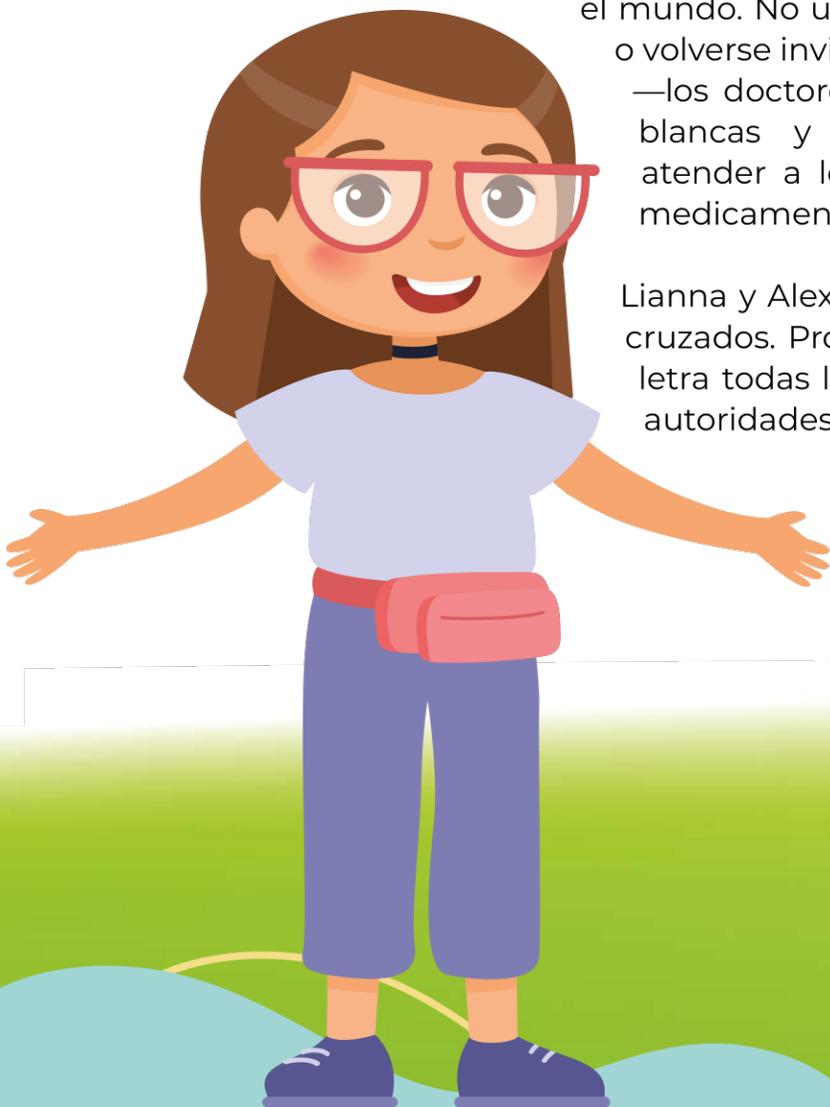
Un día, de la noche a la mañana, se enteraron de que existía un virus mortal al otro lado del mundo que afectaba a mucha gente. La enfermedad se convirtió en una pandemia que obligó a todos, incluidas Lianna y Alexa, a quedarse en sus casas para evitar contagiarse.

A partir de ese momento las dos tuvieron que guardar distancia con todas las personas que conocían. Además, se tuvieron que aislar y resguardarse en sus casas, pero lo que más les dolió fue el hecho de que no podrían disfrutar de las muestras de amor, como sus fabulosos abrazos llenos de cariño a los que ambas estaban acostumbradas.

A medida que avanzaban los días, Lianna y Alexa se enteraron de la magnitud de la pandemia. Sin embargo, también se dieron cuenta de que al igual que en los juegos con los que se divertían, había grandes superhéroes dispuestos a proteger

el mundo. No usaban capa o antifaz ni podían volar o volverse invisibles. En cambio, estos superhéroes —los doctores y las enfermeras— usaban batas blancas y sus superpoderes consistían en atender a los enfermos, cuidarlos y darles sus medicamentos.

Lianna y Alexa decidieron no quedarse de brazos cruzados. Prometieron que seguirían al pie de la letra todas las indicaciones de los médicos y las autoridades: se quedaban en casa, se lavaban las manos a cada momento, mejoraron su alimentación, comían un mayor número de frutas y verduras, tomaban jugos naturales y hacían ejercicio para protegerse del virus.



Un día Lianna se enteró de que su mejor amiga Alexa había comenzado a tener los síntomas de la enfermedad COVID-19. Lianna lloró y lloró, buscó la manera de estar aún más en contacto con Alexa para poder ayudarla a recuperarse lo más pronto posible.

Alexa y Lianna siguieron en contacto por videollamadas. Lianna estaba al pendiente de su mejor amiga. Decidieron pensar en qué actividades podían hacer a la distancia para seguir divirtiéndose y para que su amistad siguiera creciendo a pesar de la situación por la que estaban pasando.

Lianna platicaba con Alexa de todo lo que habían hecho durante el día, compartía todo lo que estaba aprendiendo en sus clases en línea y le recordaba lo mucho que deseaba el pronto fin de la pandemia para poder volver a reunirse con ella.

Por su parte, Alexa le platicaba cómo se sentía y todo lo que hacía para poder recuperarse de la enfermedad. Ellas veían todo esto como una gran aventura y como un desafío que superarían juntas como amigas. Poco a poco Alexa fue venciendo al virus y se reincorporó a sus actividades.

Ahora que se sentía mejor; ambas iban a poder seguir jugando, platicando y viviendo nuevas aventuras juntas, pero a la distancia, para cuidarse entre ellas y, de paso, a los que más amaban.



DannaLu y Coco

**Danna Lucero Vergara Castro y María del Socorro Martínez Maldonado.
(Nieta y abuela) 10 y 66 años.**

Isadora, Damián y la cuarentena

Hace no mucho tiempo, en la planta baja de un pequeño departamento de la Ciudad de México, vivían dos hermanos Isadora y Damián. Como todos, ellos también ya estaban aburridos de la cuarentena, querían volver a salir, a estar con sus amigos y al mismo tiempo sabían que era necesario que se quedaran en casa, ya que eso decían todos los adultos.

Un día, estando en la pequeña habitación que compartían, Isadora le dijo a su hermano:

—Quiero saber qué va a pasar cuando todo esto termine, quiero saber cuándo voy a ver a mis amigos, cuándo volveremos a la escuela.

Antes a ellos no les gustaba la escuela, pero ahora la valoraban más que nunca, porque ahí, podían salir a jugar con sus amigos y hacer lo que ellos quisieran, ¡hasta intercambiar el almuerzo!

Damián contestó :

—Yo también quiero saber qué va a pasar y tengo una idea para averiguarlo. Le enseñó a su hermana un gis que un amigo le había dado—. Este gis es mágico: si dibujas una puerta en la pared vas a poder salir y llegar a otra época.

Isadora estaba confundida, pero sabía que no perdían nada intentándolo, por lo que sugirió:

—Si tú dibujas la puerta, yo tengo esta llave antigua para abrirla.

Los niños dibujaron la puerta, giraron la llave en la cerradura y luego la empujaron al mismo tiempo. La puerta —contrario a lo que esperaba Isadora— se abrió.

Salieron y vieron su misma ciudad. Era la misma calle, el mismo parque de frente a su casa, pero a la vez, todo era diferente. El parque lucía más hermoso, estaba perfectamente arreglado, incluso



los niños y sus padres se veían más felices en él y todavía mejor: la gente no usaba cubrebocas. También llamó su atención que el cielo se veía limpio y transparente, como nunca en su vida lo habían visto.

Isadora y Damián estaban desconcertados no entendían cómo la pandemia había terminado y nadie les había dicho nada; tampoco entendían por qué todo se apreciaba tan diferente.

Después de un rato pensando, decidieron que era mejor preguntar a alguien, se dirigieron hacia un anciano que platicaba con un policía. El policía también lucía diferente, y no solo eso, era atento y amable. Él les informó que la cuarentena había terminado hace poco más tres años. ¡Cómo! —Exclamaron los dos al mismo tiempo—. Nadie nos avisó... ¿y cómo lo hicieron? ¿Por qué todo se ve más bonito?

—¡Ah! —dijo el anciano—, eso es fácil de responder, lo voy a hacer contándoles una historia de mi tierra: Yucatán. Es sobre del pájaro *X'puhil*, él posee un plumaje muy hermoso, aunque algo extraño. Pongan atención: Hace muchísimo tiempo, las aves decidieron hacer un concurso para elegir al ave más hermosa. Como *X'puhil* era muy despistado, no se enteró de esto. Así que el pavo real fue a su casa y le dijo: “oye, necesito que me prestes tu ropa para ir a una fiesta. Te la traeré cuando termine”. *X'puhil* le prestó su bello plumaje.

¿Y qué creen que pasó entonces?

Pues que el pavo real ganó el concurso y no regresó para devolver el traje. Después de un tiempo, los demás pájaros se preguntaban dónde estaría *X'puhil*. Como nadie sabía, decidieron ir a buscarlo a su casa, *X'puhil* estaba ahí. Intrigados le preguntaron por qué ya no salía,



él respondió que le había prestado su plumaje al pavo real y que este no se lo devolvió.

Para terminar el encierro de *X'puhil*, los pájaros decidieron que cada ave le daría una de sus plumas para que se confeccionara un nuevo traje y así *X'puhil* pudo salir de nuevo y convivir con los demás pájaros.

Y así también le hicimos nosotros, nos organizamos y cada quien puso de su parte para resolver el problema. Niños, lo que vivimos durante la pandemia causada por el COVID-19 nos hizo comprender que solo estando unidos podremos resolver los problemas, que solo preocupándonos por el bien común las cosas funcionan bien. Además aprendimos algo más importante: entendimos que cuidar del medio ambiente es responsabilidad de todos. Por eso ahora ven todo diferente y más bonito.

El policía, guardó un respetuoso silencio mientras el anciano hablaba, solo se limitó a mover su cabeza, en señal de asentimiento.

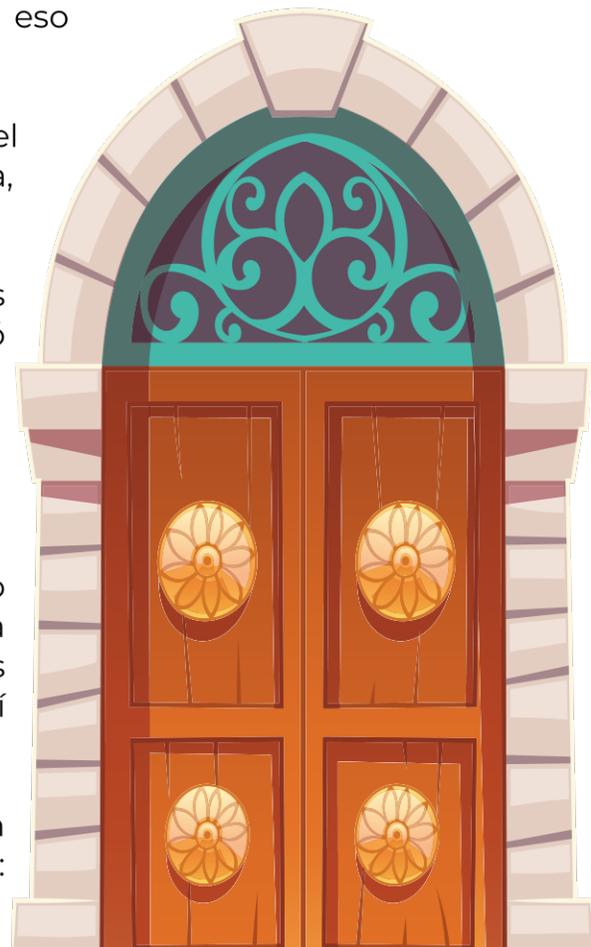
Isadora y Damián estaban admirados por las palabras del anciano, sin embargo, lo único que se les ocurrió preguntar fue:

—¿Y qué pasó con el pavo real?

El anciano respondió:

—Bueno, esa es otra historia, que les contaré otro día, pero ahora jovencitos, aunque vivimos en una ciudad mejor y más segura, donde la gente es respetuosa, es tiempo de que vayan a su casa. Así que mi amigo el policía y yo los acompañaremos.

Isadora y Damián se vieron a los ojos y con complicidad se rieron, en voz baja cuchichearon: “Será hasta la puerta de nuestra recámara.”



Pimienta y Sal

Mariana Cantón Vivaldo y Patricio Enrique Cantón Figueroa.
(Hija y papá) 11 y 68 años.

La fascinación de vivir el aquí el ahora

Esta historia se desarrolla en nuestra época e inicia con el entusiasmo de dos personas mayores que deseaban competir en una carrera y cruzar la línea de meta, por lo que desde hace unos meses se ejercitan a diario y mantienen una sana alimentación.

Olga, una señora de 68 años bonita y activa, de carácter fuerte, pero sociable y amistosa. Su esposo Jesús, un hombre de 70 años, alto y fuerte, de una personalidad seria, pero amable. Hace algunos años se jubilaron y decidieron mudarse a Querétaro, dejando la Ciudad de México. Siempre soñaron con una casa amplia, cerca del campo y con un jardín para disfrutar a su familia, después de muchos años de trabajo.

Un día, Jesús al leer el periódico, encontró la convocatoria para participar en una carrera de 10 kilómetros, la cual no indicaba un límite de edad para el registro. Lo comentó con su esposa y entusiasmados decidieron participar. Reforzaron su rutina de ejercicios, todos los días caminaban más de una hora, además, comenzaron a trotar. Adquirieron su ropa deportiva y llevaron una dieta más estricta, incluso fueron al doctor para realizarse un chequeo y asegurar que su estado de salud estuviera en óptimas condiciones.

La carrera recorrería las principales calles de Querétaro, iniciando en el Centro Histórico y pasando por otros puntos importantes como el Cerro de las Campanas, Santa Rosa de Viterbo, Templo de la Cruz y el Acueducto.

¡Llegó el gran día! Estaba muy soleado, pensaron que no sería fácil lograrlo porque tendrían que invertir mayor energía, sin embargo, no perdían su entusiasmo. No importaba el lugar que obtuvieran, lo importante era competir y vivir la experiencia. Olga siempre decía: “lo que nos llevamos al morir, son los momentos que disfrutamos”.



FINISH





Iban camino a la carrera y otros competidores los miraban raro, algunos comentaban: “Mira estos viejitos, ¿piensan competir?” Otros decían: “¡Pobres viejitos no creo que lleguen ni al primer kilómetro!” Algunas personas reaccionaron de manera diferente, por ejemplo, un auto se detuvo y la familia les ofreció llevarlos, Olga y Jesús les agradecieron la intención, pero decidieron continuar a pie para calentar, durante el trayecto hubo quienes reconocieron su participación y les deseaban mucha suerte.

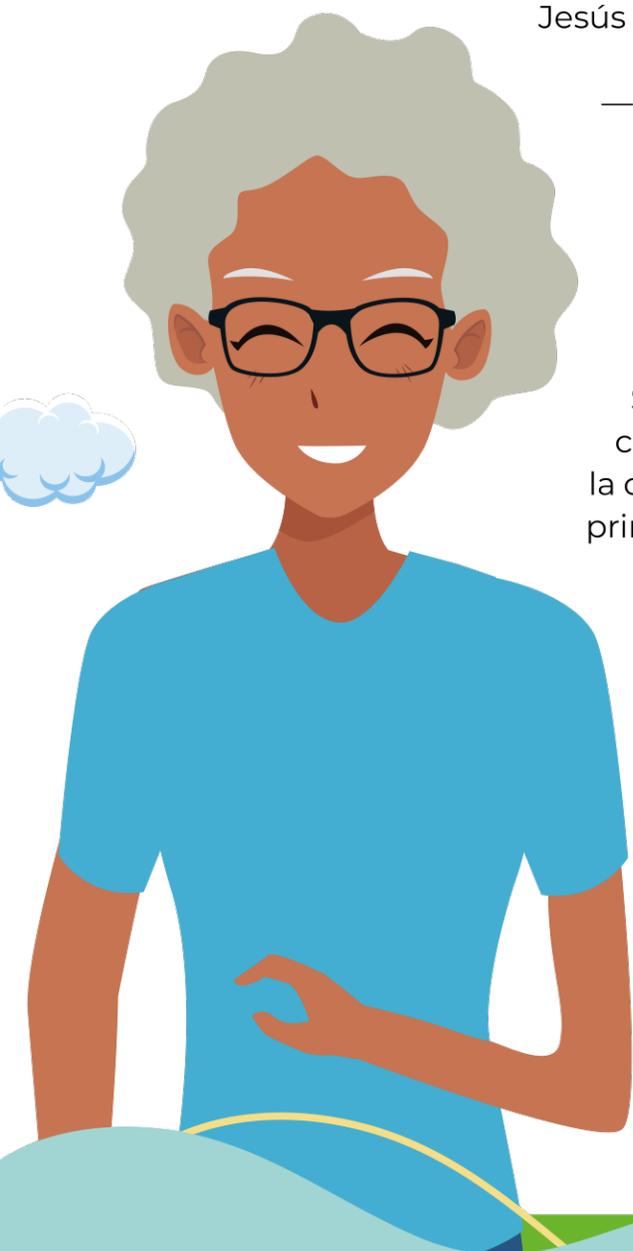
Antes de iniciar la carrera, el matrimonio se animó mutuamente.

Jesús le dijo a Olga:

—¡Vamos mi vida, venimos a ganar!

—¡Sí, tienes razón, vamos a echarle muchas ganas amor! Quiero demostrarles, pero sobre todo quiero demostrar a las nuevas generaciones que nunca hay que perder la pasión para realizar tus sueños.

Se colocaron en el punto de salida y esperaron la cuenta regresiva. De los 100 corredores inscritos a la carrera solo había 15 personas mayores. Pasaron los primeros 30 minutos, su paso era lento, pero seguro no querían desgastar sus energías. Había personas que los animaban echándoles muchas porras y les ofrecían agua. La mayor parte de la carrera, se mantuvieron detrás. Jóvenes competidores se reían de ellos, otros los incitaban a ya no continuar diciéndoles de forma irónica: “¡Paren, no les vaya a dar un infarto!” Hubo momentos de mucho cansancio, cuando uno de ellos comenzaba a perder fuerzas el otro tomaba su mano para apretarla y brindarle ánimos para continuar. Pasando el kilómetro siete y viendo que otros ya estaban más cansados decidieron apretar el paso. Llegó un punto donde solo faltaban dos kilómetros, Olga le dijo a Jesús: “Ya falta poco”.





Mantuvieron la calma y el ánimo. Para sorpresa de muchos y de ellos mismos llegaron dentro de los diez primeros lugares.

El momento de cruzar la meta, fue único y mágico. Su alegría era inmensa, se abrazaron y no paraban de sonreír, pero al mismo tiempo trataban de recuperar la respiración y su energía. Muchos competidores se acercaron a felicitarlos y algunos de los que habían dudado de ellos, les ofrecieron una disculpa y se llevaron una gran lección.

Durante la ceremonia de premiación y a pesar de no haber estado entre los tres primeros lugares. Los ganadores les pidieron subir al pódium y recibieron el reconocimiento de todos los que estaban ahí. ¡Fue un gran día!

Olga y Jesús regresaron muy contentos a casa. Satisfechos de su logro en la carrera, y de haber conseguido que las personas cambiaran su perspectiva sobre las personas mayores, dejando una enseñanza de fortaleza y respeto.

Jesús preguntó a Olga:

—¿Lista para recuperar energía? ¡Llegaron las pizzas!



Angelito y abuelita Tere
Ángel Uriel Flores Flores y Teresa Olvera Martínez.
(Nieto y abuela) 12 y 61 años.



vida plana



Hoy al despertar, escuché que mis papás ya estaban haciendo sus actividades y decidí quedarme otro rato en la cama a descansar. Al estirarme y levantar mis brazos y ver mi cuerpo, me di cuenta de que no se veían como siempre. Estaba como si fueran una imagen plana: ¡Cómo una foto!

Hemos estado meses sin ver a nuestros parientes, maestras, amigas y amigos, y siempre que nos comunicamos nos enviamos fotos. Será por eso que ¡nos estamos volviendo fotos! ¡Qué horror!

Me levanté de la cama, pero más que levantarme, casi me deslicé. También mi cuerpo se volvía plano y solo mis pies tenían su forma normal. Recordé a los guardias que eran cartas de barajas en el cuento de *Alicia en el país de las maravillas*. Esto no podía estar pasando.

Pensé en mis papás a quienes oía hablar a lo lejos. ¿Qué pasará si ellos también están sufriendo este cambio? De la sorpresa pasé al miedo. Miré todas mis cosas en mi recámara y me entró una gran tristeza al pensar que, de seguir cambiando mi cuerpo, jamás podría volver a disfrutar mis muñecas, ni jugar con mis papás y mis hermanos.

¿Qué podremos hacer si todos nos volvemos figuras planas?

No pude evitarlo y empecé a llorar. Sentí un vacío y un gran dolor en mi corazón. Mi mente no obtiene una respuesta y todo se vuelve oscuro y me crea más confusión.

Quizá el encierro en casa por meses pudo haber modificado todo. Nos quedamos aislados de todas las personas que queremos y nos quieren y solo nos vemos en pantallas planas, oprimiendo teclas de nuestras *tablet* o teléfonos.

Cuando todo inició hace meses, mis papás me dijeron que había un virus que podía enfermar a toda la humanidad. Que la mejor forma de protegerlos y proteger a todos, era estar en casa y salir lo menos posible o no salir.



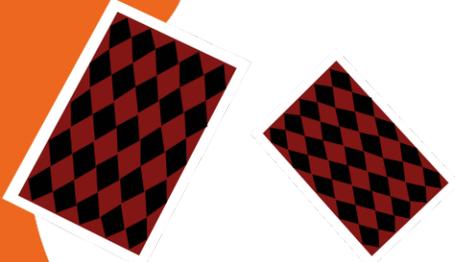
Mis papás me quieren mucho, por eso a veces me ocultan lo que está ocurriendo. Seguro el virus es el que está causando esta deformación en mi cuerpo.

Iba a salir de mi recámara para mostrar el cambio de mi cuerpo a mis papás y conocer la verdad. Fue entonces que encontré a mis mascotas, ellas no presentaban ningún cambio en su cuerpo. ¡Estaban iguales!

¿Será que el virus no afecta a los animales?
¿Serán los únicos que van a sobrevivir al virus?

De nuevo me invadió el pánico. ¿Qué es lo que me pasa? Todos seremos como unas fotos que nadie volverá a ver. ¿Cómo será todo si nuestra vida se vuelve plana?





Mi gato se acercó y se recargó en mi pierna plana, me quedé sorprendida, él no me veía como yo me veo. ¿Cuál es la razón por la que para ellos todo es igual? Siempre son cariñosos y se alegran cuando nos abrazamos y jugamos. Para ellos nada ha cambiado.

¿Por qué mis mascotas seguían recargándose en mí y haciendo “fiesta” al verme, como todos los días?

Ahora que las veo junto a mí, esperando que les brinde parte de mi tiempo y mi atención, me doy cuenta de que en este encierro me he olvidado de ser sensible y dar amor diariamente sin condiciones a todos mis seres queridos. Es verdad que hay un virus que pone en peligro la salud de los humanos, pero también está poniendo en riesgo nuestra mente y sentimientos.

He estado más atenta lo que pasa en el mundo exterior con mi *tablet*, teléfono y televisión, que he dejado de lado el amor diario que se necesita dar en la familia.

—¡No puede ser! ¡No, no, no!

—¿Qué tienes?, ¿qué te pasa?, ¿por qué gritas así?, ¿por qué lloras? —preguntaron mis papás.

—¿Tuviste una pesadilla?

—Sí, una pesadilla horrible. —Me abracé a ellos todavía llorando, pero ahora de la emoción y alegría de verme y verlos bien.

Ya despierta, me queda todo claro.

El peor virus que nos puede afectar es alejarnos de las personas que nos rodean, cambiándolas por aparatos que jamás podrán sustituir lo que somos y el amor que necesitamos unos con otros.

Estar juntos no es estar unidos. Tenemos que unirnos con nuestros mejores sentimientos y virtudes y eso nos hará más fuertes para resistir todo lo malo que enfrentamos.

Un abrazo amoroso y palabras de apoyo diario nos dejarán sentir todo el amor que como familia y humanidad necesitamos.

No más pesadillas.

¡A dar y recibir amor!

Abi y Silver
Abigail Méndez Balcázar y Silverio Méndez Robledo.
(Nieta y abuelo) 7 y 65 años.



Lo que me quitó

me dio la pandemia

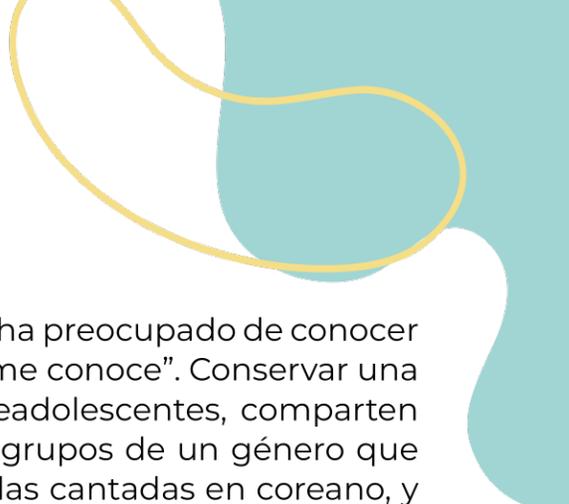
Miranda, una niña a punto de dejar de serlo, es alta, delgada y muy blanca, cumplida en la escuela, habla mucho, se enoja con facilidad y es muy sociable. Cursa su último grado de educación primaria, en marzo supo que ya no volvería a clases. De un día para otro se tuvo que acostumbrar a las clases en línea. Ella dice que: “no fue tan difícil porque no era tan complicado de entender, aunque no era lo mismo que una clase en el salón”.

Más difícil que adaptarse a las clases en línea, fue para ella aceptar que su fiesta de graduación de primaria se cancelaba. Ella me dijo: “Fíjate abuela, no pude firmar mi playera con los demás niños. Mis compañeros y yo nos perdimos de hacer un proyecto que consistía en colocar por algunas de las paredes y pizarrones de la escuela nuestros recuerdos de primaria”. Al final su fiesta de graduación fue de una manera que jamás olvidará, porque la vivió de un modo muy diferente, donde en vez de aventar un gorro, aventó un cubrebocas, en lugar de dar un abrazo dio un choque de puños, en vez de recibir un globo al entrar recibió gel antibacterial para limpiar sus manos, y en lugar de reunirse todos sus compañeros, se hicieron grupos de diez alumnos para la entrega de papeles, teniendo la suerte de que ella y su mejor amiga Yareli estuvieran juntas.

Miranda y Yareli fueron compañeras durante los seis años de la primaria y quizá lo sean toda la vida, pues aunque son parecidas tienen algunos rasgos diferentes: Yareli no se enoja con la misma facilidad que Miranda, no critica a alguien, a menos que demuestre que ha hecho algo malo, y aunque parece







sería, en el fondo no lo es tanto. Y lo más importante, se ha preocupado de conocer a mi nieta. Ella me lo dijo: “Yareli es la amiga que más me conoce”. Conservar una amiga en la cuarentena es algo especial. Las dos preadolescentes, comparten sus gustos: cantan y bailan las coreografías de varios grupos de un género que Miranda me ha explicado que es el *k-pop*, o sea, baladas cantadas en coreano, y en cuanto a la lectura, gracias a una recomendación de Yareli, mi nieta conoció la aplicación que se llama *Wattpad*, donde se pueden leer las historias que otros escriben y donde tú puedes redactar tus propias historias.

Con este ejercicio a Miranda le empezó a gustar la lectura, especialmente cuando se trata de historias con drama y romance. Ahora está leyendo un relato cuyo argumento es la historia de dos personas que trabajan como empleados de un restaurante, uno de ellos es el gerente, que se finge empleado para evitar que alguien se enamore de él por su dinero. También, gracias a esta aplicación, mi nieta empezó a crear minihistorias.

Ella me dice: “Cambié mucho en esta cuarentena, entendí que siempre hay que aprovechar cualquier momento que estés con tus amigos, pues no sabes si será la última vez que los veas. Yo salí de la escuela pensando que nos volveríamos a ver en un mes, sin saber que iba a ser mi último día de clases y la última vez que iba a ver a todos mis amigos, también aprendí que hay que ponerle ganas al estudio porque hay veces que no tendrás segundas oportunidades. Con todo lo que está pasando en el mundo, yo pienso que nada va a volver a ser igual. Esto nos da tiempo de reflexionar sobre todo lo que estamos haciendo, comenzando con darnos cuenta de que no estamos listos para un virus de este tipo, después de esto lo más probable es que se dé más apoyo a la salud, a los médicos y a las enfermeras, y a todos los que trabajan en los hospitales, porque como en situaciones como esta, ellos son nuestros héroes”.

Las minihistorias de Miranda reflejan estos cambios, sus personajes son seres comunes y corrientes y no los héroes de Marvel, las situaciones que conforman sus tramas inciden en la posibilidad de la amistad y su fragilidad de la misma. Los encuentros se pueden dar en Japón o a la vuelta de la esquina de su casa. Los personajes no se dejan llevar por las apariencias, detrás de alguien muy serio, puede existir un amigo, detrás de un empleado, puede estar un gerente disfrazado. La pandemia le ha quitado muchas cosas, es justo que le haya dado otras.

Miranda y Mila

Miranda Yetlanezi Muñoz Contreras y Martha Lilia Sandoval Cornejo.
(Nieta y abuela) 12 y 70 años.

Siempre en **La** vida hay algo bueno

Ese martes por la tarde, a pocos minutos para oscurecerse, mi primo Daniel regresó de la escuela vespertina sorprendido por la noticia de que a partir de mañana ya no habría clases a causa de la nueva enfermedad. Donde yo vivo, hay un callejón que lleva a la casa de nuestra abuela Virginia, de lado derecho está la casa de Daniel y del lado izquierdo hay dos casas más donde viven mis tíos.

Yo quiero mucho a mi abuelita Virginia, a ella le gusta mucho tener flores exóticas. De su colección la que más me llama la atención es una planta verde fuerte con rayas blancas. Dicen que si la comes te encoge la lengua, bueno no estoy segura. A mí también me gusta tener plantas, regarlas y verlas crecer. Dice mi papá que hay una planta carnívora que come insectos y crece muy grande, pero nunca la he visto. A Daniel no le gusta cuidar las plantas de mi abuelita, aunque ella nos diga que nos paga por regarlas, yo nunca le acepto el dinero. Daniel prefiere jugar con su celular o ver la tele, por lo que pienso que Daniel está feliz por la noticia de no ir a la escuela.

Esa noche, antes de ir a dormir, me acordé de que había dejado en el casillero de mi escuela mi libro de inglés, estaba algo triste porque ya no podría ir a recogerlo y no lo usaría más. Los primeros días pasaron entre muchas tareas, juegos, tele, estudiar y mi cumpleaños número once. Yo no entendía bien lo que pasaba con el virus, primero empezó en China, después estuvo en Estados Unidos. También dijeron que estaba en el hospital del Seguro de Cuernavaca, aunque creo que no llegó a Emiliano Zapata, donde yo vivo: no vi a nadie enfermo. Lo único que sabía era que no podría regresar a mi escuela y ver a mis amigas.

Mi abuelita Virginia, aunque no estaba asustada por la enfermedad, dejó de ir al hospital de Cuernavaca, donde se pone sus vacunas. Mi papá le dijo que mejor no fuera para que no se enfermara. Lo bueno fue que mi abuelita estaba muy tranquila, como dice mi mamá: “Si lo estás piense y piense te pueden pasar cosas, como enfermarte”. Mi abuelita Virginia, cada que nos enfermamos nos ayuda a curarnos porque sabe muchas cosas. Una vez, a mi primo lo curó del “ojo”, creo que usa chile, epazote, alcohol y un huevo.

Mi abuelita dice, que cuando alguien tiene “mucho ojo” se puede morir si nadie lo ayuda. Mi mamá también nos cuida cuando nos enfermamos, nos hace sopa de letras y agua de naranja. Ella es muy paciente y cariñosa y nos apoya mucho a mi y a mis hermanos.

El mensaje es, que todo lo malo tiene algo bueno y la sorpresa fue, descubrir y aprender muchas cosas nuevas. Gabi, mi nueva maestra, estaba de visita con su mamá, ya que le permitieron trabajar desde su casa. Ella le preguntó a mi mamá que si me gustaría aprender inglés y matemáticas, y ella dijo: “¡sí!” Yo tenía muchas ganas de estudiar inglés porque está padre aprender. Mi primer día de clases con Gabi estuvo increíble, aprendimos palabras nuevas y jugamos al *spelling bee*: es un juego para deletrear palabras en inglés, y ya que habíamos terminado la clase me regaló unas gomitas.

Han pasado dos meses de clases con mi nueva maestra y todavía sigo descubriendo cosas nuevas. Por ejemplo, descubrí que me gusta escribir y platicar de mi familia; también me gusta leer cuentos de animales en la selva y flores. Pienso que, de grande quisiera ser como mi abuelita, ella siente mucho amor por las plantas y nos protege cuando algo nos pasa. Quisiera ser como mi mamá: paciente y amorosa y como mi maestra Gabi, por compartir lo que sabe y ser buena gente.

Nancy y miss Gabi

Nancy Gabriela Cruz Uriostegui y Nina Isabel Robles Domínguez.
(Alumna y profesora) 11 y 78 años.

El llamado

Mi nombre es *Burbu*, bueno, no, ese es el apodo con el que me conocen en la casa de la mamá de mi papá, la abuela *Pompix*. Debes saber que antes no me gustaba que me dijeran así, pero hoy me encanta. Fue hasta que mi *abue* me contó la historia de por qué todos me llaman así. Quizás para algunos sea simple, pero para mí es muy bonita. ¿Quieres conocerla?

Pues bien, dice *Pompix* que cuando mi mami estaba embarazada toda la familia quería saber todo lo que ella sentía, cada cosa que le pasaba porque estaban muy emocionados y querían vivir cada paso de ese proceso junto con mis papás. Es importante que sepas que yo soy su hija mayor, no es que presumo, bueno, un poquito, pero cuento lo anterior porque mi mamá nunca había estado embarazada. Uno de esos días que le preguntaron cómo se sentía ella dijo: “No sé, siento algo, como si tuviera una burbuja en el estómago”. Esa fue la forma en que obtuve mi primer apodo.

Ahora que hemos estado en casa, he podido estar más tiempo con mi abuelita y me ha platicado muchas historias. Me habla de su vida. Recuerda con nostalgia a su familia y a sus amigos, así como sus primeros años de vida en Michoacán, fue una niña traviesa que se subía a los árboles más altos y montaba los caballos sin utilizar silla. Me platicó de una fiesta que se hace en el pueblo donde ella nació. Se lleva a cabo en Semana Santa, la gente baila y teje una trenza con listones de colores, dice *Pompix* que muchas personas van de otros pueblos, estados y hasta países porque hacen mandas, yo no entendí qué era eso, me explicó que son promesas que las personas le hacen a un santo para que los salve de algún peligro y cuando el santo cumple, ellos también deben cumplir bailando en su honor. Ella dice que un día me va a llevar para que yo baile, a mí me da pena no saberme los pasos y que la gente me vea, además, aún no he hecho ninguna promesa, así que no hay razón para que vaya a bailar.

Algo que me asombra de *Pompix* es que no le tiene miedo a nada, ni a los animales ni a las cosas que pasan por la *tele*; siempre me dice que en la vida hay que ser valiente, que nunca debo tener miedo de nada,





y que tengo que hacer las cosas aunque parezcan imposibles: porque yo soy muy inteligente, yo aún no puedo ser del todo como ella me dice, pero quizás algún día lo consiga.

Estos días la vida en la casa a veces es difícil, sobre todo por las tareas y las clases en línea, todavía no me acostumbro y me hace falta el recreo, mis amigos y las clases de natación.

Aunque puedo decir que sí hay algo muy bueno: puedo jugar más tiempo con mi hermano *Guante*. No, no te espantes, no se llama así, es su apodo, pero esa historia le toca contarla a él.



Cuando jugamos siempre hay un llamado que nos interrumpe, a veces quisiéramos no hacerle caso, pero no podemos o mejor dicho, no queremos. No, no es el grito de: ¡a comeer! de *Pompix*, o el de ¡niñoos, la tarea! de mamá o papá, es otro, viene de una voz muy dulce y bajita, una voz que no puedes ignorar, es la voz de la abuelita de mi papá, todos en la familia la llamamos *Teta*. Ella está muy viejita, dice mi *abue* que tiene 95 años.

Bueno, pues a veces estamos jugando y nos llama: "*Guaanteee*", "*Buurbuuu*" nosotros corremos a su cama para preguntarle qué necesita y ella solo nos pregunta si ya comimos. A los pocos minutos nos vuelve a gritar y volvemos a ir, solo para contestar de nuevo la misma pregunta. Seguro estás pensando si no nos aburrimos o desesperamos de contestar 50 veces lo mismo en un día, la respuesta es: no. Al estar cerca de ella he podido entender lo que dicen mi abue, mi papá, mi mamá y mis tíos: que un día, cuando *Teta* ya no esté, voy a extrañar su llamado. Por eso, aprovecho estos días de encierro para estar a su lado todas las veces que ella me necesite, quiero recordarla toda mi vida y grabarme su voz repitiendo mi nombre, bueno, mi sobrenombre: *Buurbuuu*.

Burbu y Pompix

Dafne Soto Escutia y María Pompella Soto Valencia.
(Nieta y abuela) 7 y 74 años.

La rosa con vida

Él inventaba cosas desde chiquito. Su primer recuerdo era tratar de componer su andadera con un martillo de plástico, de esos que se compran en el mercado o que se regalan en los juegos de las canicas en la feria. Se llamaba José Manuel, pero sus amigos le decían Joe. Fue creciendo y solo le importaba continuar haciendo sus inventos e ir a Los Viveros a observar las rosas. Tenía una especie de fascinación por esas flores. Le gustaba su color que le recordaba una tarde sin nubes, los pétalos suavitos como su pijama y su aroma como los abrazos de su mamá.

Un día se le ocurrió inventar una rosa con las características de un ser humano. No sabía bien cómo hacerlo. Llevó a su cuarto, el cual había convertido en un laboratorio, varias cosas para crear la rosa humana. Entre ellas, mezcló las voces de la calle que había guardado en una bolsa de plástico, el cariño de acariciar un conejito y la alegría de unos niños jugando en el parque.

Después de varios experimentos, logró que la rosa tuviera emociones e incluso hablara. Era casi todo un ser humano, solo le faltaba moverse porque no tenía piernas ni nada que la impulsara. Cuando Joe pensaba cómo darle movilidad fue impactado por un camión y falleció.

La rosa quedó inconclusa, su padre la había heredado, aunque no sabía qué





hacer con ella. El papá de Joe era mayor. Cada día regaba la rosa, le contaba cuentos, hasta le enseñó a leer. Un día el papá de Joe descubrió que se había enamorado de la invención de su hijo, mas no le dijo a nadie.

Cada semana, el papá de Joe recibía la visita de Alejandro uno de los mejores amigos de su hijo. Él y la rosa se enamoraron desde que se conocieron y se volvieron novios después de un tiempo. Una vez se fueron de viaje. El papá de Joe se sentaba todas las tardes en el banquito fuera de su jardín, esperando que la rosa regresara.



Una tarde, entró el cartero a la casa y vio al papá de Joe tirado en el jardín, llamó a una ambulancia para trasladarlo al hospital. La rosa se enteró de lo que pasaba porque una ráfaga de viento se lo contó. Regresó de inmediato para ver al papá de Joe quien, al escucharla, abrió los ojos y le dijo: “Yo te amo, pero no supe como decírtelo.” La rosa se sorprendió. El papá de Joe cerró los ojos para no abrirlos nunca más.

Dicen que todavía se puede ver en su jardín una rosa que tiene la cualidad de cambiar de color si cruza una pareja que en verdad esté enamorada.

Emi y abuelo Quique

Emiliano Ornelas Troyo y Carlos Enrique Troyo Sanroman.

(Nieto y abuelo) 9 y 70 años.

Ganador del primer lugar del concurso:

Cuento corto intergeneracional. Hacer de la crisis una oportunidad.

Una gran esperanza **en** el mundo

Los árboles estaban secos por el frío. Me encontraba en la ciudad caminando por sus calles, viendo a las personas como ratas, amontonándose en los restaurantes buscando comida.

Llegué a casa, me dolía un poco la cabeza, de esas veces que no sabes por qué, quizá es el frío, —pensé—. *Abue*, se encontraba en la cocina preparando la comida con las últimas reservas que teníamos. Con mucho trabajo levantaba el sartén que aunque no era realmente pesado, para ella era como cargar 20 kilos, debido a su temblorosa mano.

—¡*Abue*, déjalo ahí!— dije advirtiéndole—. Se sentó en el sofá, prendió la radio y sintonizó las noticias.

—Las personas se estaban muriendo como gotas en una fuerte lluvia. Hijo, esto cada vez se pone peor, no podemos saber cuándo va a terminar, va a haber un momento en que vamos a tener que hacer cosas por nuestra cuenta—. Su voz estaba temblorosa—.

—Tranquila, *abue*, esta enfermedad se va a acabar tarde o temprano.

—¿Crees qué aguantaremos hasta el final, mi niño? —susurró con inocente dulzura—.

Me acerque a ella, sonreí con una mueca y tomé su mano arrugada como una pasa y suave como panquecito.



—Sí *abue*, te lo prometo. —Le dije con un nudo en la garganta, mientras se quedaba dormida oyendo la radio.

Me recosté para esperar a Carmen mi hermana mayor, quien había salido para buscar comida y las medicinas de *abue*.

—¿Qué onda, cómo sigue? —Preguntó seriamente al entrar.

—Igual, se durmió hace un rato.

—Pablo, no quería decirte esto, sin embargo, tendré que hacerlo. —Ya no conseguí ni comida ni medicinas. —Por sus mejillas rodó una lágrima—.

—¿Y qué vamos a hacer Carmen?

—Mañana, mmm, mañana iré con un conocido y veré si puede ayudarnos. Ahora, ya es momento de descansar.

Era media noche y no podía dormir, no hayaba respuesta ante esta situación tan difícil. Me levanté y decidí caminar en el patio. El ruido de los grillos me hacía sentir acompañado.

De pronto una palomita de san Juan se paró por un momento en mi hombro, después voló y la seguí con la mirada hasta que se detuvo sobre una pequeña y diminuta planta. Me acerqué y debajo de ella había una





fresa, —me sentí anonadado—, la tomé, entré a casa y la guardé para enseñársela a Carmen por la mañana.

Al día siguiente, se me ocurrió sembrar algunas frutas y verduras. Un día mientras me encontraba sembrando uno de mis vecinos me vio desde su balcón.

—Hola, Pablo. ¿Qué estás haciendo?

—Buenas tardes vecino, aquí sembrando.

—Qué bueno me da gusto, fíjate que yo he estado haciendo lo mismo.

Mientras platicábamos sobre lo que habíamos plantado, me pidió hacer un trueque. Dos semillas de calabaza por una de pepino. Gustoso acepté y cerramos el trato.

Mi *abue* oyó todo desde el balcón. Cuando regresé a casa me dijo:

—Hijito, si quieres te puedo ayudar, desde chica sé de plantas. Por lo que te puedo decir que las lechugas son de media sombra, si les da el sol directo se marchitan.

Nuestro huerto creció y dio frutos, lo mismo que los huertos de nuestros vecinos que convencidos de lo beneficioso de cultivar alimentos, emprendieron el suyo. Entre todos nos ayudamos. Un día *abue* me dijo:

—Hijo estoy tan orgullosa de ti y de la forma que procuras a las tierra, con tu idea pudimos darle solución a uno de nuestros problemas.

Cuatro años después el control de enfermedad se logró, el mundo volvió a empezar desde cero. *Abue* murió y varios más también, pero nuevas personas nacieron.

Lo que hoy aquí cuento es una parte de mi vida.



Axel y Manuel

Axel Ibrahim Gallegos Centeno y Manuel Centeno Aguilar.
(Nieto y abuelo) 12 y 70 años.

A hora del recreo

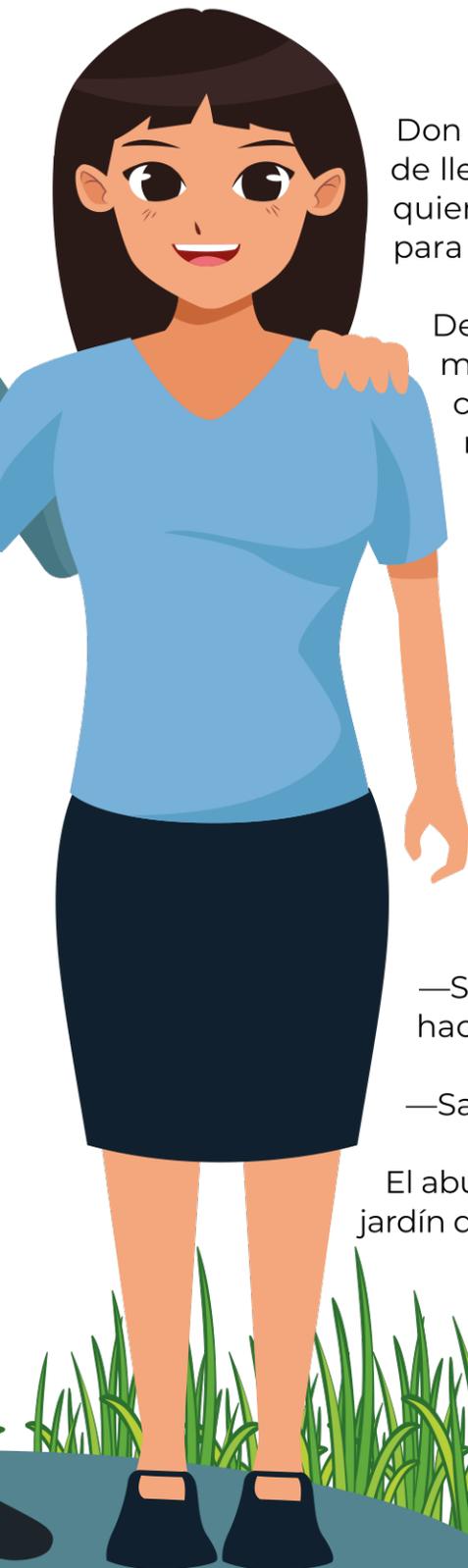
En la casa solo se escuchaba la risa de una niña disfrutando un momento con ese acompañante que ha estado a su lado desde que ella nació. De la nada esa risa llegó a su fin, opacada por los gritos de su madre a su abuelito.

—¡Cállate! ¡Es lo único que sabes hacer! Por tu culpa Sandra hace demasiado ruido, corre todo el tiempo y no deja de hablar. Tú y tus historias interminables, tus finales felices, tus anécdotas mentirosas y tu vida siempre feliz. Mejor vete, no quiero lastimarte, para que después tus ojos sin vida y ya sin lágrimas reflejen la verdadera tristeza que hay en tu corazón.

Estas fueron las palabras que salieron de la boca de Natalia dirigidas sin amor a su padre. Fermín, es un hombre de edad que cuando su esposa vivía y su hija Natalia era pequeña no dejaba de reír. Preparaba una deliciosa agua de limón y llevaba los vasos escarchados para cuando Natalia dejara de columpiarse se refrescara. La amargura de Natalia inició cuando Felipe, su esposo amado, pereció. Desde entonces el apoyo económico y el respaldo emocional lo obtuvo siempre de su padre, don Fermín, a quien —ahora— aparentemente no recuerda, porque Natalia no sabe cómo volver a vivir.

Doña Eva, su madre, falleció a causa de un cáncer de huesos, dejando un gigantesco agujero en el corazón de su esposo y un hoyo sin fondo en la economía familiar. Además de un gran resentimiento en la vida de Natalia.





Don Fermín, buscó de muchas maneras la felicidad de su hija, trató de llenar la ausencia de su esposa, conviviendo con su solitaria hija, quien cada que tenía oportunidad le reclamaba que él hizo tan poco para que su madre sanara.

Después de los gritos, la pequeña Sandra guardó silencio por un momento, cuchichió algo a su abuelo y nuevamente soltó otra carcajada. A sus seis años, las risas, caricias, palabras y cada momento que pasaba con su abuelo le hacía bien.

Por las mañanas, Sandra y Fermín abrían las ventanas para escuchar el canto de los pájaros entre los árboles, nuevamente la quietud de la mañana fue borrada por el grito de Natalia:

—El desayuno está listo.

Era un mensaje que don Fermín y Sandra conocían y lo inmediato a realizar, era presentarse como estuvieran —aseados o no— a la mesa para comer.

—Huele rico,— dijo Sandra.

—Sabe mejor. —afirmó Fermín—. Estos huevos tu abuelita los hacía con tortillas recién hechas y un tecito de limón.

—Sandra asintió con la cabeza.

El abuelo gustoso, —como todas las mañanas—, acercaba a su nieta al jardín de niños.



Era su último año, pasaría a primaria y justo era esto lo que tenía a Natalia angustiada, ya que al estar haciendo números, descubrió que ni con tres meses de su sueldo podría cubrir los gastos escolares de Sandra, sentía tristeza porque tampoco le alcanza para comprar esa lonchera rosa con vivos morados que su hija le pidió cuando fueron al *super* a comprar los medicamentos que su papá necesita, para controlar el dolor de sus piernas y le permitan la movilidad en sus rodillas, esa movilidad necesaria ya que él es el que lleva y recoge con tanto amor a su nieta.

Natalia, recuerda con nostalgia su lonchera rosa de su infancia, llena siempre de fruta fresca, de agua de limón, un sándwich, galletas o un taco de guisado de la comida del día anterior que su mamá había preparado. Esa lonchera que con gusto cargaba a la hora del recreo. Ahora, como madre, valoraba no solo su contenido, sino cada uno de los gastos que su papá cubrió. Pasaron por su cabeza pasajes de su infancia; “el tiempo transcurrió tan rápido”, pensó Natalia.

Esa lonchera rosa movió tantos buenos recuerdos, que de los ojos de Natalia escurrieron unas lágrimas que ni ella misma alcanzaba a comprender, entre esos agradables recuerdos y este preocupante presente la dejaron sin palabras. No sabía cómo agradecerle a su padre todo lo que había hecho por ella, ni tampoco sabía cómo convencer a su hija de que escogiera otra lonchera.

Antes de que Natalia se fuera a trabajar don Fermín regresó de la escuela de Sandra y dijo a su hija:

—Cada célula de tu cuerpo reacciona a todo lo que le dices a tu mente, es por eso que te pido hija mía que vuelvas hacer esa mujer positiva, entusiasta y llena de proyectos que siempre admiré. Cuentas conmigo, con mi amor y los pocos recursos que tengo. Tienes una hermosa hija, Sandra es una niña inteligente que descubre tu tristeza en la fealdad de tus palabras, te propongo que antes de salir de casa hoy decidas hacer feliz a tu hija, a tu padre y a ti misma. Te quiero Naty, y así con un beso y un fuerte abrazo sellaron su acuerdo con la esperanza de volver a sonreír.

Pingui y tía Chelita

Crista Torres Trillo y Graciela Trillo Grajales.
(Sobrina y tía) 11 y 66 años.

Papá Víctor es un héroe en las crisis

“**P**apá Víctor”, es mi abuelo y es un héroe en las crisis. Él es un teniente retirado de la Marina y me cuenta muchas historias que ahora yo les contaré.

A lo largo de su vida, papá Víctor ha tenido que enfrentar muchas crisis, me contó que aún siendo niño, a los 12 años, tuvo que trabajar en un camión de materiales para construcción, le pagaban ¡dos pesos por día y su trabajo era ayudar a descargar todo lo que venía en el camión. Aunque papá Víctor era pequeño le gustaba su trabajo porque se divertía y con el dinero ayudaba a su familia.

A los 20 años, ingresó a la Marina y nunca salió de ahí hasta que lo retiraron.

Papá Víctor me contó que en el año 1985, cuando mi tía Diana era bebé y mi mamá todavía no nacía, hubo un terremoto, más fuerte que el que ocurrió en el 2017 y el de hace unos días, hubo daños y muchas personas murieron, él ayudó a rescatar a las personas que quedaron bajo los escombros, algunas no sobrevivieron, fue muy triste para él vivir ese momento.



También me contó que, para cumplir sus deberes de marino, él y toda la familia, incluidas las mascotas, cambiaban de casa con frecuencia. Cuando vivieron en Veracruz, hubo un huracán; él dice que si hay una alerta de huracán es importante que las personas, que no vivan en zonas peligrosas, permanezcan en sus casas y pongan en las ventanas cinta adhesiva para evitar que se rompan. A pesar de la emergencia, mi abuelo y sus compañeros de trabajo tenían que salir de su casa para ayudar a las familias que vivían en zonas donde el huracán podría causar daños, albergaban en sitios seguros a las familias y a los animales, algunas veces les tocaba ayudar a las personas a proteger sus casas.



En alguna ocasión me contó una historia sobre la marea roja. La marea roja es un fenómeno que se produce cuando se concentra un número extraordinario de algas en el mar. Estas producen toxinas que envenenan a peces, mariscos y mamíferos y provocando su muerte. Me imagino que es como el coronavirus, que los infecta y mueren porque los peces no pueden protegerse con un cubrebocas. Papá Víctor ayudaba a limpiar las playas afectadas, era una labor triste.



Otra de sus aventuras fue cuando estuvo seis meses en altamar, en esa misión le tocó desempeñar trabajos de oficinista, tuvo que aprender a usar una máquina de escribir, porque no existían las computadoras. Como yo no le creía, me enseñó una foto donde estaba en su oficina dentro del barco; dice que tenía que amarrar su máquina con unos lazos para que no se cayera por el movimiento del mar, me dijo que si hubiera tenido más ¡se habría amarrado él también! Yo me imaginé a papá Víctor sin esas cuerdas ¡saliendo disparado del barco directo al mar!, aunque estoy seguro de que si eso hubiera pasado, él habría salido ileso porque sabe nadar muy bien.

Papá Víctor dice que es muy divertido viajar y conocer otros lugares y que es mejor si es con toda la familia. Una vez vivieron en Acapulco y Tamaulipas, donde experimentaron sequías, huracanes, mareas rojas, frentes fríos, olas de calor y peligros de enfermedades como el dengue.





Papá Víctor y yo hablamos por chat y videollamadas, a veces hablamos de la pandemia de COVID-19, yo le conté que he estado muy aburrido porque no voy a la escuela y porque ya no nos vemos como antes, cuando él venía en su moto para pasar un fin de semana juntos.

Para desaburrirme siguió contándome historias, una sucedió en el año 2009, cuando yo era un bebé, en ese año México tuvo una epidemia de influenza H1N1, donde la población tuvo que cuidarse y quedarse en casa, solo que como yo acababa de nacer no me acuerdo de mucho.

Pienso que, aunque esta pandemia es diferente porque es más larga, debemos estar tranquilos, mantenernos informados, obedecer a nuestros mayores, lavarnos las manos y cuidarnos entre todos, porque un día la pandemia va a terminar y vamos a volver a la escuela. Eso es bueno porque acabo de pasar a sexto año y tengo ganas de ver a mis amigos para que me cuenten qué aprendieron durante la cuarentena.

La otra historia que me contó fue la de una epidemia de conjuntivitis. Ocurrió en Tamaulipas, en el año 1998. La conjuntivitis es una enfermedad de los ojos que se contagia fácilmente al tocar objetos infectados o las manos de personas infectadas, es peligrosa porque en algunos casos puede causar hemorragias. Papá Víctor dice que mi mamá, mis tías y mi tío seguían yendo a la escuela, pero cada vez iban menos niños porque se contagiaban. Me explicó que ellos no se contagiaron ya que obedecían, se lavaban las manos y no se tocaban la cara. Descubrí que mi mamá también iba en quinto de primaria, como yo, cuando eso pasó.

Entonces pensé, que si algún día tengo hijos o nietos, les contaré la historia del COVID-19 y ellos tal vez harán un cuento de “Papá Natán” y ¡cómo me convertí en un héroe en la crisis! Al final, aunque no tengamos mucho dinero o no podamos salir ni abrazarnos, por ahora, los niños y los mayores podemos compartir nuestras experiencias y ayudar a los demás en momentos difíciles, así como lo hace conmigo papá Víctor.



Natán y Papá Víctor

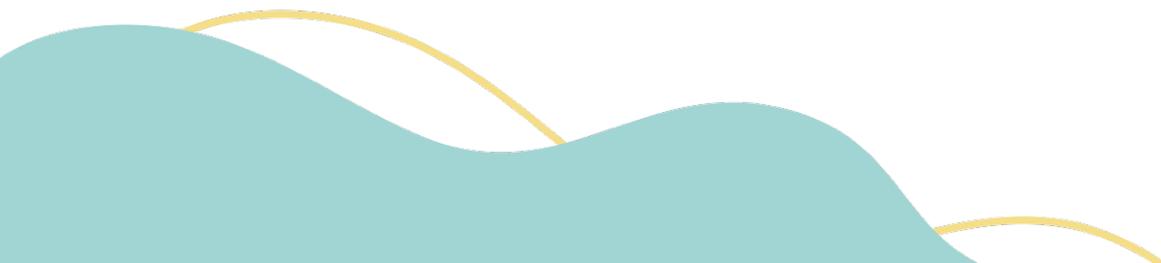
Natán Benjamín Patiño García y Víctor Manuel García Monroy.
(Nieto y abuelo) 11 y 62 años.



Parte II.

Cuentos categoría adolescentes

(13 a 15 años)



La gran idea

de Conito

Había una vez en un pequeño pueblo, una cabaña que se encontraba cerca del río rodeado de inmensos árboles frutales. Un joven llamado Cornelio, cuyo sobrenombre, era *Conito*, vivía con su abuela María en las afueras de dicho pueblo, ya que sus padres se encontraban trabajando en la ciudad para poder sustentar los gastos de la familia. *Conito* era un joven de estatura alta como el cielo, cabello oscuro como la noche, ojos de color miel y piel morena.

Todas las mañanas se levantaba muy temprano para ir a la escuela; antes de eso salía a recolectar de sus árboles muchos limones, mangos, guanábanas, entre otros frutos. Después, pasaba al gallinero para recolectar los huevos que las gallinas habían puesto, volvía a su casa para lavar los frutos con agua y jabón y así desinfectarlos, de la misma manera, colocaba los huevos y los frutos en sus respectivos recipientes. Cabe mencionar que este hábito tenía la finalidad de cuidar su salud, prevenir enfermedades y que en un futuro estas acciones le ayudaran a contrarrestar males. *Conito* era un estudiante muy aplicado, le gustaba mucho investigar,



de vez en cuando su abuela le preparaba su platillo preferido cuando él se sentía triste por extrañar a sus padres:

—Mira, *Conito*, te preparé las enchiladas que tanto te gustan.

—Gracias abuela, tu afecto siempre lo demuestras con amor.

Los padres de *Conito* trabajaban en una fábrica que se dedicaba a la elaboración de ropa. Todos los días se levantaban muy temprano para poder cruzar la ciudad, ya que vivían en una colonia muy lejana de su trabajo. Antes de iniciar su jornada laboral le marcaban a su querido hijo para decirle cuanto lo extrañaban y que muy pronto estarían juntos, se acercaban sus vacaciones. De pronto todo cambió, a nivel mundial anunciaron que un terrible virus estaba atacando a China y que habían muchos enfermos, los hospitales se encontraban saturados y se anunciaba el aislamiento de toda la población.



El gobierno implementó medidas de prevención y aisló a toda una ciudad colocándolas en cuarentena, pero desafortunadamente no pudieron controlarlo y se extendió por otros países por lo que se convirtió en una pandemia mundial. El gobierno mexicano también dispuso medidas preventivas y decretó una cuarentena en todo el país, lo que prohibía a las personas salir de sus hogares, los negocios se mantuvieron cerrados, las personas aplicaban la sana distancia. Además, pedían a la ciudadanía que no expusieran a las personas mayores, ya que eran un grupo vulnerable y el más propenso a contagiarse.

Los expertos de salud informaban que no encontraban una cura ante este nuevo virus, que este se propagaba a través del contacto de persona a persona, así que recomendaron lavarse las manos con frecuencia usando agua y jabón, limpiar y desinfectar de manera continua las superficies más expuestas al tacto; sanitizar productos domésticos, y al momento de salir del hogar protegerse con cubrebocas.

Debido a la pandemia, los planes que *Conito* tenía junto a su familia se suspendieron y las clases presenciales se volvieron virtuales, ahora, tenía mucho tiempo para convivir con su abuela. Sin embargo, estaba muy triste por esta situación, recordó que alguna vez había leído que tarde o temprano esto podría ocurrir, debido a las acciones del ser humano al contaminar el medio ambiente.

Un día, *Conito* estaba descansando en su cuarto muy preocupado por lo que ocurría, quería ayudar a su comunidad, ya que enfrentaba muchos obstáculos. Las tiendas se mantenían cerradas y los caminos que comunicaban a dicho pueblo se conservaban bloqueados, todo era una locura, se



agotaban los alimentos de la canasta básica, los precios de los productos estaban hasta los cielos. De pronto *Conito* tuvo una idea y le dijo a su abuela:

—Tengo que buscar una solución para apoyar a mi pueblo, ¿qué podré hacer? ¡Ah! Creo que tengo una idea: con mi pequeño huerto y mis gallinas puedo apoyar a mis vecinos e intercambiar los productos que cada uno tiene, y así poder subsistir, este intercambio ayudaría a cubrir las necesidades entre todos.

Al día siguiente, por la mañana, se puso a recolectar los frutos de todos sus árboles y revisó sus gallineros para levantar los huevos, cuando de pronto se cuestionó, cómo podría hacer todo esto solo. Con esta interrogante decidió acudir con el alcalde del pueblo para explicarle su idea y lograr juntos una solución en equipo; varias veces lo intentó, más no le permitían verlo, ya que él era muy joven y lo discriminaban por su corta edad, así que decidió comentárselo a su abuela para que ella le ayudara en su plan, y así fue. La abuela no dudó en ayudarlo y pidió ver al alcalde casi de inmediato para proponerle la idea que a *Conito* se le ocurrió.

El alcalde estaba muy sorprendido de la idea, así que inmediatamente envió un comunicado en el aparato de sonido del pueblo para que juntos ayudaran a realizar el trueque de los productos que cada uno tenía, no sin antes resaltar las medidas de prevención: el uso del cubrebocas y la sana distancia al momento de realizar los intercambios, además de aplicar las medidas de higiene necesarias para la actividad.

Así fue como *Conito* encontró una solución para superar junto a su pueblo uno de los obstáculos de la pandemia, el alcalde dio a conocer a la población que la gran idea de *Conito* había beneficiado a muchos en la comunidad. *Conito* pudo comunicarse con sus padres y contarles todo lo ocurrido, ellos prometieron buscar una manera de reunirse pronto y se sintieron orgullosos de que él hubiera hecho de la crisis una oportunidad para ayudar.



Morena y Ta Pedro

Jade Montserrat Gallegos Matus y Pedro Matus Martínez.

(Nieta y abuelo) 14 y 67 años.

Segundo lugar de la categoría adolescentes del concurso: Cuento corto intergeneracional. Hacer de la crisis una oportunidad.

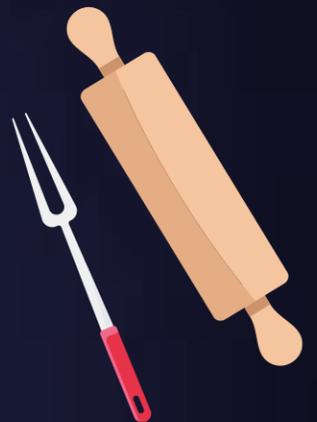
La luz en la oscuridad

Un día, como cualquier otro, después de hacer sus deberes Jacob, se sentó como todos los días a ver un poco de televisión. Buscando un buen programa cambiaba constantemente de canal, se detuvo en el noticiero, porque el locutor estaban hablando sobre una nueva enfermedad que se propagaba en el mundo llamada COVID-19, sin embargo, Jacob no le dio mucha importancia. Fue hasta el día siguiente cuando sus amigos en la escuela comentaban sobre esa nueva enfermedad. Jacob preocupado, llegó a su casa después de la escuela a comentarle a su mamá sobre esta, su mamá inquieta porque Jacob estaba muy alterado lo tranquilizó. Jacob decidió ir a investigar un poco sobre esa nueva enfermedad en su computadora y encontró que solo había un caso de COVID-19 registrado en México, así que decidió que en vez de alterarse era mejor comunicarse con sus familiares para decirles que tomaran medidas preventivas, a la primera persona que llamó a su abuelita MaLu.

Luego de avisarles a sus familiares, su vida fue normal hasta 16 días después cuando su mamá pidió a Jacob que debería traer a casa todos sus libros y cuadernos porque ya no iba a regresar a la escuela, debido a que en el país ya había más casos de COVID-19. Por lo que las autoridades determinaron que por la seguridad de todos teníamos que dejar de estar en contacto con otros para evitar contagios.

Jacob triste y desanimado recogió sus cosas al final de la escuela y se despidió de sus amigos. Al llegar a su casa sus maestros le informaron a Jacobo mediante un correo electrónico cómo como tenían que trabajar durante la cuarentena, para terminar con los trabajos pendientes. Todos los días se levantaba a las 7:00 a. m. para realizar sus tareas ya al terminar descansaba viendo tele o jugando videojuegos. Los días pasaron y pasaron, hasta que un día a Jacob se le ocurrió que las cosas no tenían que ser tan malas y aburridas, así que realizó un horario para hacer cosas que le gustaran, como leer, jugar videojuegos, realizar ejercicio, estudiar y ver películas.

A Jacobo le gustaba pasar tiempo con su abuelita, le pedía permiso a su mamá para ir a su casa y hacer actividades con ella. Aprender a cocinar, a tejer, incluso cuando estaba con ella, le enseñaba fotos a Jacob de cuando sus tíos y su abuelo eran niños y como eran



muy parecidos entre todos. Además, Jacob le enseñó a su abuelita a utilizar el teléfono celular ya que ella solo sabía utilizar los teléfonos que tenían teclas y no pantalla táctil.

Todos los días Jacob se levantaba emocionado por empezar un nuevo día ya que siempre podía aprender cosas nuevas. Todos los días le ayudaba a su mamá a hacer la comida ya que era algo que él disfrutaba. Les propuso a sus amigos conectarse todos los días después de hacer todos sus deberes y ellos aceptaron, así que Jacob se empezó a conectar con sus amigos. También, todos los días hablaba con su abuelita mediante las redes sociales y se compartían recetas de comida.

Después de varios días, su mamá le indicó a Jacobo que la Secretaría de Educación Pública había dado un comunicado para indicar el fin del ciclo escolar, por lo que era necesario que Jacob que enviara sus trabajos para que pudiera terminar el curso.

El último día para la entrega de calificaciones, Jacob, inesperadamente recibió una notificación para que se conectara a una reunión por videollamada. Sin entusiasmo ingresó. Al entrar oyó: “sorpresa” eran todos sus compañeros que organizaron una despedida de tercero de secundaria. Una despedida muy rara, interesante y emotiva. Después de la videollamada, sus papás y su abuelita lo felicitaron por su esfuerzo, su familia organizó una pequeña comida, durante ella comprendió que todos debemos de apoyarnos en momentos tan difíciles como estos y que siempre vamos a tener una luz que nos guíe al final del camino.



Jacob y MaLu

Jacobo Isaac Juárez Vargas y María de la Luz Franco Orozco.
(Nieto y abuela) 15 y 67 años.

¡Paciencia, Vale!

Una lección de **La** cuarentena

Era una mañana normal en la que Valentina se levantó temprano, se puso su uniforme, desayunó y se fue a la escuela. Estaba nerviosa, ese día daría un discurso, para participar en el concurso de oratoria. Al llegar se enteró de una noticia que le pareció terrible:

—Las clases se suspenden hasta nuevo aviso, —informó la directora—.

—Y, ¿el concurso? —preguntó, Vale—.

—También.

De momento, la chica se sintió aliviada porque ya no tendría que decir su discurso, pero al mismo tiempo pensó que ya no vería a sus maestros, amigos y compañeros. A partir de ese día le esperaban cosas nuevas. Siguió meses, que sintió eternos, en los que abundaron pensamientos extraños por las noches, tuvo —cosa rara— largas conversaciones con su hermano Manuel, se le vinieron los recuerdos de su vida reciente, que ahora le parecían tan lejanos.

Extrañaba todo, desde la torta de jamón —de la que ya que estaba harta—, hasta levantarse temprano los sábados para asistir a los ensayos de la escolta. Aún faltaba lo peor. Se acercaba su cumpleaños y empezó a contar los días, estaba cada vez más emocionada, hasta que llegó lo que sintió como una gran tragedia. ¡Se había cancelado su fiesta de XV años!

Ese día fue muy difícil. Como la mayor parte de las chicas, ella deseaba una fiesta, con un vestido enorme y bonito, en un salón y su baile con los muchachos que desearon ser los



chambelanes. Tenía en la cabeza todos los detalles, hasta que recordó que estaba en un gran descanso en el que no podía salir ni ver a sus amigos.

Se puso a llorar desconsoladamente, hasta que llegó su mamá y la calmó diciéndole que la fiesta solo se había pospuesto para cuando se terminara la cuarentena. Fue un gran alivio para Vale, aunque no podía dejar de sentirse extraña. Por suerte, al día siguiente, la despertaron con las típicas *Mañanitas* y los abrazos de su familia y sin darse cuenta se sintió feliz, como si esto fuera lo que necesitaba, esto era algo que podría superar la fiesta mil veces. Se pasó el día increíblemente contenta, con las felicitaciones —por mensaje, pero llenas de amor—. Y el detalle del regalo estuvo fantástico. La noche del día siguiente, en casa de sus tíos Silvia y Valentín, la festejaron con una cena, ahí estaba la familia de su tío Rafa y de pura “casualidad”, su tía Tere traía en la cajuela de su coche una crepera nueva.

—Vale, una vez nos dijiste que te gustaría aprender a cocinar crepas.

—Ella, la aceptó, —emocionada—.

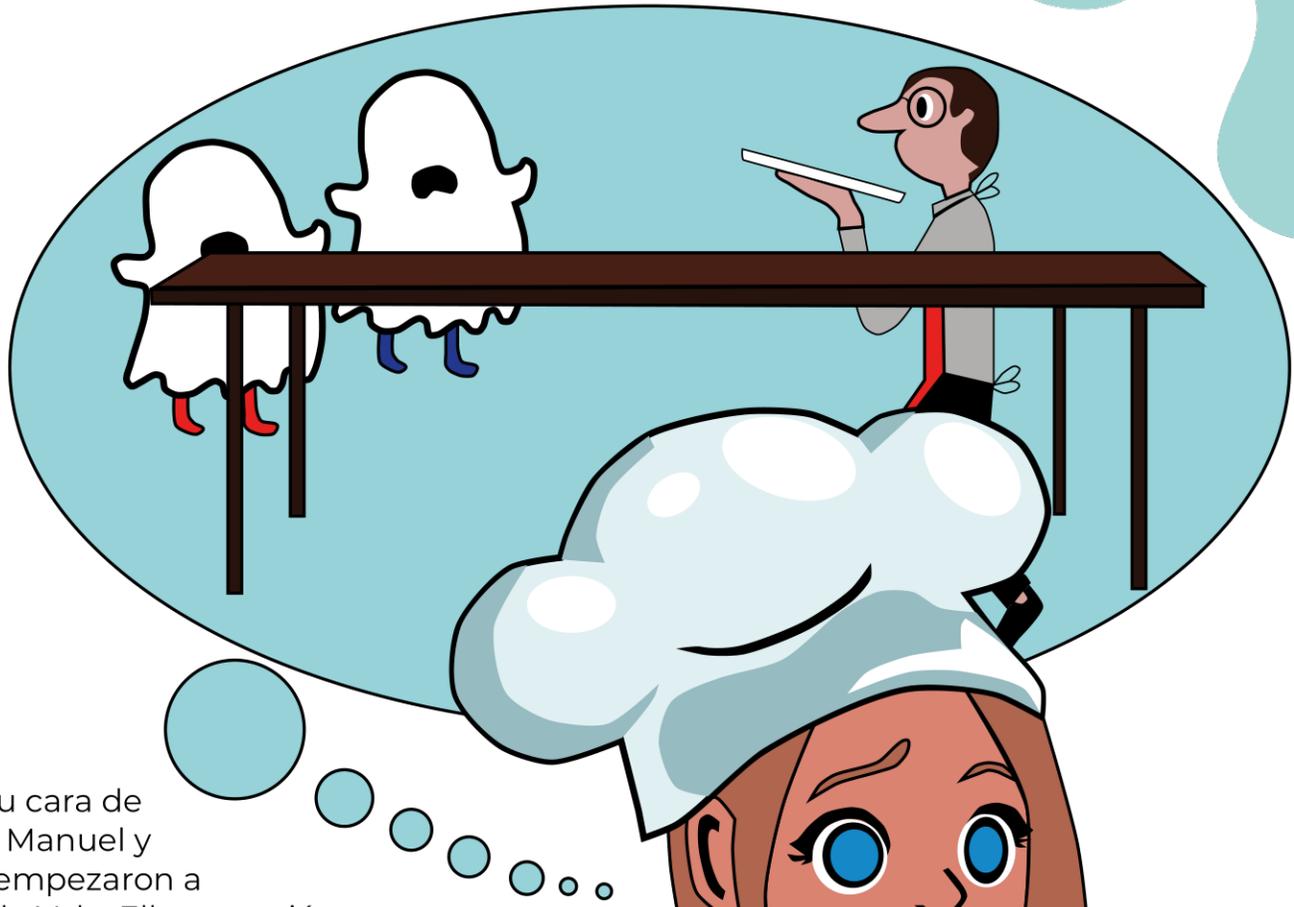
Valentina quiso hacer las crepas esa misma noche, pero como ya era muy tarde y nadie estuvo de acuerdo, decidió esperar hasta la mañana siguiente. Durmió muy inquieta y con la gran expectativa de cocinar crepas por primera vez. Al despertar, bajó a la cocina y se puso a buscar recetas en internet. Estaba en eso, cuando escuchó pasos en las escaleras, se asomó y vio que era su mamá con sus peculiares cabellos locos de la mañana. Las dos, igual de “peinadas”, decidieron poner manos a la obra y cocinar las crepas. Las primeras se les desparramaron, pero empezaron a agarrar práctica y las siguientes les salieron mejor.

Mientras estaban por la cuarta crepa, escucharon otra vez ruidos en las escaleras. Vale se asomó y como no vio a nadie, sintió un escalofrío por la espalda. Fue corriendo a la cocina y gritó:

—Mamá, no hay nadie.

—Cálmate, Vale, de seguro te imaginaste los ruidos. No te preocupes.

En ese momento, la chica recordó que en días anteriores no había podido dormir debido a una plática que sostuvo con Manuel, sobre la existencia de los aliens o si era verdad que los fantasmas vagaban por las casas o si los muertos se aparecían. Manuel no creía en eso. Valentina se fue a la cama con la duda. Ahora, volvía a escuchar ruidos, como si pasos leves bajaran por las escaleras de madera. Con mucho temor se fue a asomar y, dijo: “Uff, ¡qué susto me sacaron!”, cuando vio que eran sus hermanos vestidos con unas sábanas blancas y su papá detrás de ellos.



Al ver su cara de pánico, Manuel y Leo se empezaron a burlar de Vale. Ella se enojó y en castigo los mandó a poner la mesa.

Vale se volteó a seguir cocinado sus crepas. Se sentía como una chef en su restaurante. Pensó que su mamá se veía increíble de mesera, y su papá y sus hermanos le parecían muy divertidos envueltos en sus sábanas, pero los volteó a ver otra vez y ya no había nadie sentado a la mesa. Vale y su mamá se voltearon a ver, se encogieron de hombros, y la chica dijo:

—¡Paciencia, mami, en la cuarentena todo puede pasar!

MY XA y Valentina

Valentina Rodríguez Muñoz y Martha Lilia Sandoval Cornejo.
(Nieta y abuela) 15 y 70 años.



hogar

Qué bonito día es hoy! Es grato ver algunas franjas de sol entre estos edificios gigantescos. Aunque de cualquier modo las torres no permiten que los rayos alcancen a las estrechas calles de mi ciudad. En fin, es hora de vestirme. El solo pensar que tengo que bajar 15 pisos para llegar a la escuela me fastidia, es horrible descender tal número de escalones en tan mal estado, poco iluminados y sucios. Quisiera utilizar el elevador, pero lleva años sin funcionar, por lo que no hay más remedio.

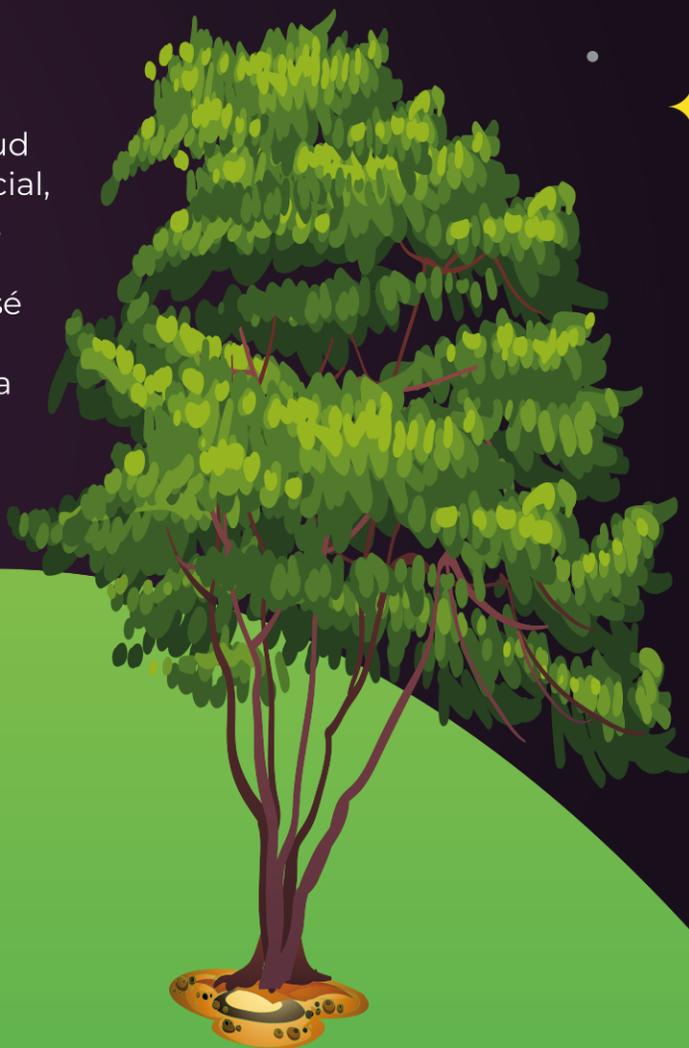
Una vez que abro la puerta principal del edificio me cuesta ver, todo está muy oscuro, ni siquiera puedo distinguir mis zapatos. Sin duda es triste, repetí en mis adentros, normal, me contestó el sentido común. La luz violeta inunda el paisaje al cabo de unos metros, no es la más agradable, ni eficaz, pero sí la más barata. No puedo apelar ante esa lógica, sin embargo, no es momento de pensar, es hora de estudiar. La escuela no es el lugar más agradable, es muy complicado estudiar en un sitio así, el moho predomina en el paisaje, por lo cual es difícil caminar sin tropezarse; problema que podría ser resuelto si no existieran esas tediosas luces neón.

Los pasillos cada día parecen más llenos, no puedo caminar sin chocar con alguien más, sin embargo, este solo es el inicio del problema, la sección que corresponde a mi edad se encuentra siete pisos arriba. Aunque, a decir verdad, siempre vale la pena el esfuerzo, las clases son muy interesantes: biología, química y física me gustan, pero historia me encanta. Las fotografías de los grandes espacios abiertos sin exceso de personas, con árboles y animales me asombran, me hubiera gustado conocer esa época. Estas cinco horas de escuela son lo mejor de mi día.

De regreso a casa, vuelve la desgracia, juro que esas malditas escaleras algún día me quitarán la cordura. Es cansado el observar cada día los mismos pasillos, todos pintados del mismo color, gris, es un laberinto interminable, del cual solo puede rescatarme el internet, bendito sea. Al llegar, mi mamá tenía la televisión prendida como de costumbre, pero esta vez algo me llamaba: *Dans l'univers* está buscando personas para viajar a otro planeta.

• ¡Eso es increíble!, grité muy feliz, yo de verdad quisiera salir de aquí, conocer las estrellas, saber si existen árboles espaciales.

• Al parecer para poder participar en este proyecto era necesario poseer algunas cualidades: tener un buen estado de salud y dominar ciertos temas de interés espacial, mecánicos e intelectuales. Es muy difícil, estoy seguro de que habrá más de un millón de personas mejores que yo, pensé en primera instancia, pues dentro de los 30 mil millones de habitantes del planeta tiene que existir alguien preparado para tomar esta oportunidad.



La cita para las pruebas está a unos 50 kilómetros de mi casa, no había mucho que pensar, valía la pena intentarlo. En cuanto lo decidí, salí corriendo de mi casa sin avisar, no podía perder la oportunidad. El viaje fue duro, fueron varias horas sentado en los “elegantes” asientos de transporte público, sin embargo, al llegar me llevé una gran sorpresa. Miles de personas estaban en el lugar, de inmediato supe que no había nadie mejor que yo. Como era de esperarse, aplicarían varias pruebas, tanto físicas como mentales y por fortuna las pruebas se dividían por categorías.

Tengo 15 años, por lo que estoy en la categoría de jóvenes, en la cual calculo había más de mil personas como yo, es complicado, pero sin duda mejor que competir con los adultos. De cada categoría únicamente escogerían a tres personas después de seis meses de filtros exhaustivos. Para ello nos dieron hospedaje, el cual incluía, únicamente desayuno y cena, no muy distinto a mi hogar. Aunque a decir verdad, el espacio sí que era muy distinto a mi casa, era una habitación gigantesca, totalmente iluminada, sin esquinas y aparentemente sin sombras, si necesitaba pruebas para reconocer que ya no estaba en casa, esta era la más evidente.

Con el paso del tiempo, las pruebas se ponían más intensas, cada una era más difícil que la anterior, las noches parecían un abrir y cerrar de ojos, mientras que los días parecían eternos. Sin embargo, el afán de salir de aquí era más grande que el cansancio, pertenezco a las estrellas y ellas me pertenecen. Sin previo aviso, decidieron notificar los nombres de los seleccionados.

De medio millón de personas, después de los filtros, sobraban mil, y en mi categoría quedamos veinte. De tantas frases dichas en ese momento, nada era importante, discursos de relleno clásico. Solo puse atención hasta que llegaron a lo que me interesaba, estaba temeroso, no podía siquiera hablar.

No podía creerlo, lo dijeron, ¡estoy dentro del plan!

No más laberintos grises, ni escaleras infinitas, mi hogar está junto a las estrellas.



Labda y Licha

Emilio Vivar Sánchez y Alicia Ocampo Velázquez.

(Nieto y abuela) 15 y 83 años.

Ganador del primer lugar de la categoría adolescentes del concurso:
Cuento corto intergeneracional. Hacer de la crisis una oportunidad.

Mi viejito chulo

Hola, soy Catalina y hoy te contaré mi historia. Nací hace 74 años y me siento más viva que nunca. Mi vida era, desde mi perspectiva, única y alegre. Hasta ayer yo era la mujer más feliz con mi querido viejito Rubén. Lamentablemente, somos mariposas en un bosque oscuro al que llamamos vida, la muerte lo abrazó y le arrancó el aliento que le quedaba.

—¡Me he quedado sola en este mundo! —Dije muy triste y desesperada a Irma, la muchacha que trabaja conmigo desde hace 20 años.

—No diga eso, señora, tiene a sus hijos y nietos.—Contestó Irma con un quedo de nobleza—.



—Mis hijos... Esos buenos para nada, nos dejaron solos a mi viejito y a mí hace más de quince años, ni siquiera se preocuparon por venir al velorio de su padre —dije con nostalgia.

En ese momento, entró una muchacha muy linda, vestía un delicado y elegante vestido negro, tenía esos ojos azules que, desde hace cincuenta años atrás, me volvían loca, tenía un cabello marrón (como el de mi viejito) que llegaba hasta su espalda baja; era una copia idéntica de mi tan amado Rubén.

—Me duele en el alma que nos volvamos a ver en una situación. ¿Cómo ésts *abue*?

—¡Ay, *mija*! Así es la vida. Mírate, ¡ya eres toda una señorita!

—Ay, *abue*, tú siempre tan risueña.

—Ven aquí y deja que esta anciana te abrace. —Betty se acercó a mí y se aferró a mi torso—.

—No me dejes sola, ¡por favor!, ya fue suficiente con que el abuelo se fuera.

—Bien dicen por ahí que hierba mala nunca muere, temo que para la mala suerte de tu padre y tíos estoy más viva que una recién nacida mariposa.

—No digas eso, *abue*, mis tíos y mi padre te quieren... A su modo, sabes que no son los más cariñosos.

En ese momento, entró Irma anunciando que Eduardo, mi hijo más pequeño y el padre de Betty, había llegado.

—Eduardo —dije con la voz más cortante que pude conseguir, sin mucho éxito—.

—Mamá, quiero hablar contigo y con mis hermanos.

—Lamento informarte que ni Martín ni Valentina han llegado y, honestamente, dudo que se presenten.

—Te equivocas. Acompáñame al estudio de papá, por favor.

Hice lo que me pidió, al llegar y entrar al estudio pude visualizar a mis otros dos hijos. Valentina lucía un elegante y largo vestido negro, digno para un luto, estaba sentada en el sillón de cuero donde su padre solía leerle cuentos todas las noches; también estaba Martín, portaba un traje que parecía hecho a su medida. Debo admitir que mis hijos son realmente atractivos a la vista, por otro lado, Eduardo vestía un traje un poco menos formal que el de Martín, yo vestía un traje blanco, pues ni a mí, ni a mi viejito nos gustaba el negro.

—Hola, madre. —dijo Valentina.

—Mamá, mis hermanos y yo hemos hablado y queremos pedirte perdón. —Esta vez decidió hablar Martín—.

Valentina se paró del sillón. —Pude ver sus ojos rojos e irritados de tanto llorar, hizo algo que me tomó por sorpresa, ella se hincó a mis pies y me miró directo a los ojos.

—Mamá, por favor, por lo que más quieras, perdónanos.

—*Mijo*, ayuda a tu hermana a pararse, —ordené mirando a Martín—, y tú Lalo, ayuda a esta vieja a llegar al sillón.

—Quiero que entiendan algo; yo no tengo nada que perdonar. Creo que yo soy la que les debe una disculpa, su padre estaría orgulloso si los viera. Ustedes tres son lo mejor que ese sendero oscuro llamado vida me regaló.

—Mamá, iniciemos de nuevo, por favor. —Pidió castamente Martín, el mayor de mis tres hijos—.

—Viejita linda, por favor, perdona a tu testarudo Lalito .

—Madre, estoy arrepentida de no haber pasado tiempo contigo y con papá los últimos quince años. —Dijo Valentina—.

Suspiré profundamente y miré, para después decir:

—Los espero a los tres con su familia el domingo para desayunar. Ahora, vengan y abracen a su querida madre. Los tres rieron un poco, se acercaron y nos abrazamos con fuerza

—¡Irma!

—Sí, señora,

—El domingo quiero que prepares chiles en nogada para toda mi familia, la comida favorita de mi Rubén.

—Sí, señora.

Por fin, la familia Rangel ha vuelto a estar unida. Bien decía mi madre: todo mal tiene un provecho. Haz de la crisis una oportunidad. El domingo siguiente, mis hijos, nietos, nueras y yernos nos sentamos a la mesa, dejando el lugar principal para mi viejito chulo.

Ananam y Tita

Mariana Rodríguez Gómez y Margarita Alemán Romo.

(Nieta y abuela) 13 y 71 años.

Segundo lugar de la categoría adolescentes del concurso: Cuento Corto Intergeneracional. Hacer de la crisis una oportunidad.



Todavía **te** veo

Hola, mi nombre es Blanca tengo 21 años y quiero contarles una historia. Esta historia comienza cuando yo a la tierna edad de dos años, me mudé a la casa de mi dulce abuela Betty, una señora con ojos color miel, cuerpo delgado y un bello pelo quebrado color dorado.

Betty fue mi persona favorita eramos inseparables, ella lo fue todo, mi maestra, mi cheff, mi heroína que siempre me salvaba de Frifrin, un peluche rosado con forma de cerdo que en las noches siempre me despertaba y me decía: “¡cuida a tu abuelita!”, y yo corría hacia el cuarto de Betty para abrazarla y escucharla cantar la canción de *Los tres cochinitos*.

Cuando cumplí seis años, mamá y yo nos mudamos de casa y perdí toda conexión con mi abuelita. Después de algunos años, un día me encontraba en el supermercado esperando a que mamá regresará con el cereal, la vi. Esos ojos color miel tan únicos, que con tan solo verlos sabes que todo estará bien, me acerque a ella, me miró, las lágrimas cubrieron su hermoso rostro, me abrazó, y me dijo:

—Hola *Peque*, cuánto has crecido, me tengo que ir. Mañana estaré cerca de aquí a esta misma hora, espero verte, solo te pido que no le digas nada a tu mamá.

Y con una sonrisa en el rostro afirmé con la cabeza.

Vi cómo se alejó y de repente sentí una mano que tocó mi hombro:

—¿Qué pasó mi amor?, ¿por qué no te quedaste en la fila?

—Perdón *ma*, me distraje.

Al día siguiente, le avisé a mi mamá que saldría con una amiga, —le mentí, en realidad salí para buscar a mi abuelita, afuera del supermercado la encontré sentada con un vestido rosa y un suéter azul, me volteó a ver y sonrió, yo corrí a abrazarla.

—¡Abuelita!, han pasado demasiadas cosas, no sabes cuánto te extrañé.



—Yo también te extrañé, *Peque*.

—Vamos al parque abuelita, pero antes necesito escucharte cantar.

—¿La de *Los tres cochinitos*?

—¡Sí!

—Bueno, pero mientras canto, caminemos hacia el parque.

Al terminar nuestro paseo, le propuse que nos viéramos todos los miércoles a la misma hora en este parque, ella aceptó y me fui a casa. Al siguiente miércoles le pregunté a Betty porqué después de mudarnos nunca nos buscó. Mi abuelita contestó: “Mira Peque, si quieres una explicación se la debes pedir a tu mamá”.

Por la noche, le pregunté a mamá por qué nos distanciamos de la abuela, respondió que no era un buen momento para hablar sobre ello, así que me fui a mi cuarto y me quedé dormida.

Durante seis meses más, seguí viendo a mi abuelita en el parque. Fueron las mejores tardes de mi vida, íbamos al cine, a la feria y hasta museos; aprendí muchas cosas con ella. Hasta que un miércoles, ella no apareció, así que me encaminé a su casa, toqué y me abrió una señora.

—¿Qué se te ofrece pequeña?

—Aquí vive mi abuelita.

—Lo siento mi niña creo que te equivocaste de casa.

—¡No! Mi abuela vive aquí desde hace 20 años.

—No mi niña, yo vivo aquí desde hace cinco años. ¿Buscas a Betty?

—Sí.

—Lo siento, ella murió hace cinco años.

No lo podía creer, salí corriendo, no paré hasta llegar a casa.

—¿Qué pasó?, hija, ¿por qué lloras?, —dijo mi mamá intentando abrazarme—.

—¡No! —grité al mismo momento que la empujaba—. ¡¿Qué le pasó a la abuela en realidad?!

Se sentó en una de las sillas del comedor y me dijo:

—Está muerta.

Se fue a su cuarto y de un cajón sacó a Frifrin lleno de polvo.

—Fue mi culpa, después de mudarnos ella quería seguir cuidándote, pero yo le prohibí la entrada a nuestra casa porque en ese momento sentí que era una carga así que la dejé sola, ella enfermó de tristeza porque te extrañaba.

Le arrebaté a Frifrin y me salí corriendo de la casa, al correr me tropecé con una piedra, al levantarme estaba Betty con su brillo de siempre, recogió a Frifrin del suelo y me dijo:

“No fue la culpa de nadie ahora cuida a tu mamá por mí” se desvaneció y esa fue la última vez que la vi.

Nelli y Esther

Nelli Paola Albino Zavala y Esther Chávez Moreno.
(Bisnieta y bisabuela) 14 y 85 años.

¿Qué pasará allá afuera?

Para ser honesto no recuerdo cuándo fue la última vez que abracé a mis amigos y muero de ganas por volver a hacerlo. Aunque por lo que escucho y veo cada mañana que despierto, nada volverá a ser como antes. Realmente extraño a mis amigos y me preguntó ¿Qué harán ellos? porque yo ya hice de todo y ya estoy muy aburrido.

Cada día que pasa, deseo poder salir, creo que para mí lo más difícil de la situación que vivimos es enterarme que cada día fallecen alrededor de 289 personas en el mundo, tan solo pensar que alguno de estos puede ser un familiar o conocido, me pone triste. Sin embargo, me la paso imaginando una vida nueva en el exterior y tal vez creo que lo positivo de esto, es que nos da nuevas oportunidades de aprovechar lo que tenemos en casa, hacer las tareas que nunca habíamos hecho o simplemente tratar de renovarnos como personas.

Por mi parte quisiera cumplir mis sueños ahora desde casa y que el día de mañana que pueda salir, estos sueños se hagan realidad, me gustaría que todo el mundo vea lo que soy capaz de hacer y que no soy un simple niño ingenuo. Mi mamá dice que cuando regresemos a la normalidad el





exterior va a ser exactamente igual al que ya estaba (contaminado), mas no lo creo. Pienso que allá afuera puede haber una naturaleza renovada, quizás todo el mundo haya cambiado, espero que para bien y que aprovechen su existencia para crear un nuevo mundo lleno nuevas ideas y pensamientos positivos.

En cuanto a mí, mis padres dicen que he cambiado, porque les digo que le vean el lado positivo a esta situación; les cuento lo mucho que extraño la escuela a pesar de que no me gustaba asistir, ya que era muy aburrida, —créanme ya valoro el salir—, pero aun así no pierdo la esperanza de que allá afuera haya millones de cosas por descubrir y hacer, solo que debemos ser pacientes. Esto es un simple descanso para todos aunque, también es cierto que otros han aprovechado la situación, pero supongo que eso no nos impide lograr hacer alguna diferencia en cualquier lugar que nos encontremos, ya sea desde nuestras casas o en la calle. Me gusta imaginar, que en el exterior hay de nuevo dinosaurios y que todos podemos volar, aunque tal vez suene como una locura, ahora nada es imposible solo toca tener fe y lograr cualquier cosa que nosotros queramos.

Aparte de todo esto no puedo negar que extraño a mis abuelos que viven en otra ciudad, hay veces que hacemos llamadas y videoconferencias junto con toda mi familia, pero no es lo mismo a verlos y platicar con cada uno, una vez mi abuela comentó: “Antes nos entrenaban y nos pedían que fuéramos a la guerras a luchar y ahora tan solo nos piden que nos quedemos en casa para ponernos a salvo”. Y sí, mis abuelos y las personas de mayor edad son mis razones para quedarme en casa porque aún necesito que me vean crecer y cumplir mis metas.

Justo ahora me encuentro a salvo junto con mis padres y mi hermanita, ella y yo no hemos salido de casa, pero mis padres sí. Mi madre por su parte sale a hacer las compras de la semana o a veces del mes, dependiendo de la economía familiar y mi padre tiene que trabajar. Admiro a mis padres porque arriesgan su vida por nosotros, claro, siempre que salen y regresan tienen todas las precauciones que el gobierno recomienda.

Espero pronto se encuentre la cura porque extraño mucho a mis amigos, a pesar de que los veo a través de fotos o videos, aunque siento que no es lo mismo llegar cada día a contarnos lo que hemos hecho, jugar y abrazarnos. Estoy en plena pubertad y que a cada rato cambio de humor. A veces juego o platico con mi hermana y mamá, otras no tengo ganas y me encierro en mi cuarto.

Yo me sigo preguntando: ¿Qué pasará allá afuera?, ¿cuándo podremos salir?, ¿cuánto más tardará esto?, ¿volveremos a la normalidad pronto?

Aunque siendo sincero creo que la respuesta nadie la tiene aún. Solo seguiremos teniendo nuestras precauciones, viviremos día a día y que ya el futuro diga lo va a pasar.

Yami y Valo

Yamilet del Rosario Álvarez Toledo y Alvaro Álvarez Figueroa.
(Nieta y abuelo) 14 y 83 años.





Parte III.

Cuentos categoría juvenil

(16 a 18 años)



Un día cualquiera

Me levanto de mi cama y me pongo un suéter rojo. Mi habitación se vislumbra opaca, casi sin vida.

—¿Cómo amaneció el dormilón? —dijo burlescamente el señor Insomnio—.

Él es alto y casi siempre está de buen humor, algo muy diferente a lo que pasa con la señora Depresión, quien no dice ni una palabra. A pesar de eso, el señor Aburrimiento le acompaña casi siempre. No recuerdo muy bien el momento exacto en que estos monstruos aparecieron, solo sé que habitan en mi cuarto como nefastos huéspedes. No importa, ellos me prometieron que tarde o temprano se irían.

Al salir, pude notar que el clima era frío, el cielo estaba nublado y los pájaros cantaban de forma armónica. Mi patio lucía húmedo, los grandes charcos de agua que moraban en mi corredor reflejaban la tormenta que había ocurrido durante la noche. Pasados unos instantes me dirigí hacia la cocina, en donde poco a poco un delicioso aroma se apoderó de mí.

—Buen día, abuela.— Ella quien lucía un mandil tradicional adornado con coloridas flores bordadas, preparaba unas memelas al ritmo del crujiente sonido de la leña quemándose bajo el comal.—

—¿Cuántas vas a querer?

—Dos, no tengo mucha hambre.





Me senté en la gran mesa del comedor y observé con tranquilidad las débiles gotas que resbalaban por la ventana, era más que claro que comenzaría a llover dentro de poco. Aquel día mis padres habían salido desde muy temprano a comprar algo de despensa, no lo hacían con frecuencia, pero era necesario, pues la pandemia había afectado nuestro estilo de vida de múltiples formas; por un lado, ya estaba harto de ver noticias sobre el tema en la televisión, las redes sociales y demás medios de comunicación. Era como si un día, algún dios distraído se hubiera tropezado en la cotidianidad de nuestro mundo, sin embargo, no todo era malo. Durante este tiempo de confinamiento también me había regalado muchas horas para despertar mi creatividad, comencé, por ejemplo, a leer y a escribir un cómic. Acciones que en un día “normal”, me sería casi imposible de realizar, mi madre también había adquirido nuevos talentos, retomó sus clases de cocina y por lo visto, los resultados eran bastante notables.

En fin, al término del desayuno me dispuse a retomar mi lectura actual: *Primer plano* de Antonio Malpica. Era una historia con muchos giros de trama para los protagonistas, y es curioso, ya que cada que nos pasa algo malo, (como en la historia), tendemos a asustarnos y alejarnos de aquella situación en vez de aprovechar las oportunidades que se suscitan, porque todo, bueno o malo, viene acompañado de por lo menos una lección de vida. Tomando como buen referente lo ocurrido con este ciclo escolar, todos aprendimos que más vale disfrutar cada momento, porque después puede ser demasiado tarde.

En medio de mis reflexiones de vida y pensamientos efímeros, no me percaté de la llegada de mis padres.

—Afortunadamente encontramos todo, —escuché decir a mi madre mientras se aproximaba a la cocina, Calixto comenzó a ladrar de forma alegre al darse cuenta de la presencia de su mejor amigo: mi padre.

La felicidad nos duró poco. El suelo bajo nuestros pies comenzó a moverse, el movimiento al principio fue leve, después se intensificó aún más. Los árboles se tambaleaban con insistencia y los ventanales de nuestra casa vibraron de forma inquietante, pronto, toda la familia salió al patio y ahí permanecemos hasta que el temblor cesó.

Al voltear la vista pude ver que un nuevo monstruo se hacía presente, esta vez tenía pinta de ser muy desagradable. —Un gusto— me dijo—. Mi nombre es Angustia—. Lo examiné de extremo a extremo, era realmente horripilante, algo que no alcanzaría a describir con palabras. — Ya me cuentas—, le respondí mientras le sonreía con cinismo.

A medida que avanzaban los minutos, mis padres y abuelos lucían más calmados. —Ya pasó, —pronunció mi padre tratando de calmarnos—.

Y sí, le había funcionado muy bien, pues momentos después ya estábamos riéndonos del asunto, (por el alivio, claro). La red telefónica estaba muerta, no podíamos informarnos ni llamar a nuestros familiares, todos estábamos completamente incomunicados.

Pasaron las horas y la red aún estaba por los suelos. Acostado en mi cama observaba el techo de forma paciente, como esperando que alguna revelación se hiciera presente, pero no, tan solo hacía que el señor Aburrimiento se apareciera.

—¡Por favor vete de aquí, no te quiero ver! —expresé con pereza.

Acto seguido salí de mi habitación y pude ver cómo la lluvia comenzaba a tomar forma en medio de la tarde casi noche—. Fuertes ráfagas de viento aparecían y me impactaban con violencia. Mi familia se encontraba en el comedor, sin darme cuenta había llegado ya, la hora de la cena.

Me senté al lado de mi madre, quien posteriormente me sirvió una rica taza de café. Hacía frío, pero eso no era lo peor, gracias a la lluvia, al cabo de unos minutos, se fue la luz por completo. Estábamos ahora en tinieblas, o al menos hasta que mi abuela consiguió una vela que colocó al centro de mesa. Algo dentro de mí disfrutaba mucho esta situación, pues el ambiente se sentía reconfortante, podía ver lo importante que era mi familia para mí y lo mucho que me ayudaba estar con ellos. Sabía que, dentro de poco, mi abuelo comenzaría a contarnos historias y anécdotas paranormales, era casi una “tradición”, en este tipo de escenarios, era de lo mejor.

A la mañana siguiente desperté más motivado, más feliz. Poco a poco había comprendido que todo tiene su razón de ser, que todo lo malo es pasajero y que el único “monstruo” en que debemos refugiarnos es el de la resiliencia.

E.S SERIES Y OTI

Erick Eduardo Sosa Melchor y Otilio Sosa Gutiérrez.

(Nieto y abuelo) 16 y 81 años.

Primer lugar de la categoría jóvenes del concurso: Cuento corto intergeneracional. Hacer de la crisis una oportunidad.



No **me** arrebataste nada

Me llamo Jacinto, aunque algunos me dicen Simón. Siempre me había preguntado de dónde sacaron ese alias para mí, y después de tantos años me vengo enterando, por boca de mi nieta Liliana, que mi hijo me llamaba así porque fue el primer nombre que aprendió, como no podía pronunciar la “J” con la que empieza el mío, prefirió llamarme Simón, así como el que aparece en la portada del cómic mexicano que su madre le arrebató cuando era pequeño porque todavía no estaba listo para leerlo. Después agradecí que ese nombre fuera lo único que alcanzó a memorizar.

Tengo 76 años, pero cuando me preguntan digo que tengo 23, sin importar que la textura de mi piel, la velocidad de mis pies y lo bajo que pongo el celular para leer los “whatsapp”, me delaten. “La actitud es una pequeña cosa que marca una gran diferencia”. Leí una vez al salir de la clínica del IMSS impreso en un anuncio publicitario acerca de la vida sexual de un adulto, no comprendí qué querían lograr con eso, sin embargo, esa frase me cambió bastante.

Era un 21 de marzo y me desperté temprano. Prendí el televisor y puse las rutinas de ejercicio de los famosos, nunca lo había seguido porque lo primero que hago es tomarme mi pastilla para la presión, y en lo que la parto se me pasa el calentamiento; la instructora siempre repite que es importante para evitar lesiones, y a mi edad esas cosas ya no se soportan como antes. Ya sé que dije que tengo 23, pero vivo atrapado en un cuerpo de 76, y con la debilidad muscular que se carga ese cuerpo hay veces en las que mi espíritu no puede ser libre, y tengo que limitarlo a quedarme sentado en la sala. Ese día no fue así, inicié el calentamiento, terminé y ya me sentía como “el Canelo”, fornido y bien güero.

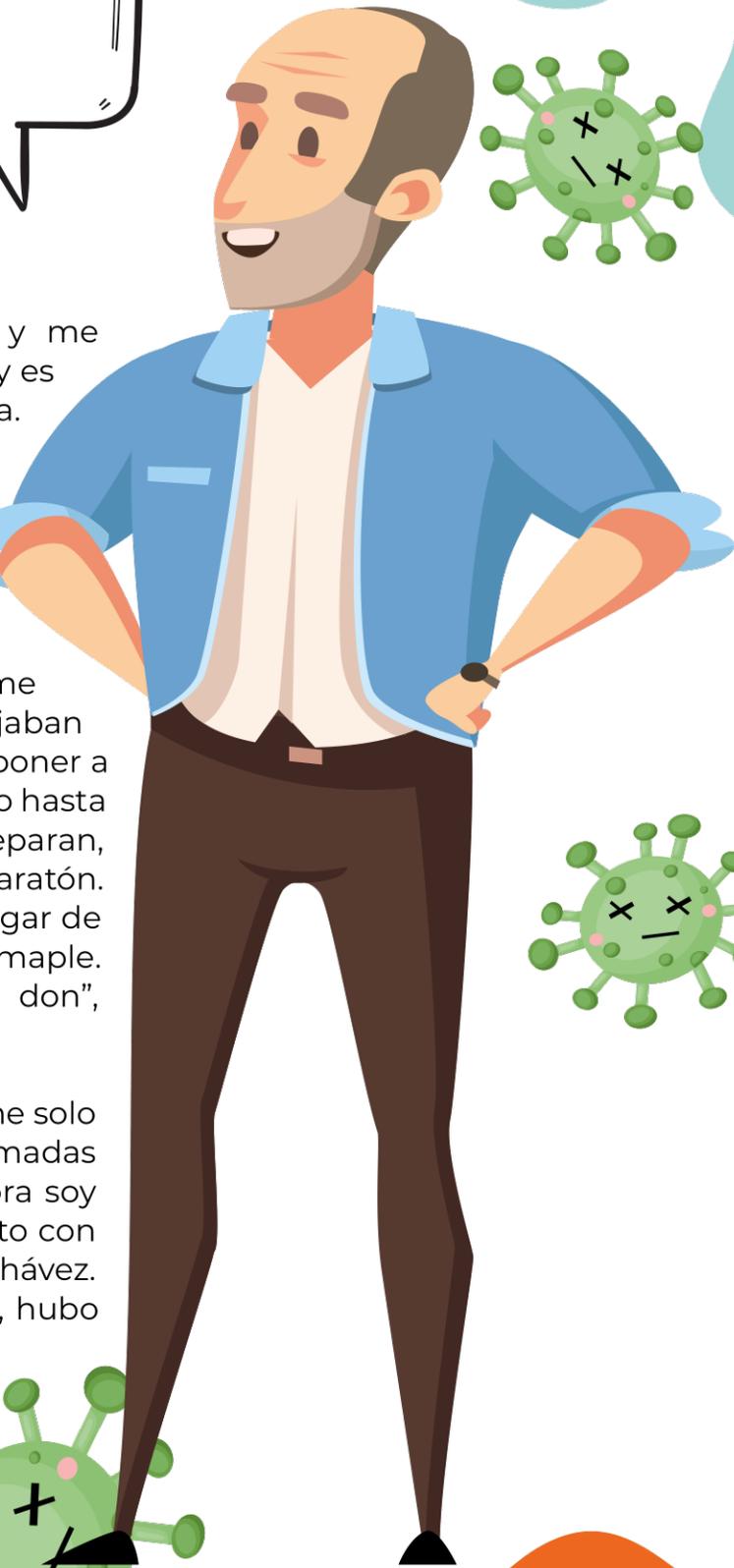
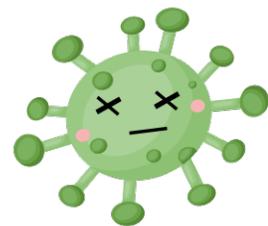
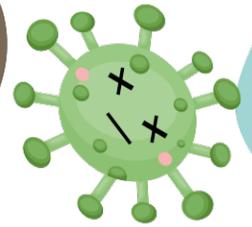
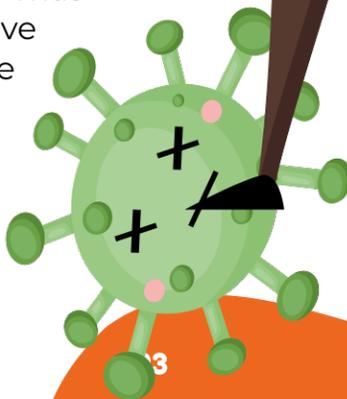
Disfruté de mi desayuno y le llamé a mi hijo. Contestó, un poco preocupado y a la vez urgido, hacía mucho que no lo escuchaba así. Me saludó brevemente y se despidió diciendo: “Papá, no te podremos visitar en un tiempo, iré hoy para enseñarte a pedir el super para que no tengas que salir. Ya avisaron que adelantarán el pago de tu pensión, recuerda que si necesitas algo puedes llamarme en cualquier momento. Paso al rato. Te quiero Simón.



Me desconcertó, pero cuando llegó y me explicó, entendí. Coronavirus, le dicen, y es el que me quiere apartar de mi familia. Resulta que es un virus muy peligroso para las personas como yo, de la tercera edad.

Dos días después que declararon la Jornada Nacional de la Sana Distancia, me sentí aislado, porque así es como me pidieron estar. El *super* llegaba, lo dejaban en la entrada por seguridad, tuve que poner a prueba mi escultural físico y cargar todo hasta mi cocina, son seis metros los que lo separan, entre ida y vuelta siento que corrí un maratón. Además, me daba cuenta de que en lugar de traerme miel de abeja me traían de maple. “Fue lo que ingresó en la aplicación don”, nunca me sacaban de esa.

Ya había sido un mes, y para no sentirme solo porque mi hijo no contestaba mis llamadas continué con mis rutinas en casa. Ahora soy más fuerte que “el Canelo”, ya me siento con el cuerpo y el poder de Julio César Chávez. Aunque me gustaría considerarme así, hubo una fortaleza mayor y aún más importante que la que estuve trabajando, la que tuve que poner a prueba cuando mi nuera me dijo: “Jacinto, Sergio se contagió. Y la niña la tengo aquí en la casa, ¿me la cuidas voy a atenderlo?”



¿Cómo se supone que la iba a cuidar si no puedo salir de mi casa? ¿Es lo único que puedo hacer mientras mi hijo agoniza en la suya? Parecía ser que sí, así que tuve que aprender a hacer videollamadas desde mi celular y llamarle todas las mañanas de 9 a 12 sin falta, para revisar que hiciera sus tareas y platicar un ratito con ella. Fue uno de esos días en los que me contó por qué mi hijo me llama siempre Simón, y también me ayudó a investigar quién había dicho la frase que una vez leí y que una vez más, tuve que ponerla en práctica.

Hablé con mi hijo, le conté esas anécdotas, y lloré cuando me dijo por fin que ya estaba curado, pero que había quedado con una muy riesgosa posibilidad de padecer neumonía, debido a su adicción al tabaco. Después de todo, sigo sonriendo siempre que me imagino saliendo de mi casa yendo a la de mi hijo. Abrazando a mi nieta y viajando con ella por todos los balnearios que nos rodean, como le prometí para que no se desanimara por su papá.

Me imagino un lugar seguro y libre de amenazas a mi salud, pero más que todo eso me imagino hablándole a ese tal coronavirus y diciéndole que al final me regaló más de lo que pudo haberme quitado, habilidades, un cuerpo envidiable, cercanía con mi hijo y confianza con mi nieta. Todas las noches antes de dormir sueño despierto, diciendo: “viéndote de frente te despido con un apretón de manos, de esos que se tenían prohibidos, y te afirmo con toda la certeza de mi corazón y poniendo la confianza en mis pasos, que no me arrebataste nada”.



Pau Bernal y Memito

Paulina Bernal Quezada y Guillermo Bernal Esquivel.

(Hija y padre) 16 y 70 años.

Tercer lugar de la categoría jóvenes del concurso:
Cuento corto intergeneracional. Hacer de la crisis una oportunidad.

Oportunidades

↓ memorias

Érrese una maestra simpática, de convicciones férreas y un sentido de empatía con la misma fuerza. Esta maestra no era diferente ni a ti ni a mí. Era alguien que había vivido, experimentado y sentido, una persona confeccionada de manera casi completa. Así como a ti y a mí, un imprevisto, una traba de aquellas que se encarga el destino de colocar en nuestras vidas para acomplejar nuestra plenitud, un óbice difícil de dimensionar ha afectado a nuestra maestra; una cosa tan pequeña que ha provocado un sinfín de peripecias.

A pesar de vivir de manera casi solitaria, no le impide capturar aquellos momentos felices en este aislamiento, momentos que son disfrutables de principio a fin. Momentos como este. Exactamente al mediodía retoma una gran pasión de antaño, que trae recuerdos indelebles y reflexiones esclarecedoras. Esta pasión era cocinar; aunque cocinar era una palabra fría y muy seca, tenía que ser algo más significativo, algo como crear, ¡crear! Esa era la palabra que definía su pasión.

De manera casi inmediata toma su celular y busca recetas que le den una satisfacción total a la hora de crear y la hora de comer (de principio a fin). Agradecida estaba de comprender cómo utilizar estas cajitas que realizan millones de procesos por segundo, así como también agradece a sus vecinos que procuran su bienestar en todo momento, dando y recibiendo el afecto ante las más mínimas preocupaciones o necesidades. Se detiene después de realizar una intensiva búsqueda en la pantalla de su celular, alternando entre noticias amarillistas y una que otra sobre espectáculos. Se detiene para encontrarse con un video mostrando una receta de Julia Child; específicamente una sopa de cebolla que no dudó en realizar.

Revisó con detenimiento cada ingrediente mostrado en el tutorial: aceite de oliva, sal, pimienta, harina, caldo de res





ese sería difícil, así que se las ingenió para encontrar un sustituto, por suerte encontró en su alacena una botellita de salsa inglesa que le había regalado una de sus vecinas, una vecina que constantemente procuraba su bienestar y se detenía en algún momento del día para tener alguna charla, que haga más amena la rutina del día.

Seguía revisando la lista de ingredientes; cebolla, vino blanco (el cual no tenía por lo que iba a omitirlo de la receta) 35 gramos de mantequilla.

Ese número particularmente le trajo varios recuerdos, recuerdos de un amigo. Amigo que a través de los años se convirtió en su hermano y la apoyó en épocas difíciles, compartiendo experiencias y anécdotas por 35 años; pero en un momento inesperado, su chispa se apagó.

Se recupera del trance alimentado por el recuerdo y limpia con un pañuelo las lágrimas que caían por sus mejillas, mientras agradecía el poder haber conocido a alguien tan excepcional y que la haya acompañado gran parte de su vida.

Ya teniendo los ingredientes en su totalidad comienza a preparar la sopa, derrite, añade, remueve y espolvorea; disfrutando sin parar. Revisando de nueva cuenta el video, se percata de cómo la presentadora explica con detalle los procedimientos y otras memorias vienen a su mente esta vez sobre los alumnos a los que impartió muchas lecciones mientras los veía ir y venir en cada generación a

las que todas sin excepción, les enseñó de una manera tan dedicada como la presentadora del video.

Termina el platillo, lo sirve en un tazón y lo toma con sus manos aún caliente, acompañado de una ligera sensación de ardor, pero cálido, a fin de cuentas.

Se sienta a disfrutar de su platillo tanto como las reflexiones y memorias que vinieron a ella instantes atrás. Mientras afuera de su casa se oyen a varios niños sin la preocupación de un contagio, siendo aún muy inocentes (como alguno que otro adulto); que no dimensiona la gravedad de la situación, a lo que la maestra piensa que haría falta un poco más de conciencia o un mejor manejo de la situación, después de todo, a todos les tomó de sorpresa.

Apenas unas casas a la distancia se encontraba un joven de escasa experiencia y saber, tratando de sobrellevar el encierro de alguna manera; como podrán imaginar, él no era diferente a los demás, también estaba sumergido en la cotidianidad.

Tenía una inclinación fuerte por las artes, las estudiaba y practicaba, demostrando que también tenía pasiones e intereses. Aunque era un poco diferente a la vida de la maestra, nuestro joven era alguien que apenas desarrollaba sus convicciones y vivía en compañía de sus familiares. Sin embargo, a pesar de tener la oportunidad de conocerse el uno al otro de una manera más profunda, han llegado algunas ocasiones en las que esto se dificulta y genera tensiones.

Este momento en sintonía con el anterior, era uno en el que nuestro joven estaba tratando de sobrellevar una tensión casual y efímera que siente como algo eterno, cuando no era así. Se encuentra en un momento de relativa tranquilidad, confinado en cuatro paredes que retienen sus pensamientos y anhelos. La disfruta por un rato tomando un lápiz y realizando pequeños bocetos en un viejo cuaderno mientras escucha música.

Traza al compás de la música, a veces rápido, a veces lento, pero aun así persiste aquel sentimiento de ansiedad provocado por todas las situaciones que se vivían de manera simultánea, descansando y olvidando todo lo que aqueja a su sociedad.

Abraham y maestra Rossy

Saúl Abraham Morales Piña y Rosa Martha García Quijada.

(Alumno y maestra) 16 y 68 años.

Una luz brotando en oscuridad

En un día dramático por la situación producida por un virus nuevo, Citlaly se encuentra en su casa con sus papás hablando de lo que sucede. Ellos se se dan cuenta que está desanimada porque todo cambió, su vida pasó de ser una vida llena de actividades a una vida en el encierro. Extrañaba los encuentros en el gimnasio para jugar básquetbol —su pasión— las salidas con sus amigas y estar en clases, todo terminó de un día para otro.

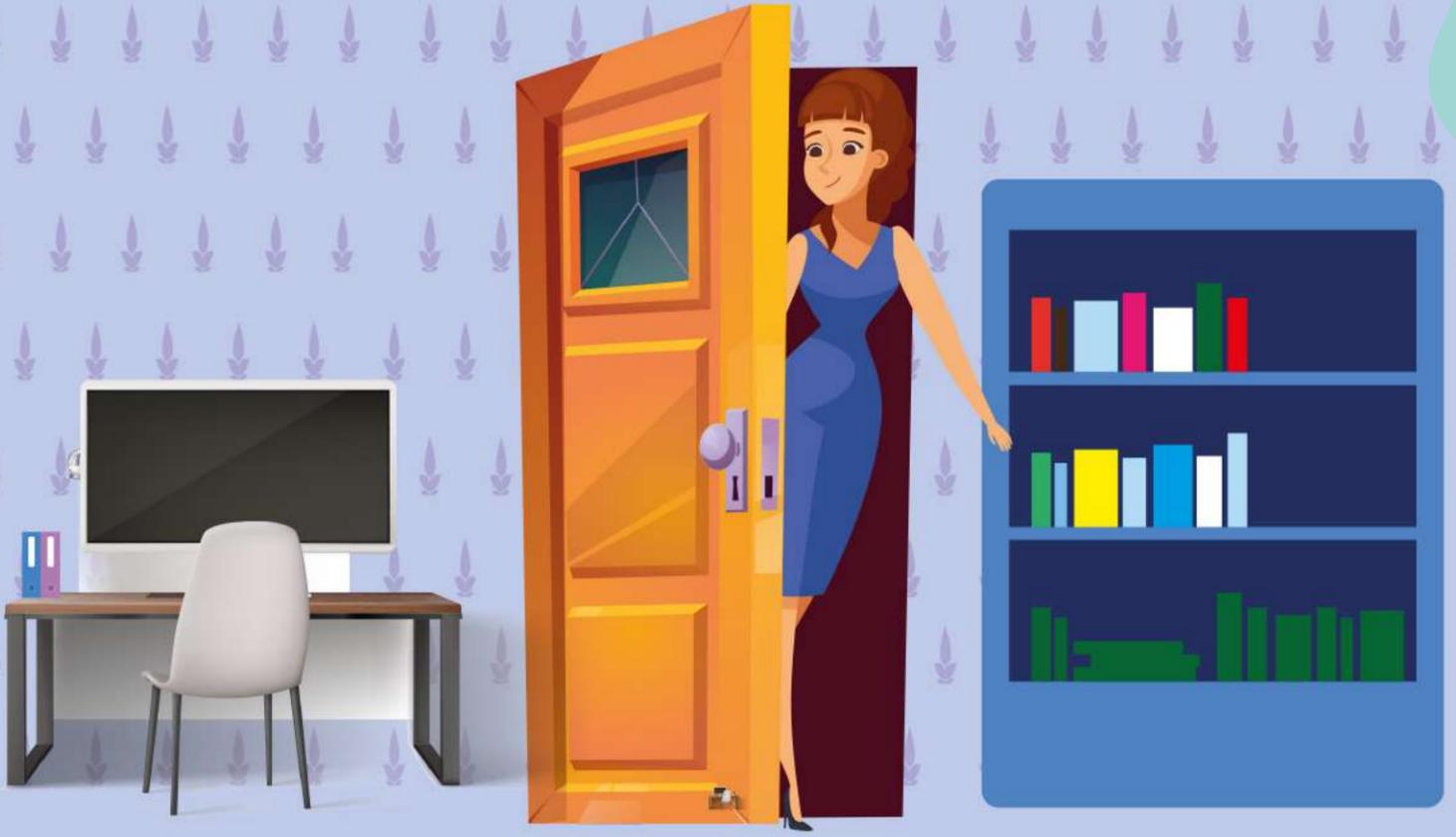
Nunca había pasado por una situación similar, pensó que ella como todos sus conocidos se apoyarían en las redes sociales.

Sin embargo, los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses. Ya no era tan atractivo refugiarse en las redes sociales, ni escudriñar en la vida de sus amistades. Charlar con alguien, que se queja permanentemente del encierro, solo la hacía aumentar su ansiedad. Hasta que empezó a actuar de la misma manera: siempre se quejaba de lo injusto de la situación, de no poder ver a sus amigas, de tener que estar amarrada al teléfono para interactuar. Estaba tan adentrada en su dramática situación, que ni siquiera escuchó cuando su padre le aconsejó: lee un libro.

—Papá, ¿quién toma un libro en estos días?, ¿quién se detiene a leer?
—Tal vez mi hija. —Suspiró—.

Días después, Citlaly empezó a considerar la recomendación de papá. Por primera vez en mucho tiempo, se fijó en los libros que había en su casa. Al principio los miraba con escasa confianza, pues pensaba que era difícil lograr leer uno completo. Y así, se paseó por la casa los días siguientes, mirando los libros, leyendo sus títulos, abriendo algunos, leía el índice o la reseña y los dejaba. “Nunca podría leer un libro completo”, se decía a sí misma. Seguramente tenía razón.

Por fin un día, Citlaly se sentó a la mesa y tenía una mirada distinta: entre despierta y distraída. Su mamá fue la primera en notarlo, curiosamente esa mirada no le inquietaba, sino que, al contrario, le dio tranquilidad. Hasta que se decidió a preguntarle.



- Hija, ¿todo bien?
—Sí, mamá.
—Tus amigas y las redes ¿bien?
—Sí.
—¿Has conseguido muchos likes en tus fotos?
—Pues la verdad, ni me he fijado.
—Oír eso despertó la curiosidad en su mamá. ¿Qué habrá provocado ese cambio?
—pensó.

Citlaly terminaba su comida rápido y se encaminaba a su cuarto para seguir en lo suyo. Todo el tiempo que duró la comida ella se preguntaba: “¿Cómo será el siguiente planeta que visitará el Principito?, ¿por qué ese vanidoso actuaba así ante cada aplauso?, ¿será que a veces somos así? ¡Los aplausos se parecen a los *likes*!”

A la tarde, al pasar por afuera del cuarto de Citlaly, su mamá la vio leyendo y no quiso interrumpirla. Entendió en ese momento que en la mente de su hija ya había otros mundos y se quedó tranquila. Lo que no imaginaba era que Citlaly llevaba dos días visitando nuevos mundos y se preparaba para viajar a más.

Los padres de Citlaly se preguntaban cómo había sucedido ese despertar. La respuesta nadie la sabía, pero tampoco importa naba porque Citlaly estaba feliz.



Cali y Amada

Citlali Cárdenas Velasquez y María de Jesús Amada Barrera Mota.
(Amigas) 18 y 62 años.

Hoy es un buen día

La colonia se encontraba vacía, las personas que solían hacer ejercicio en el parque, no estaban más. Las hojas de los árboles caían sin cesar, basura por todos lados. Las calles deslumbraban tristeza y angustia, nadie sabía que había pasado, solo sabían que las cosas no serían igual.

—¡Buen día, Ciudad de México! Les habla la reportera Joaquina transmitiendo desde el zoológico de Chapultepec, para informarles que esta mañana se cumplen cien días desde que la señal se vio interrumpida por una mujer con ropa blanca—.

—Señor Lorenzo, ¡por fin ha despertado! Soy Lola, he cuidado de usted los últimos diez meses. Le tenemos noticias.

—No entiendo nada de lo que está pasando, —se escuchaba abrumado— explíqueme ¿qué me pasó y dónde está mi familia?

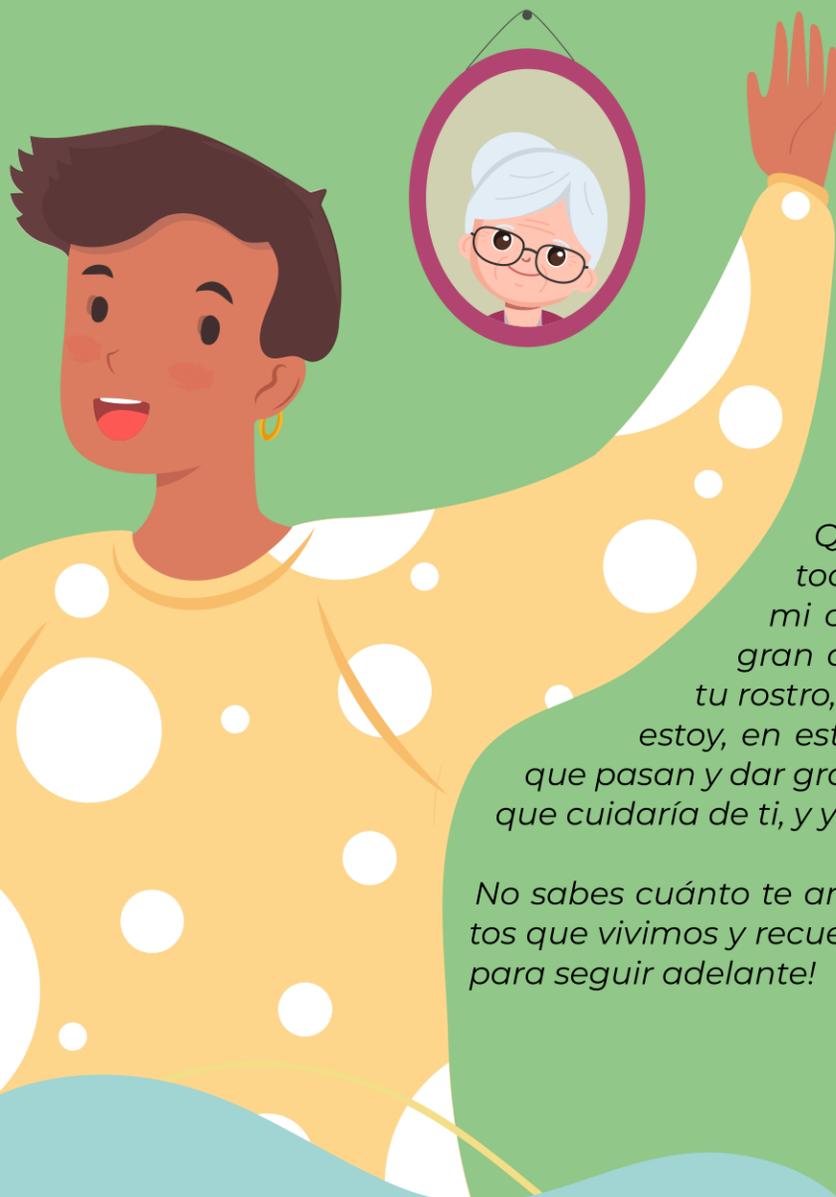
—Me pidieron que le entregara esta nota, se la dejó su esposa Margot antes de morir —en ese momento empezó a llover con intensidad y los ojos del señor Lorenzo se cristalizaron— en ella encontrará las respuestas que necesita. Más tarde vendrá su nieto Esteban por usted y lo llevará a su hogar.



La carta estaba dentro de un sobre rosa y aún se podía percibir la fragancia de Margot, el señor Lorenzo lucía perdido y triste, pero sabía que necesitaba leer aquella carta:

“¡Amor mío, mi Lorenzo!

No sabía que este momento llegaría tan pronto, los médicos dicen que no tengo esperanza, pero yo no me rindo, esta enfermedad tan rara me está impidiendo ver tus hermosos ojos color miel, dicen que se llama coronavirus. Desde que te fuiste nada es igual, nuestros lugares favoritos están cerrados, también el Alba, el restaurante donde me propusiste matrimonio.



De regalo de cumpleaños, tu nieto Esteban nos compró ese lugar para que pudiéramos realizar nuestro sueño de tener una gran pastelería, para que la gente conozca a través de sus paladares el verdadero amor.

¿Aún recuerdas el día que nos conocimos?, no tardamos ni un mes de novios y ya estábamos casados. ¡Qué buenos recuerdos!

Quiero que sepas que, aunque me toque partir, tú siempre vas a estar en mi corazón y en mis pensamientos. Mi gran anhelo es volver a ver resplandecer tu rostro, no te aflijas si despiertas y yo ya no estoy, en esta vida debemos aceptar las cosas que pasan y dar gracias por ellas, tu nieto me prometió que cuidaría de ti, y yo confié en que así será.

No sabes cuánto te amo, no olvides los grandes momentos que vivimos y recuerda siempre que... ¡Hoy es buen día para seguir adelante!

Con amor, Margot.

En ese instante su mundo se desmoronó, todo a su alrededor era tristeza, amargura, no entendía porque la vida le había arrebatado a lo que más amaba; sus fuerzas y sus ganas por seguir adelante se desvanecieron en ese instante. En su mente solo existía el deseo de regresar el tiempo y disfrutar de la maravillosa vida a lado de su amada.

—Abuelo, soy Esteban. —Sus ojos reflejaban miedo y angustia. Sé que mis padres y tú tuvieron muchas diferencias, sin embargo, desde que empeoraste, las cosas no han sido igual.

—¿De qué hablas?, escuché en la televisión que decía que ya pasaron cien días, pero no entiendo nada, ¿qué les pasó a todos?

—No quiero alterarte abuelo, pero hemos tenido que estar en cuarentena; lo que para muchos era un juego, para nuestra familia resultó muchas pérdidas —comenzó a derramar pequeñas lágrimas y sus manos temblaban— mis padres se contagiaron, para no preocupar a mi abuela evitaron decirle, tú sabes que a ella no le gustaba ver noticias, así que no sabía mucho de lo que estaba pasando.

—¿Cómo fue que se enfermó?

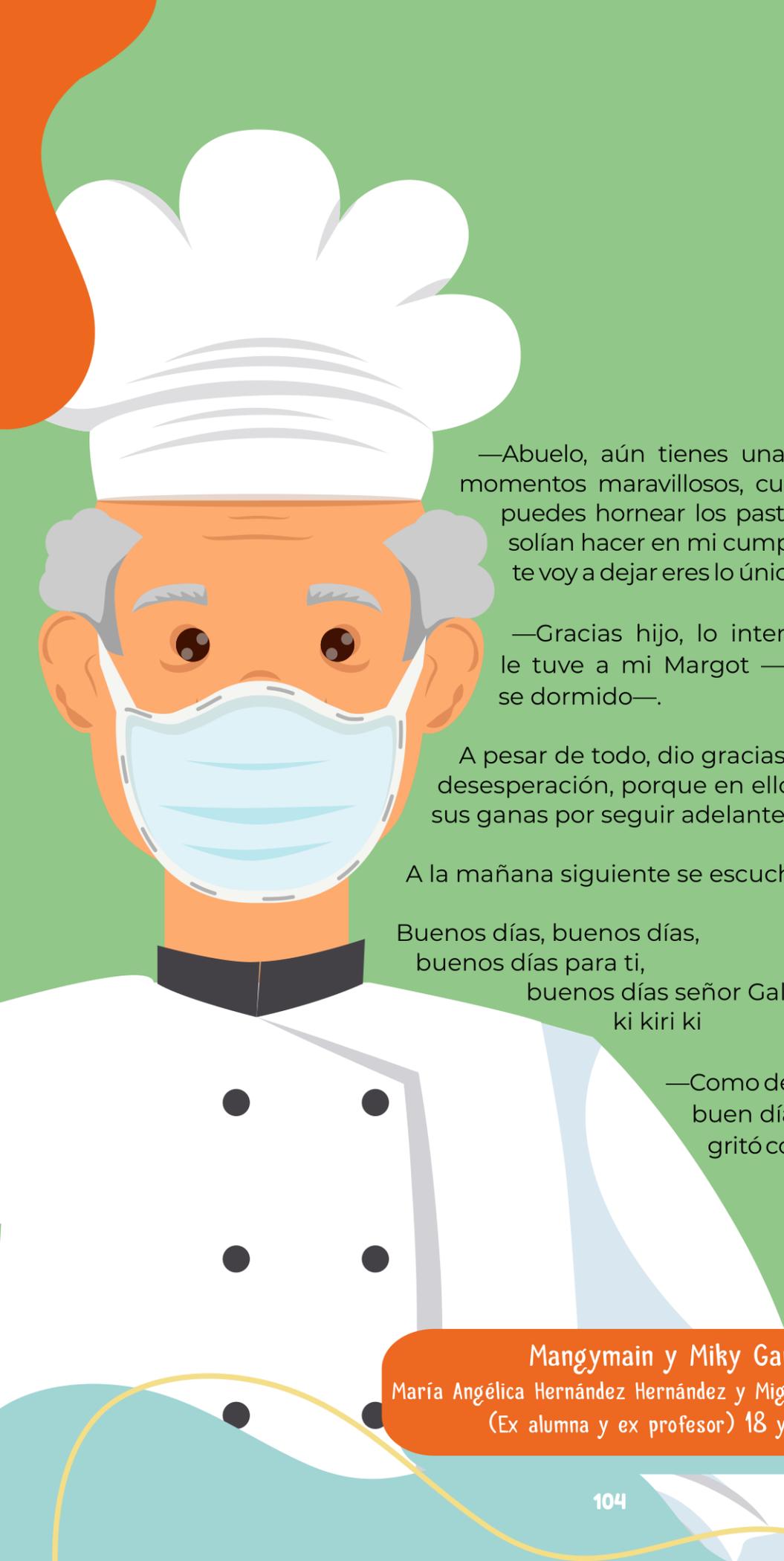
—No sabemos, ella estaba sufriendo mucho por ti y no dejó de salir a trabajar, después me enteré que necesitaba dinero para cubrir los gastos de hospitalización. Nosotros le dábamos dinero cada mes, pero mi tía Eugenia se lo quitaba.

—¿Qué?, esto no puede ser, y ¿qué hay de nuestra casa, mi coche y sus pinturas?

—La abuela no tuvo otra opción que vender la casa y el coche para conseguir dinero, sus pinturas están esperándote en tu nuevo hogar, es hora de que continúes con el proyecto de la pastelería, ¡vamos!

Al llegar a casa, su cabeza daba vueltas y aún creía que todo era obra de su imaginación; mientras veía por la ventana, las calles eran extrañas, la mayoría usaba cubrebocas. Margot había tenido razón, las cosas no eran igual, casi todo permanecía cerrado y se podían escuchar los susurros de las personas. A pesar de todo, Lorenzo no quería seguir adelante, la amargura y la tristeza de su corazón le impedía ver lo maravilloso que era seguir vivo, en su mente sólo existía culpa.

—He decidido seguir adelante hijo, —susurraba— pero necesito de tu ayuda, me siento muy solo.



—Abuelo, aún tienes una oportunidad para vivir momentos maravillosos, cumplir tus sueños y aún puedes hornear los pasteles que tú y mi abuela solían hacer en mi cumpleaños. Yo te quiero y no te voy a dejar eres lo único que tengo en esta vida.

—Gracias hijo, lo intentaré, por el amor que le tuve a mi Margot —exclamó hasta quedarse dormido—.

A pesar de todo, dio gracias por esos momentos de desesperación, porque en ellos puso a prueba su fe y sus ganas por seguir adelante.

A la mañana siguiente se escuchaba:

Buenos días, buenos días,
buenos días para ti,
buenos días señor Gallo,
ki kiri ki

—Como decía mi Margot, hoy es un buen día para seguir adelante— gritó con emoción— ¡A hornear!

Mangymain y Miky Gansito

María Angélica Hernández Hernández y Miguel Gómez Martínez.
(Ex alumna y ex profesor) 18 y 61 años.



otras vidas

Antes de morir, mi abuela me encargó que leyera varios libros, entre los cuales está *Kitchen*, la historia de una muchacha que se queda sola en su casa, porque fallecen sus padres. Qué bueno que me recomendó esa lectura, porque casi enseguida de su partida se nos vino el problema del coronavirus y la novela me ayudó a sobrellevar la soledad. Tengo que confesar que, durante el periodo de encierro, mi mentalidad se volvió turbia, porque despertar cada mañana y saber que iba aumentando el número de personas contagiadas por el virus o que muchas habían muerto no era nada agradable.

Por otra parte, supimos que la tierra por fin se daba un respiro, que los animales comenzaron a salir en son de paz, eso me hizo ver que no todo es malo.

Establecí una nueva rutina: levantarme, recoger las persianas y mirar los primeros rayos de sol, armar un rompecabezas y escribir una historia. Hice eso todos los días, esperando que cuando todo esto terminara, mi vida podría volver a ser la de antes. Aunque, no había tenido tiempo de pensar en cómo sería esa vida porque me había quedado estancada y contaminada por las malas noticias que mi abuelo veía en la televisión. Estábamos solos, mis padres se habían ido de viaje y no podían regresar.

Para olvidar un poco, quise recordar los títulos de los libros que mi abuela me compró cuando empecé



a leer, aunque ya solo tengo presente uno: *Cuentos de buenas noches para niñas rebeldes*, mi favorito. Ahora que ella no está, me he aficionado a los relatos que puedo leer en el celular, los *fanfic*.

Ahí leí una historia de amor que me dejó perpleja; trata sobre un muchacho que está obsesionado por los ojos de una joven, se pasa las noches en vela trazando sus hermosos ojos color avellana, atiborra su cuadernos solo con la imagen. Lo más bonito es que no son verdes, ni azules, son unos ojos cafés, ¡ay!, ¡qué chido!, ¡me sentí bonita! ¡Unos ojos cafés como los míos! Él siempre está observándola, en la cafetería, en las clases, en el club de ciencia, porque ella es una mujer de ciencia.

Un día, ella se le acerca y le pregunta qué hace, y él que en ese momento está cansado de tanto dibujarla, en vez de contestarle, gira delicadamente su muñeca.



Ella le cuestiona por qué lo hace, y él responde: “porque pasé la noche pensando en ti”. La joven lo malinterpreta, pues piensa que es una señal de masturbación, le da una bofetada e intenta salir, pero él la detiene y le muestra la libreta con todos los dibujos. Cuando leí eso ¡casi me da un infarto!

Otro de mis relatos favoritos es el titulado *La dulce venganza*. El leerlo me hizo pensar en mi cuerpo. Es que yo no soy la definición de una chica perfecta que mide 90, 60, 90. En la secundaria, mis amigas me decían: “Pues qué bien que tengas el trasero grande, le puedes sacar provecho”. ¿Están locas?, de qué provecho hablan. No saben que yo no me puedo poner vestidos, ni salir con *shorts* a la calle, porque es muy desagradable que los hombres se te queden mirando, o que te digan algo morboso.

Un día un amigo me dijo que cuando saliera de mi casa, lo hiciera acompañada con un hombre para que nadie me faltara al respeto. Eso sacó mi orgullo de mujer y le dije: “Yo no necesito a un hombre para salir a la calle” y esa fue mi “dulce venganza”.

La historia que me ha dejado más impactada, es la de una chica y un chico que se querían mucho. Él era muy celoso y ella sufría por ello, tiene un desenlace sorpresivo. Él la mata “por amor”, solo para que ella deje de sufrir por él.

Abue, no pongas esa cara, no creas que me gustó ese final porque él la mata, esa historia me encantó porque por primera vez entendí que no todas las historias de amor tienen finales felices.

Yo quiero que me dejen de ver como la típica niña fresa, que usa colores rosita en sus chamarras y tiene miedo de todo. Me estoy preparando para el bachillerato, he decidido hacerme tres perforaciones en la oreja derecha y dos en la izquierda, además me voy a pintar de plateado las puntas del pelo. Sobre todo, estoy cambiando mi modo de pensar, leyendo sobre otras vidas.

Leo para no aburrirme, para salir de este encierro y más que nada para aprender y para hablar con alguien que me escucha, porque ¿verdad, abuela, que tú me dijiste que vendrías siempre a celebrar con nosotros el Día de muertos?

Andy y Marlisa

Andrea Beatriz Valadez Muñoz y Martha Lilia Sandoval Cornejo.
(Nieta y abuela) 16 y 70 años.



Todo **estará** bien

Mi *abue* Esmeralda es una guapa señora de 73 años, quien, con su sonrisa alegre, aparenta no más de 60; bueno, al menos eso piensa todo aquel que la conoce. Nació en una familia adinerada; su padre, don Gonzalo, fue un valiente general de la Guerra Civil que luchó por la libertad del país. Fue un hombre justo, honorable y solidario con los necesitados. *Abue* Esmeralda siempre está dispuesta a ayudar a los demás. Al fallecer su madre, al nacer la tía abuela Mercedes, *abue* Esmeralda la tomó bajo su cuidado, educándola con especial cariño.

Siempre juntas, las hermanas crecieron pendientes una de la otra, hasta que un día sus caminos se separaron, Esmeralda se quedó en su ciudad natal y Mercedes partió para continuar sus estudios en la capital. Un trágico evento cambiaría la vida de las dos hermanas.

El paludismo es una enfermedad mortal causada por la picadura de un mosquito. Este padecimiento afectó a toda la región.

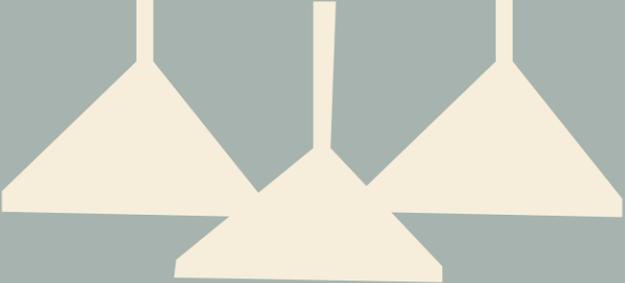
Cuando la noticia de la muerte de su hermana Mercedes llegó a *abue* Esmeralda, sintió gran dolor y una profunda tristeza, pues no pudo estar con ella en sus últimos momentos. Se vivía una gran tensión social y había que cuidar a su bebé recién nacida. En esa época del año el calor era intenso y para Esmeralda y Damián no fue fácil cuidar a la bebé, continuar con sus trabajos y seguir ayudando a quienes más lo necesitaban. El amor y cuidados lograron mantener a la pequeña Soledad a salvo, pero muchos en la ciudad murieron, en especial los más vulnerables. *Abue* Esmeralda llevaba ya en su corazón una sombra de tristeza por la pérdida de su querida Mercedes, y ahora se sumaba la pena por tanta gente necesitada que moría sin que pudieran ayudarla. Este dolor la acompañó a lo largo de los años.

Soledad, convertida en una mujer amable y pendiente de los que la rodeaban, estudió Arquitectura y trabajaba en una empresa del centro del país; ahí conoció a Arturo, un hombre honesto quien también ayudaba a los más necesitados en su tiempo libre. Ambos se enamoraron, se casaron y tuvieron a Carlos, quien sería la mayor

alegría de sus vidas. Sin embargo, la tragedia decidió visitarlos y, al término del verano, ambos murieron en un accidente automovilístico, dejando al pequeño Carlos al cuidado de sus abuelos: Esmeralda y Damián.

Carlos quería muchísimo a su *abue* y ella lo quería a él; habían aprendido a ser confidentes y pasaban largas tardes viendo el álbum de familia. *Abue* Esmeralda le contaba sobre su vida y sus historias fascinaban a Carlos. El abuelo Damián había envejecido y se quedaba todos los días en casa, mientras *abue* Esmeralda se encargaba de llevar a Carlos a la escuela y atendía todos los pendientes.





Los tres eran felices a pesar de que algunas veces los compañeros de escuela de Carlos se burlaban de él porque decían que tenía un papá muy “viejito”. Esto lo entristecía, pues no entendía porque los otros chicos no podían querer a su abuelo tanto como él, que además le contaba unas historias maravillosas todas las noches antes de dormir.

Como los árboles fuertes que en el otoño pierden sus hojas, un día, abuelo Damián enfermó sin saber de qué. En las noticias decían que un virus nuevo había llegado de un país lejano, nadie se ponía de acuerdo cómo podía curarse, y advirtieron que era letal para los abuelitos. Para evitar el contagio, abuelo Damián tuvo que mudarse a un cuarto solito. Los ojos de *abue* Esmeralda se llenaron de gran tristeza. Carlos la veía llorar afuera de la puerta donde el abuelo estaba, este trataba de animarla, hasta que sus fuerzas se fueron. El abuelo falleció sin que Carlos y Esmeralda pudieran abrazarlo ni despedirse de él. Un dolor muy grande inundó el pecho de Carlos y *abue* Esmeralda olvidó cómo sonreír.

Llegaron luego días más raros y se quedaron mucho tiempo. Carlos se preguntaba si algún día todo sería como antes. Decidido, una tarde tomó el álbum de fotos que tanto gustaba a *abue* Esmeralda, se sentó junto a ella y le dijo: “En tus ojos abuelita ya no hay brillo y parece como si un dolor estuviera ahí atorado sin poder salir. Yo también lo siento aquí”. Carlos abrazó a su *abue* con todas sus fuerzas y le dijo: “¡Ayúdame, *abue*, para que los días raros se vayan pronto!”



Entre lágrimas, *abue* Esmeralda besó la mejilla de Carlos y le dijo mirándolo dulcemente: “Mi chiquillo, si algo aprendí del dolor, es que perder a los que queremos, nos enseña a ser fuertes. Si estamos juntos podemos seguir, aunque duela mucho. Poquito a poco, el corazón se irá curando, ya lo verás...”
Abue Esmeralda me sonrió otra vez, el brillo en sus ojos de abuelita volvió y yo, que la quiero tanto, sabía que todo iba a estar muy bien.

Esparza y Chuto

Diego de Jesús López Esparza y María Josefina Valdivia Rojas.
(Nieto y abuela) 18 y 73 años.

Segundo lugar de la categoría jóvenes del concurso: Cuento corto intergeneracional. Hacer de la crisis una oportunidad.



**Cuentos cortos
intergeneracionales ante la
pandemia por COVID-19**

Es una publicación del Seminario Universitario Interdisciplinario Sobre Envejecimiento y Vejez de la UNAM y el Instituto Mexicano de la Juventud (IMJUVE) del Gobierno Federal.

Se terminó de maquetar el 17 de septiembre del 2021 en las oficinas del IMJUVE, Calle Serapio Rendón No. 76, colonia San Rafael, alcaldía Cuauhtémoc, Código postal 06479, Ciudad de México. Tel. 55 1500-1300.

Para su composición se emplearon los tipos Montserrat y Palitoo. Es una publicación digital e impresa a demanda. El cuidado de la edición estuvo a cargo de las editoras y de Ariadna Georgina Vaca Moro.



La llegada del virus SARS-CoV-2 ha venido a visibilizar una serie de asuntos pendientes que tenemos con las personas mayores y con las generaciones más jóvenes. El confinamiento voluntario ha intensificado la soledad que algunas personas mayores ya vivían y ha marcado una distancia social prolongada con el resto de la comunidad. Por ello, el libro Cuentos Cortos Intergeneracionales ante la pandemia por Covid-19 recupera los vínculos que tanto las vejeces como las infancias, adolescencias y juventudes necesitan para dar significado y creatividad a nuestra vida.



SUIRU
SEMINARIO UNIVERSITARIO
INTERDISCIPLINARIO SOBRE
ENVEJECIMIENTO Y VEJEZ

SD SECRETARÍA DE
DESARROLLO
INSTITUCIONAL

imjuve
Instituto Mexicano de la Juventud